

MATEO

Introducción

Contexto histórico. La obra de Mateo nos sitúa en la segunda generación cristiana. Durante varias décadas, después de la muerte y resurrección de Jesús, sus seguidores forman un grupo más –los «nazarenos»– dentro de la gran familia religiosa judía de fariseos, saduceos, zelotas, esenios y otros. Conviven con los demás grupos entre tensiones, tolerancia, indiferencia o sospecha. No faltan amagos y brotes de persecución. Así, hasta el año 70 en que sobreviene la catástrofe de Judea y Jerusalén, con la destrucción del Templo, en la guerra de los judíos contra los romanos.

De las ruinas materiales y la crisis espiritual emerge un grupo fariseo que unifica poderosamente la religiosidad bajo un férreo y normativo judaísmo, excluyendo cualquier tipo de pluralidad religiosa. De este modo, el rechazo a los cristianos o nazarenos cobra más intensidad hasta hacerse oficial en el sínodo judío de Yamnia (entre el año 85 y 90). Los judíos cristianos son excluidos formalmente de la sinagoga y deben comenzar a caminar solos.

Destinatarios. Mateo parece escribir principalmente para estas comunidades, conscientes ya de su propia identidad. Y afirma, como «el dueño de una casa que saca de su tesoro cosas nuevas y viejas» (13,52), la continuidad y la novedad del mensaje de Jesús respecto a sus raíces judías. Continuidad, porque en Él, que es el Mesías, se cumplen las profecías y alcanza su perfección la Ley. Novedad, porque la «Buena Noticia», el «Evangelio», desborda todas las expectativas: «el vino nuevo se echa en odres nuevos» (9,17). Por eso, entre otras cosas, cita con frecuencia textos del Antiguo Testamento que se cumplen en muchos acontecimientos de la vida de Jesús, además de entroncarlo en la genealogía de David y de Abrahán (1,1).

Jesús, superior a Moisés, aprueba los mandatos de la ley judía, pero también los corrige y los lleva a plenitud proponiendo sus bienaventuranzas (5,3-10). Después del momento escatológico de su muerte, investido de plenos poderes con la resurrección, lega su enseñanza como mandamientos a sus discípulos (28,16-20): en vez de la convergencia de las naciones hacia Israel, anunciada por los profetas, promueve la propagación de la Buena Noticia para todo el mundo. En vez de la circuncisión, instaura el bautismo como signo y realidad de pertenencia al nuevo pueblo de Dios.

Autor, fecha y lugar de composición. Una tradición muy antigua atribuyó este evangelio a Mateo, el apóstol publicano (9,9). Hoy en día, sin embargo, una serie de razones convincentes sugiere que su autor fue un cristiano de la segunda generación, proveniente del judaísmo de la diáspora. Compuso su obra en griego, utilizando los materiales de Marcos –el primer evangelio que se escribió–, e inspirándose también en otra tradición escrita, hoy perdida, conocida como «documento Q».

En cuanto a la fecha de su composición, el autor tiene conocimiento de la destrucción de Jerusalén (año 70) y experimenta muy de cerca la separación de los cristianos de la sinagoga judía (85-90); por eso, muchos biblistas sugieren como fecha probable la década de los 80.

En cuanto al lugar: Antioquía, la capital de Siria, es la hipótesis más aceptada.

Un evangelio para una Iglesia que comienza a caminar. Mateo es el evangelio más conocido, preferido y citado por la tradición antigua de la Iglesia (san Ignacio de Antioquía, hacia el año 110, ya lo cita en sus cartas), y ha llegado a ser, con el paso de los tiempos, algo así como el «evangelio eclesialógico» por excelencia.

Entre las razones que avalan esta afirmación, encontramos:

Su estilo literario. Sobrio y didáctico. Claridad de composición y del desarrollo de los acontecimientos. Los relatos están cuidadosamente elaborados. Todo ello hace que sea un evangelio para ser proclamado en asamblea.

Su carácter doctrinal. Aunque no es un tratado ni un catecismo, Mateo relata los hechos y milagros de la vida de Jesús teniendo presente a una comunidad cristiana de la segunda generación que comienza ya a organizarse y necesita ser instruida en la «nueva ley» que ha traído el Señor.

El Jesús que presenta. No es el Jesús visto con la espontaneidad del evangelio de Marcos, sino el Jesús que la fe de la comunidad vive y expresa en sus celebraciones litúrgicas: lleno de dignidad, majestuoso, y en el que se realizan las promesas de las Escrituras.

Los apóstoles. A diferencia del grupo asustadizo, terco y tardo en comprender que nos presenta Marcos sin paliativos, el retrato que nos brinda Mateo de los apóstoles es el que conviene a una comunidad que comienza a organizarse y que necesita del ejemplo, prestigio y la autoridad de sus responsables. Los apóstoles, según Mateo, a pesar de sus defectos, terminan comprendiendo las enseñanzas y las parábolas del Maestro (16,12); lo reconocen como Hijo de Dios (14,33). Cuando les habla del reinado de Dios y les pregunta si han entendido todo, ellos responden que sí, y a continuación los compara como a letrados expertos (13,51s). Más adelante los equipara a profetas, doctores y letrados (23,34). Es Mateo, también, el único de los evangelios sinópticos que nos relata el pasaje en el que Jesús confiere su autoridad y poder a Pedro, para ser base y fundamento de la Iglesia (16,18s).

El reino de Dios. Las comunidades de la segunda generación ya han comprendido que la instauración definitiva del reinado de Dios no es una realidad tan inminente, sino que les espera un largo camino por recorrer.

La Iglesia. Este reinado de Dios, en camino hacia su manifestación definitiva, ha tomado cuerpo en la comunidad cristiana, a la que Mateo llama «Iglesia», continuadora legítima del Israel histórico. Es el Israel auténtico que ha entrado ya en la etapa final. La comunidad no tiene que añorar el pasado ni renegar de él. Ahora se aglutina en su lealtad a Jesús, Mesías y Maestro, nuevo Moisés e Hijo de David. Es una comunidad consciente y organizada, en la que van cuajando normas de conducta, prácticas sacramentales y litúrgicas, y hasta una institución judicial. Una comunidad que se abre para anunciar su mensaje a judíos y paganos.

Sinopsis. Inicia el evangelio con una gran introducción: «el evangelio de la infancia», que tiene valor de relato programático sobre la falsilla de Moisés en Egipto y de ciertos anuncios proféticos (1s). Tras el bautismo (3), el cuerpo de la obra se reparte geográficamente entre el ministerio en Galilea (4–13) y en Jerusalén (14–25), donde Jesús va pronunciando sus famosos cinco discursos –a modo de un nuevo Pentateuco–: El sermón del monte (5–7), como contrafigura de la ley de Moisés; la misión presente de los apóstoles (10) que prefigura la futura; las parábolas (13) que explican cómo es el reinado de Dios; las instrucciones a la comunidad (18) y el discurso escatológico (24s). Sigue como desenlace la pasión, muerte y resurrección (26–28) sobre la falsilla del Sal 22 y otros textos del Antiguo Testamento.

Genealogía de Jesús¹

(cfr. Lc 3,23-38)

1 ¹Genealogía de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abrahán: ²Abrahán engendró a Isaac; Isaac engendró a Jacob; Jacob engendró a Judá y a sus hermanos. ³Judá engendró, de Tamar, a Fares y Zará; Fares engendró a Esrón; Esrón engendró a Arán. ⁴Arán engendró a Aminadab; Aminadab engendró a Naasón; Naasón engendró a Salmón. ⁵Salmón engendró, de Rajab, a Booz; Booz engendró, de Rut, a Obed; Obed engendró a Jesé. ⁶Jesé engendró al rey David.

David engendró, de la mujer de Urías, a Salomón. ⁷Salomón engendró a Roboán; Roboán engendró a Abías; Abías engendró a Asaf. ⁸Asaf engendró a Josafat; Josafat engendró a Jorán; Jorán engendró a Ozías. ⁹Ozías engendró a Joatán; Joatán engendró a Acáz; Acáz engendró a Ezequías. ¹⁰Ezequías engendró a Manasés; Manasés engendró a Amón; Amón engendró a Josías. ¹¹Josías engendró a Jeconías y a sus hermanos, en tiempos del destierro a Babilonia.

¹²Después del destierro a Babilonia, Jeconías engendró a Salatiel; Salatiel engendró a Zorobabel. ¹³Zorobabel engendró a Abiud; Abiud engendró a Eliacín; Eliacín engendró a Azor. ¹⁴Azor engendró a Sadoc; Sadoc engendró a Aquín; Aquín engendró a Eliud. ¹⁵Eliud engendró a Eleazar; Eleazar engendró a Matán; Matán engendró a Jacob. ¹⁶Jacob engendró a José, esposo de María, de la que nació Jesús, llamado el Mesías.

¹⁷De este modo, todas las generaciones de Abrahán a David son catorce; de David hasta el destierro a Babilonia, catorce; del destierro de Babilonia hasta el Mesías, catorce.

Nacimiento de Jesús²

(cfr. Lc 2,1-7)

¹⁸El nacimiento de Jesucristo sucedió así: su madre, María, estaba comprometida con José, y antes del matrimonio, quedó embarazada por obra del Espíritu Santo. ¹⁹José, su esposo, que era un hombre justo y no quería denunciarla públicamente, pensó abandonarla en secreto.

²⁰Ya lo tenía decidido, cuando un ángel del Señor se le apareció en sueños y le dijo:

—José, hijo de David, no temas recibir a María como esposa tuya, pues la criatura que espera es obra del Espíritu Santo. ²¹Dará a luz un hijo, a quien llamarás Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados.

²²Todo esto sucedió para que se cumpliera lo que el Señor había anunciado por medio del profeta:

²³*Mira, la virgen está embarazada,
dará a luz a un hijo
que se llamará Emanuel,
que significa: Dios con nosotros.*

¹ **1,1-17 Genealogía de Jesús.** La genealogía nos ayuda a conocer nuestros orígenes, nuestras raíces. Para los judíos era muy importante conservar viva la memoria de sus antepasados. De esta manera, el nacimiento de Jesús queda vinculado a la historia de un pueblo, Israel; una historia cargada de promesas y esperanzas, pero también de fragilidad y de pecado. Una pequeña historia, en definitiva, que representa y de la que dependerá toda la historia humana.

Así lo ve Mateo al comenzar su evangelio con la genealogía de Jesús, elaborando artificiosamente la cadena de generaciones hasta llegar a su punto culminante: un hombre concreto, «Jesús, llamado el Mesías» (16). En Él confluyen la historia de la humanidad y la historia de las promesas de Dios, representadas por David y por Abrahán.

Pero Mateo no nos está hablando de una historia en abstracto, sino de una real y concreta, una historia de hombres y mujeres que evocan todo lo que de bueno, de frágil, de éxito y de fracaso, de dolor y de sufrimiento existe en la familia humana: patriarcas, sabios y profetas; buenos y malos gobernantes; trabajadores, campesinos, desterrados, esclavos, nativos, emigrantes y prostitutas...

¿Quién, al leer esta primera página del evangelio, se sentirá excluido de la familia de Jesús? ¿Quién no se sentirá llamado a participar de la plenitud de las promesas de Dios que se han hecho carne en un miembro de nuestra familia humana?

Al poner fin a la serie de nombres, Mateo intencionadamente no llama a María esposa de José, sino todo lo contrario: José, esposo de María.

² **1,18-25 Nacimiento de Jesús.** La cadena de generaciones desemboca, por fin, en el último eslabón, no uno más, sino único, definitivo y extraordinario: uno nacido de una «virgen». Mateo se apoya en la promesa/profecía de Is 7,14, leída ya en un sentido especificado por la tradición judía. Mateo sigue esa tradición y la autentifica en este relato que desarrolla con total claridad: la maternidad de María no es obra de José, sino del Espíritu Santo. Así habla el texto (1,20-23), y así ha permanecido en la fe de la Iglesia.

¿Cómo reacciona José ante el acontecimiento del embarazo de María? Se dice que José era «justo» (19) y no quería difamarla repudiándola públicamente; por eso, decidió hacerlo en privado. ¿Le sorprendió ver a María embarazada? ¿Es posible que su prometida no le hiciera partícipe del acontecimiento? No es éste el drama que acoja su corazón.

Podemos pensar que la decisión de José tiene en Mateo un sentido más profundo: se siente perplejo y desconcertado, lleno de temor reverencial ante un misterio que intuye pero que le desborda. La instintiva reacción de huida ante la presencia del misterio de Dios es una constante en los relatos de vocación de todos los grandes personajes del Antiguo Testamento. Y esto es probablemente lo que el evangelista quiere contarnos a través del drama humano de su relato: la «vocación de José» al servicio del misterio de la salvación.

Una vez que el ángel calma su temor, José, convertido en el padre legal del hijo de María, iniciará su misión e impondrá al futuro recién nacido un nombre, Jesús, cuyo significado resume la nueva revelación que se hará realidad en su vida, muerte y resurrección: «porque él salvará a su pueblo de sus pecados» (21). Así inicia José su vocación: encubriendo y protegiendo el misterio del «Emanuel, Dios con nosotros» (23), hasta que llegue su hora.

²⁴Cuando José se despertó del sueño, hizo lo que el ángel del Señor le había ordenado y recibió a María como esposa. ²⁵Y sin haber mantenido relaciones dio a luz un hijo, al cual llamó Jesús.

Homenaje de los magos³

(cfr. Lc 2,8-20)

2¹Jesús nació en Belén de Judea, en tiempos del rey Herodes. Por entonces sucedió que unos magos de oriente se presentaron en Jerusalén ²preguntando:

—¿Dónde está el rey de los judíos que acaba de nacer? Vimos su estrella en el oriente y venimos a adorarle.

³Al oírlo, el rey Herodes comenzó a temblar, y lo mismo que él toda Jerusalén. ⁴Entonces, reuniendo a todos los sumos sacerdotes y letrados del pueblo, les preguntó en qué lugar debía nacer el Mesías.

⁵Le contestaron:

—En Belén de Judea, como está escrito por el profeta:

⁶*Tú, Belén, en territorio de Judá,
no eres ni mucho menos la última
de las poblaciones de Judá,
pues de ti saldrá un líder,
el pastor de mi pueblo Israel.*

⁷Entonces Herodes, llamando en secreto a los magos, les preguntó el tiempo exacto en que había aparecido la estrella; ⁸después los envió a Belén con este encargo:

—Averigüen con precisión lo referente al niño y cuando lo encuentren avísenme, para que yo también vaya a adorarle.

⁹Y habiendo escuchado el encargo del rey, se fueron. De pronto, la estrella que habían visto en oriente avanzó delante de ellos hasta detenerse sobre el lugar donde estaba el niño. ¹⁰Al ver la estrella se llenaron de una inmensa alegría. ¹¹Entraron en la casa, vieron al niño con su madre, María, y postrándose le adoraron; abrieron sus tesoros y le ofrecieron como regalos: oro, incienso y mirra.

¹²Después, advertidos por un sueño de que no volvieran a casa de Herodes, regresaron a su tierra por otro camino.

³ **2,1-12 Homenaje de los magos.** He aquí uno de los episodios más bellos de la infancia de Jesús, que ha cautivado y sigue cautivando la imaginación de creyentes y no creyentes, de teólogos, pintores y poetas: el homenaje de los magos. ¿Qué quiere contarnos el evangelista? ¿Un acontecimiento histórico, una leyenda, una reflexión teológica dramatizada sobre el alcance universal del nacimiento del Salvador? Quizás un poco de todo eso. Y con mente abierta debemos adentrarnos en los relatos de todo el capítulo segundo, en donde Mateo va tejiendo, a modo de presentación, el perfil de su personaje.

Desde la noche de los tiempos, la contemplación de las estrellas ha fascinado a hombres y mujeres de todas las religiones y culturas. Las estrellas les han hablado de Dios y del destino del ser humano y han leído en el cambiante mapa astral acontecimientos decisivos de la historia; han visto en la aparición de una nueva estrella el nacimiento de personajes importantes; han asignado a cada pueblo su estrella o constelación. Han soñado, esperado y rezado mirando a las estrellas.

También la cultura bíblica escudriñó en las estrellas el acontecimiento más importante hacia el que tendía toda la historia de Israel: el nacimiento del Mesías-Rey. La secta judía de Qumrán había llegado incluso a confeccionar su horóscopo. En el libro de los Números (24,17), el profeta astrólogo Balaán contempla en el firmamento cómo «avanza la constelación de Jacob y sube el cetro de Israel».

Sobre este horizonte de historia y de leyenda proyecta el evangelista esta meditación en forma de relato escenificado que contiene ya, en germen, todo lo que nos va a decir a lo largo de su evangelio: Jesús es el heredero de las promesas de Israel, pero también de la esperanza de todos los pueblos de la tierra; es el Mesías-Rey e Hijo de Dios, pero se revela en la humilde fragilidad del niño, hijo de María; su presencia provoca el rechazo de los suyos y la aceptación de los alejados y extranjeros.

Los que, dejándolo todo, se lanzan decididamente en su búsqueda, lo encontrarán y se llenarán de la «inmensa alegría» (10) de quienes han entrado, como los magos, en el misterio de la presencia amorosa de Dios (cfr. Mt 5,12; 13,20; 13,44; Lc 1,28; 2,10; 10,20).

La liturgia de la Iglesia ha captado y expresado todo el alcance de la narración de Mateo en el nombre de la fiesta con que celebra la visita de los magos: La Epifanía –manifestación– de Jesús.

Huida a Egipto y matanza de inocentes⁴

¹³Cuando se fueron, un ángel del Señor se apareció en sueños a José y le dijo:

—Levántate, toma al niño y a su madre, huye a Egipto y quédate allí hasta que te avise, porque Herodes va a buscar al niño para matarlo.

¹⁴Se levantó, todavía de noche, tomó al niño y a su madre y partió hacia Egipto, ¹⁵donde residió hasta la muerte de Herodes.

Así se cumplió lo que anunció el Señor por el profeta:

De Egipto llamé a mi hijo.

¹⁶Entonces Herodes, al verse burlado por los magos, se enfureció mucho y mandó matar a todos los niños menores de dos años en Belén y sus alrededores; según el tiempo que había averiguado por los magos.

¹⁷Así se cumplió lo que anunció el profeta Jeremías:

*¹⁸Una voz se escucha en Ramá:
muchos llantos y sollozos;
es Raquel que llora a sus hijos
y no quiere que la consuelen
porque ya no viven.*

Regreso de Egipto

¹⁹A la muerte de Herodes, el ángel del Señor se apareció en sueños a José en Egipto ²⁰y le dijo:

—Levántate, toma al niño y a su madre y regresa a Israel, pues han muerto los que atentaban contra la vida del niño.

²¹Se levantó, tomó al niño y a su madre y se volvió a Israel. ²²Pero, al enterarse de que Arquelao había sucedido a su padre Herodes como rey de Judea, tuvo miedo de ir allí. Y avisado en sueños, se retiró a la provincia de Galilea ²³y se estableció en una población llamada Nazaret, para que se cumpliera lo anunciado por los profetas:

—Será llamado Nazareno.

Juan el Bautista⁵

(Mc 1,2-4; Lc 3,3s; cfr. Jn 1,19-23)

3 ¹En aquel tiempo se presentó Juan el Bautista en el desierto de Judea, ²proclamando:
—Arrepiéntanse, que está cerca el reino de los cielos.

⁴ **2,13-23 Huida a Egipto y matanza de inocentes – Regreso de Egipto.** Historia, leyenda y teología se dan de nuevo la mano en el presente episodio con el que Mateo va a concluir su presentación de Jesús.

La crueldad sanguinaria de Herodes, que afectó al recién nacido y a su familia, es un dato histórico de aquellos tiempos turbulentos por los que atravesaba Palestina bajo la opresión del tirano. Así lo recoge el evangelista, mas no como historiador, sino como teólogo que lee la historia, la interpreta a la luz de la Palabra de Dios y después la vierte en un relato dramático de tono legendario, el instrumento literario que más se presta a la evocación simbólica y a la reflexión.

Al igual que Moisés (cfr. Éx 2,1-9), Jesús es salvado de una muerte segura a manos del tirano; como el fundador del pueblo de Israel (cfr. Éx 4,19-23), tiene que huir con su familia. La matanza de los inocentes evoca el exterminio de los niños israelitas (cfr. Éx 1,15s) y el llanto de Raquel (cfr. Jr 31,15). Su regreso de Egipto parece obedecer al mandato de Dios que ya anunció el profeta: «Desde Egipto llamé a mi hijo» (Os 11,1).

De esta forma, el evangelista nos dice que Jesús es el nuevo Moisés quien, a través de un nuevo Éxodo, llevará a su pueblo, asumiendo el exilio y la persecución, hacia una nueva y definitiva liberación. Pero no sólo a su pueblo, Israel, sino a todos los pueblos de la tierra.

Mateo insinúa esta dimensión con el nombre del lugar donde se establece y donde comenzará su vida pública: «Galilea», «el distrito de los paganos», la provincia más extranjera y más paganizada del pueblo de Dios.

La pincelada final del retrato de Jesús tiene también su intención: «será llamado Nazareno» (23), en alusión a la aldea perdida donde vivió como artesano carpintero durante años. Aunque todavía no se ha logrado identificar el texto del profeta aludido en el versículo 23, el nombre de «nazareno» era polémico y despectivo; ser de Nazaret era algo así como ser un «don nadie». El evangelista Juan lo dirá más explícitamente por boca de Natanael: «¿Acaso puede salir algo bueno de Nazaret?» (Jn 1,46).

⁵ **3,1-12 Juan el Bautista.** Después de varias décadas de vida oculta y anónima de Jesús, que los evangelistas dejan en el silencio, Mateo retoma su narración con una fórmula temporal genérica, con la que presenta a Juan, con el título propio de «el Bautista».

El retrato que nos hace de él es impresionante, tanto por su atuendo silvestre, dieta ascética y el lugar de su predicación, el desierto; como por la fuerza demandante de su mensaje: el arrepentimiento como cambio radical de vida y la inminencia del juicio de Dios, vengador de las injusticias. En su punto de mira están, sobre todo, los líderes religiosos y políticos del pueblo, responsables directos de la corrupción y decadencia de aquella sociedad: los fariseos y saduceos, «raza de víboras» (7). De esta manera oblicua, Mateo presenta también a estos personajes que, de ahora en adelante, serán los enemigos más acérrimos de Jesús.

Juan exige el arrepentimiento (cfr. Jr 8,6), la confesión pública de pecados (cfr. Neh 9), la enmienda (cfr. Sal 50,23; 51,15), y como señal de purificación, el bautismo. El paso por el agua recuerda el paso del Mar Rojo y del Jordán.

Ante los proyectos de la élite judía (fariseos y saduceos) se encuentra en el movimiento bautista una aguda preocupación por anunciar a todos la salvación, vista la proximidad amenazante del inminente juicio de Dios.

El Bautista es el enlace entre los profetas y Jesús: lo que los profetas vieron o entrevieron como futuro, él lo muestra ya como presente.

³Éste es a quien había anunciado el profeta Isaías, diciendo:

*Una voz grita en el desierto:
Preparen el camino al Señor,
enderezan sus senderos.*

(Mc 1,5s)

⁴Juan llevaba un manto hecho de pelos de camello, con un cinturón de cuero en la cintura y se alimentaba de saltamontes y miel silvestre. ⁵Acudían a él de Jerusalén, de toda Judea y de la región del Jordán, ⁶y se hacían bautizar en el río Jordán por él, confesando sus pecados.

(Lc 3,7-9)

⁷Al ver que muchos fariseos y saduceos acudían a que los bautizara les dijo:
—¡Raza de víboras! ¿Quién les ha enseñado a escapar de la condena que llega? ⁸Muestren frutos de un sincero arrepentimiento ⁹y no piensen que basta con decir: Nuestro padre es Abrahán; pues yo les digo que de estas piedras puede sacar Dios hijos para Abrahán. ¹⁰El hacha ya está apoyada en la raíz del árbol: árbol que no produzca frutos buenos será cortado y arrojado al fuego.

(Mc 1,7s; Lc 3,15s; cfr. Jn 1,24-28)

¹¹Yo los bautizo con agua en señal de arrepentimiento; pero detrás de mí viene uno con más autoridad que yo, y yo no soy digno de quitarle sus sandalias. Él los bautizará con Espíritu Santo y fuego.

(Lc 3,17)

¹²Ya empuña la horquilla para limpiar su cosecha: reunirá el trigo en el granero, y quemará la paja en un fuego que no se apaga.

Bautismo de Jesús⁶

(cfr. Mc 1,9-11; Lc 3,21s; Jn 1,29-34)

¹³Entonces fue Jesús desde Galilea al Jordán y se presentó a Juan para que lo bautizara.

¹⁴Juan se resistía diciendo:

—Soy yo quien necesito que tú me bautices, ¿y tú acudes a mí?

¹⁵Jesús le respondió:

—Ahora haz lo que te digo pues de este modo conviene que realicemos la justicia plena.

Ante esto Juan aceptó.

¹⁶Después de ser bautizado, Jesús salió del agua y en ese momento se abrió el cielo y vio al Espíritu de Dios que bajaba como una paloma y se posaba sobre él. ¹⁷Se escuchó una voz del cielo que decía:

—Éste es mi Hijo querido, mi predilecto.

⁶ **3,13-17 Bautismo de Jesús.** La brevedad con que narra Mateo esta escena deja, aparentemente, muchas preguntas sin responder. ¿Fue Jesús discípulo de Juan? Y si lo fue, ¿qué fue lo que le motivó? Pero, sobre todo, ¿por qué se sometió, también Él, al rito simbólico de purificación?

En el relato del bautismo se narra un hecho histórico (Jesús es bautizado por Juan) con ayuda de elementos de la apocalíptica. A ella se debe la rasgadura del cielo que hace posible la aparición del Espíritu y la audición de la voz divina. Como resultado se obtiene un relato de vocación sapiencial-apocalíptica.

Con el reconocimiento por parte del Bautista de la superioridad de Jesús, Mateo aclara la relación que hubo entre Jesús y el Bautista, tanto a los discípulos de Juan que se aferraban a su memoria, como a los primeros cristianos que podían escandalizarse de este gesto de Jesús. Pero es en sus palabras enigmáticas, que acallan la reticencia del Bautista, donde hay que buscar el sentido profundo de todo el episodio: «conviene que realicemos la justicia plena» (15).

Si el rito era para otros señal de arrepentimiento, para Jesús es plenitud de la justicia. El evangelista adelanta así uno de los temas fundamentales que, junto con el reinado de Dios, va a desarrollar a lo largo de todo su evangelio. La justicia de Dios no es otra cosa que la voluntad divina de salvación gratuita ofrecida para todos, y es esto lo que Jesús llevará a su plenitud en cada palabra y en cada gesto de solidaridad y de perdón con que acogerá a los pobres, a los oprimidos y a los marginados. Bautizándose con los pecadores en el Jordán, carga sobre sus hombros solidarios todo el peso del pecado y del sufrimiento humano.

Sólo después de pasar Jesús por este bautismo del pueblo pecador se abre el cielo y el Padre lo señala como su hijo «predilecto» y se hace explícita su misión.

El gesto bautismal de Jesús se completa con la visión celestial, en forma de estructura trinitaria, puesta de relieve por la posterior tradición cristiana: voz del Padre, presencia del Espíritu y título de Hijo. Es la segunda Epifanía, la manifestación solemne de una identidad que ya se había ido perfilando en los capítulos de la infancia. La expresión «éste es mi Hijo querido, mi predilecto» (17) es una adaptación de las palabras del Señor dirigidas al Siervo (cfr. Is 42,1), figura misteriosa que, aunque inocente, sufre por su pueblo. Y así, al gesto de Jesús se une la palabra del Padre para indicarnos que este Hijo es también el Siervo sufriente de Dios.

La prueba en el desierto⁷

(Lc 4,1-13; cfr. Mc 1,12s)

4¹Entonces Jesús, movido por el Espíritu, se retiró al desierto para ser tentado por el Diablo. ²Hizo un ayuno de cuarenta días con sus noches y al final sintió hambre. ³Se acercó el Tentador y le dijo:

—Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en pan.

⁴Él contestó:

—Está escrito:

*No sólo de pan vive el hombre,
sino de toda palabra
que sale de la boca de Dios.*

⁵Luego el Diablo se lo llevó a la Ciudad Santa, lo colocó en la parte más alta del templo ⁶y le dijo:

—Si eres Hijo de Dios, tírate abajo, pues está escrito:

*Ha dado órdenes
a sus ángeles sobre ti;
te llevarán en sus manos
para que tu pie
no tropiece en la piedra.*

⁷Jesús respondió:

—También está escrito:

*No pondrás a prueba
al Señor, tu Dios.*

⁸De nuevo se lo llevó el Diablo a una montaña altísima y le mostró todos los reinos del mundo en su esplendor, ⁹y le dijo:

—Todo esto te lo daré si te postras para adorarme.

¹⁰Entonces Jesús le replicó:

—¡Aléjate, Satanás! Que está escrito:

*Al Señor tu Dios adorarás,
a él sólo darás culto.*

¹¹De inmediato lo dejó el Diablo y unos ángeles vinieron a servirle.

⁷ **4,1-11 La prueba en el desierto.** Mateo nos ofrece a continuación uno de los episodios más impresionantes del Nuevo Testamento, conocido tradicionalmente como «las tentaciones de Jesús», aunque es preferible llamarlas pruebas. Literaria y teológicamente es también uno de los textos más elaborados. Sólo el artificio dramático de un relato como el presente podía decir tanto en tan pocas líneas.

Jesús acaba de ser proclamado Hijo de Dios y, como tal, va a comenzar el nuevo Éxodo que será duro y doloroso. Sin embargo, antes de contarnos paso a paso el itinerario que le conducirá a la muerte, el evangelista nos presenta, como en un pórtico grandioso, la confrontación de Jesús con el enemigo, que será constante a lo largo del camino y al que vencerá: el Diablo, o la personificación de la tentación y de la prueba (cfr. Mt 12,38; 16,22; Jn 6,15; 7,3; 12,27).

Esta gran confrontación entre el proyecto del Padre, personificado por Jesús, y el anti-proyecto del «rival» («diábolos» en griego), viene escenificado en tres episodios de creciente dramatismo que se desarrollan en el escenario tradicional de la prueba en la cultura bíblica: el desierto, y durante 40 días, símbolo de los 40 años del éxodo de Israel. El desenlace y la victoria final tendrán una dimensión cósmica, la cúspide en una «montaña altísima» (4,8) ante el esplendor y poderío de todos los reinos de la tierra.

En cada episodio, una proposición tentadora del Diablo: el milagro fácil e injustificable; el espectáculo gratuito de efecto rápido y asegurado; y sobre todo, el poderío universal, si se somete a las reglas del juego del pretendido soberano del mundo. Y a cada tentación del rival, apoyada en una cita bíblica, el rechazo de Jesús y el compromiso de vivir solamente de la Palabra de Dios. Aunque las tres tentaciones parecen diferentes, todas van dirigidas a un único objetivo: apartar a Jesús de la voluntad del Padre, o lo que es lo mismo, poner a prueba su filiación divina.

Gracias a los elementos tomados del Antiguo Testamento, el relato sirve para salir al paso de ciertas expectativas mesiánicas corrientes en el tiempo de Jesús y que seducían también a sus seguidores. En definitiva, se trata de resaltar no sólo la misión de Jesús —el proyecto del reinado de Dios— frente al proyecto del antireino, sino también la manera concreta de anunciarlo, celebrarlo y llevarlo a la práctica.

Se confrontan también los dos tipos de mesianismos: el mesianismo davídico, fundado en el poder, en el prestigio, en las soluciones fáciles y rápidas, y el mesianismo del Siervo sufriente, que carga con los pecados de su pueblo y vive de cara a Dios y en solidaridad con los pobres y excluidos. De esta nueva forma de comprender el reinado de Dios se desprende una nueva imagen del Mesías que se espera.

A partir de la llegada del reinado de Dios es posible llevar a cabo una vida en que la obediencia a Dios nos conduzca a una relación de comunión con los demás. La desobediencia al designio de Dios se ha hecho patente en el mundo creando en la humanidad relaciones opresoras en el triple orden de lo económico (pan), político (reinos de la tierra) y religioso (milagro). Sólo su rechazo en las tentaciones hace posible un orden humano que destruya esas relaciones opresoras a partir de la existencia de un nuevo poder.

Comienza su proclamación⁸

(Mc 1,14s; Lc 4,14s)

¹²Al saber que Juan había sido arrestado, Jesús se retiró a Galilea, ¹³salió de Nazaret y se estableció en Cafarnaún, junto al lago, en territorio de Zabulón y Neftalí.

¹⁴Así se cumplió lo anunciado por el profeta Isaías:

¹⁵*Territorio de Zabulón
y territorio de Neftalí,
camino del mar,
al otro lado del Jordán,
Galilea de los paganos.*

¹⁶*El pueblo que vivía en tinieblas
vio una luz intensa,
a los que vivían
en sombras de muerte
les amaneció la luz.*

¹⁷Desde entonces comenzó Jesús a proclamar:
—¡Arrepiéntanse que está cerca el reino de los cielos!

Llama a sus primeros discípulos

(Mc 1,16-20; cfr. Lc 5,1-11; Jn 1,35-51)

¹⁸Mientras caminaba junto al lago de Galilea, vio a dos hermanos —Simón, llamado Pedro, y Andrés, su hermano— que estaban echando una red al lago, pues eran pescadores.

¹⁹Les dijo:

—Vengan conmigo y los haré pescadores de hombres.

²⁰De inmediato dejando las redes le siguieron.

²¹Un trecho más adelante vio a otros dos hermanos —Santiago de Zebedeo y Juan, su hermano— en la barca con su padre Zebedeo, arreglando las redes. Los llamó, ²²y ellos inmediatamente, dejando la barca y a su padre, le siguieron.

Resumen narrativo de la actividad de Jesús⁹

²³Jesús recorría toda Galilea enseñando en las sinagogas, proclamando la Buena Noticia del reino y sanando entre el pueblo toda clase de enfermedades y dolencias.

²⁴Su fama se difundió por toda Siria, de modo que le traían todos los que padecían diversas enfermedades o sufrían achaques: endemoniados, lunáticos, paralíticos y él los sanaba. ²⁵Le seguía una gran multitud de Galilea, Decápolis, Jerusalén, Judea y Transjordania.

⁸ **4,12-17 Comienza su proclamación.** Cafarnaún, junto al lago, será su ciudad (9,1). Galilea, en un tiempo pagana o cuanto menos paganizada, lugar de encuentro de pueblos y culturas, será el escenario y la plataforma de su revelación, como en el gran oráculo de Isaías 8,23–9,1. Así comienza a cumplirse el encargo de la misión universal de predicar el Evangelio al mundo entero (28,18s).

El paralelismo entre Juan y Jesús expresa la conexión de este último con los movimientos bautistas, pero también su originalidad que lo separa en puntos clave.

La coincidencia inicial se transforma pronto en separación irreducible entre ambos. La predicación bautista de un Dios vengador de las injusticias se convierte en Jesús en propuesta de un Dios pacífico y no violento. El arrepentimiento que pide es para recibir la Buena Noticia, como pura gratuidad de Dios (4,23; 9,35). El ofrecimiento de la gracia ocupa el lugar del juicio de Dios.

Jesús sale al encuentro de la expectativa del pueblo con un anuncio que, desde el comienzo, tiene como contenido central el reinado de Dios y será desde entonces el centro de su predicación.

⁹ **4,23-25 Resumen narrativo de la actividad de Jesús.** La actividad de Jesús engloba y unifica enseñanza (7,28s; 21,23), proclamación de la Buena Noticia (10,7) y sanaciones (8,16s), afectando así totalmente al oyente.

Una Buena Noticia que sólo mire al «alma», en lugar de al hombre y a la mujer en su totalidad, no es Buena Noticia de Jesús; y así, donde Mateo dice: «toda clase de enfermedades y dolencias», debemos nosotros hoy leer también: toda opresión, injusticia, marginación, es decir, todas las enfermedades estructurales que surgen como consecuencias de un sistema económico como el actual, que excluye de la mesa, del compartir y disfrutar de los bienes de la tierra, a gran parte de la población mundial, especialmente la situada en los países pobres.

La fama de Jesús se difunde y atrae a todo el Israel histórico, con Jerusalén como capital. Atento siempre a las resonancias bíblicas de cada gesto y palabra de Jesús, el evangelista ve cumplida en la proclamación del reinado de Dios el anuncio de Isaías: «¡Qué hermosos son sobre los montes los pies del mensajero... que dice a Sión: Ya reina tu Dios!» (Is 52,7; cfr. Is 61,1).

Sermón del monte: las bienaventuranzas¹⁰

5¹Al ver a la multitud, subió al monte. Se sentó y se le acercaron los discípulos. ²Tomó la palabra y comenzó a enseñarles del siguiente modo:

(Lc 6,20-23)

³Felices los pobres de corazón,
porque el reino de los cielos les pertenece.

⁴Felices los afligidos,
porque serán consolados.

⁵Felices los desposeídos,
porque heredarán la tierra.

⁶Felices los que tienen hambre y sed de justicia,
porque serán saciados.

⁷Felices los misericordiosos,
porque serán tratados con misericordia.

⁸Felices los limpios de corazón,
porque verán a Dios.

⁹Felices los que trabajan por la paz,
porque se llamarán hijos de Dios.

¹⁰Felices los perseguidos por causa del bien,
porque el reino de los cielos les pertenece.

¹¹Felices ustedes cuando los injurien, los persigan y los calumnien de todo por mi causa.

¹²Alégrense y estén contentos pues la paga que les espera en el cielo es abundante. De ese mismo modo persiguieron a los profetas anteriores a ustedes.

¹⁰ **5,1-12 Sermón del monte: las bienaventuranzas.** El sermón del monte (el primero de los cinco discursos programáticos de Jesús en este evangelio) es la carta magna del nuevo pueblo de Dios. Se ha de leer con el monte Sinaí y Moisés de fondo (Éx 19) para apreciar las diferencias y los contrastes.

Encabezan el discurso las ocho bienaventuranzas que constituyen el nuevo programa del reinado de Dios. Declaran: «felices los pobres», porque en ellos el reino de Dios se hace ya presente como don y como gracia en medio de nosotros. Son enunciados de valor, no mandatos como el decálogo del Sinaí; una invitación a superarse constantemente; una denuncia de mezquindades, una oferta de la misericordia de Dios y don del gozo incontenible que trae el reinado de Dios.

A diferencia de Lucas (6,20-23), cuyas bienaventuranzas van dirigidas a todos, sin distinción ni especificación, las bienaventuranzas de Mateo tienen un auditorio concreto y restringido: el grupo de los que Jesús había llamado a seguirle: «se le acercaron los discípulos... y comenzó a enseñarles del siguiente modo» (1s).

El evangelista escribe para una comunidad cristiana ya establecida, que comienza a organizarse como Iglesia y necesita profundizar en su nueva identidad de seguidora de Jesús, después de la ruptura traumática con el judaísmo, de donde procedía la mayoría y que les dejó en una situación de marginación social, cultural y religiosa. Es probable que estos hombres y mujeres fueran realmente pobres, menospreciados y perseguidos. Mateo les invita a descubrir los valores del reinado de Dios en las dificultades por las que atraviesan.

Las palabras de Jesús son, en primer lugar, una invitación a vivir la pobreza, la aflicción, el desprendimiento, el hambre y la sed de justicia como «bienaventuranzas». Y así, la pobreza material se transformará en «pobreza de corazón» o apertura confiada a la voluntad y providencia del Padre; la aflicción, en «consuelo» mesiánico, el único capaz de dar sentido al sufrimiento y a la muerte; el desprendimiento, en posesión de la «herencia» de la tierra, expresión que equivale a recibir el reinado de Dios; y el hambre y la sed de justicia, en «esperanza» del cambio radical que traerá la Buena Noticia.

Estas cuatro primeras bienaventuranzas podrían dar la impresión de una fácil y falsa espiritualización de la dura realidad humana con la esperanza pasiva de una reivindicación en un futuro reinado de Dios. Pero no es así. A estas cuatro actitudes del corazón siguen las otras cuatro bienaventuranzas del compromiso y del empeño por cambiar la realidad y hacer presente el reinado de Dios aquí y ahora: el compromiso de la misericordia y la solidaridad; el empeño de una vida honrada y limpia; el trabajo por la paz y la reconciliación; la firmeza ante la persecución.

En estas ocho bienaventuranzas Jesús indica el comienzo del reinado que ya está aconteciendo en la praxis de los pobres. Y es en la práctica de los pobres donde despunta, aunque de lejos, la nueva creación. En ellos la vida nueva del reinado se construye en torno a sus ejes básicos: posesión compartida de la tierra (4), ausencia de males que hacen sufrir y llorar (6), práctica de la justicia (6) y de la solidaridad (7), nueva experiencia de Dios (8) y de la relación filial con Él (9), que es la raíz de la verdadera fraternidad.

Imagen de los discípulos: sal y luz¹¹

(Mc 9,50; Lc 14,34s)

¹³Ustedes son la sal de la tierra. Si la sal se vuelve insípida, ¿con qué se le devolverá su sabor? Sólo sirve para tirarla y que la pise la gente.

¹⁴Ustedes son la luz del mundo. No puede ocultarse una ciudad construida sobre un monte.

(Lc 11,33)

¹⁵No se enciende una lámpara para meterla en un cajón, sino que se pone en el candelero para que alumbre a todos en la casa.

¹⁶Brille igualmente la luz de ustedes ante los hombres, de modo que cuando ellos vean sus buenas obras, glorifiquen al Padre de ustedes que está en el cielo.

Jesús y la Ley¹²

¹⁷No piensen que he venido a abolir la ley o los profetas. No vine para abolir, sino para cumplir.

¹⁸Les aseguro que mientras duren el cielo y la tierra, ni una letra, ni una coma de la ley dejará de realizarse.

¹⁹Por tanto, quien quebrante el más mínimo de estos mandamientos y enseñe a otros a hacerlo será considerado el más pequeño en el reino de los cielos. Pero quien lo cumpla y lo enseñe será considerado grande en el reino de los cielos.

¹¹ **5,13-16 Imagen de los discípulos: sal y luz.** Las breves parábolas de la sal y de la luz completan la proclamación de las bienaventuranzas y terminan el exordio del sermón del monte. Estos dos elementos tan necesarios en la vida cotidiana han entrado a formar parte del mundo simbólico de todas las religiones y culturas.

La tradición bíblica ha visto en las propiedades de la sal –dar sabor y preservar los alimentos– un símbolo de la sabiduría. Para Mateo, esta sabiduría es la Palabra de Dios, la Buena Noticia, no en abstracto, sino personificado en la vida de los creyentes: «Ustedes son la sal de la tierra» (13).

La advertencia: «si la sal se vuelve insípida» resuena quizás hoy en día con más urgencia que en otras épocas de la historia de la evangelización de la Iglesia. Nuestro mundo postmoderno, que ha dado ya la espalda a todas las ideologías, sólo reacciona ante el impacto del testimonio, y sin el testimonio de una vida cristiana seria y consecuente, la Buena Noticia se convertirá en una ideología más; habrá perdido todo su sabor.

En la misma línea se mueve la comparación de los cristianos con la luz del mundo. Más explícitamente que la sal, la luz evoca el mensaje de Jesús reflejado en la conducta diaria de sus seguidores. San Pablo dirá: «si en un tiempo eran tinieblas, ahora son luz por el Señor: vivan como hijos de la luz» (Ef 5,8). También la luz, sin el testimonio, es opaca; brilla solamente a través de las obras.

La práctica de las bienaventuranzas lleva consigo una forma de vida alternativa que necesariamente será contracultural y que generará persecuciones. Pero, incluso, o mejor, es en la persecución cuando este estilo de vida alcanza mayor plenitud de sentido.

En la visión de Isaías de la ciudad irradiando luz desde lo alto y atrayendo a todos los pueblos de la tierra (60,1-3) ve el evangelista la misión universal de anunciar la Buena Noticia, encomendada a los que ya han sido iluminados por la luz de Cristo.

¹² **5,17-48 Jesús y la Ley.** Jesús expone su postura frente a la Ley, la Torá. Primero, en términos genéricos, incluyendo toda la Escritura en la consabida fórmula «ley y profetas»; después, en una serie de seis contraposiciones agudamente perfiladas, encabezadas por las famosas antítesis de Mateo: «han oído que se dijo... pues yo les digo». Jesús habla con una autoridad que está por encima de la legislación antigua.

Jesús reconduce los mandamientos a su raíz y a su objetivo último: el servicio a la vida, a la justicia, al amor, a la verdad. No opone a la Ley antigua una nueva ley, sino que la transforma y la lleva hacia una radicalidad sin precedentes, rompiendo todos los moldes y criterios que han dado origen a cualquier legislación humana. En el centro de esta parte del sermón del monte está el respeto sagrado a la persona y la denuncia contra todo aquello que, aun camuflado de artificio legal, atente contra la dignidad del hombre y de la mujer.

Pero es, sobre todo, en las dos últimas antítesis donde aparece toda la revolucionaria novedad del mensaje de Jesús, el NO rotundo a la ley del Talión: «ojo por ojo, diente por diente» (38). ¿No sería utópica una sociedad sin esta ley? En realidad, la ley del Talión ha existido en todas las culturas, no sólo en la bíblica, como mecanismo para que la sociedad no se disuelva en el caos de una violencia indiscriminada. Aunque su cruda aplicación haya desaparecido prácticamente de nuestro mundo actual, la ley del Talión, por más sofisticada que se muestre en nuestros comportamientos individuales o en los códigos legales, sigue estando vigente y considerada como necesaria para asegurar una aceptable convivencia humana. Así, la violencia legalizada y más o menos controlada parece ser la única respuesta para hacer frente a todo otro tipo de violencia que amenace al individuo o a la colectividad. Un ejemplo entre tantos, es la pena de muerte.

Jesús propone la subversión de este principio porque corrompe las relaciones de las personas entre sí y con Dios. Este cambio radical sólo podrá partir de la fuerza creadora del amor y será la única respuesta que pondrá fin a toda violencia. No sólo se trata de una no violencia pasiva –«no opongan resistencia al que les hace el mal» (39)–, sino activa: «Pues yo les digo: amen a sus enemigos, oren por sus perseguidores» (44). Ésta es la utopía evangélica que propone el sermón del monte: el amor a todos, sin condiciones, tal y como es el amor de «su Padre del cielo, que hace salir su sol sobre malos y buenos y hace llover sobre justos e injustos» (45). El amor no tiene límites, como no tiene límite la perfección a la que el creyente tiene que aspirar: «sean perfectos como es perfecto el Padre de ustedes que está en el cielo» (48). Imitando de esta manera a Dios podremos crear una sociedad justa, radicalmente nueva.

Quizás tengamos que confesar tristemente que nuestro mundo no está aún preparado para que la ley evangélica del amor sustituya a la ley del Talión; pero, precisamente porque hemos tocado fondo en los horrores de la violencia y la violencia institucionalizada está enquistada, Jesús invita apremiantemente a sus seguidores a poner en práctica la utopía del amor evangélico como humilde levadura que producirá el cambio. Mateo lo expresa con sencillez y realismo: «si uno te da una bofetada... al que quiera ponerte pleito... si uno te obliga a caminar mil pasos... a quien te pide prestado» (39-42). Las respuestas podrán parecer absurdas, pero llevan en sí el poder que cambiará el mundo.

²⁰Porque les digo que si el modo de obrar de ustedes no supera al de los letrados y fariseos, no entrarán en el reino de los cielos.

Respecto a la ofensa

²¹Ustedes han oído que se dijo a los antiguos: *No matarás*; el homicida responderá ante el tribunal. ²²Pues yo les digo que todo el que se enoje contra su hermano responderá ante el tribunal. Quien llame a su hermano imbécil responderá ante el Consejo. Quien lo llame estúpido incurrirá en la pena del infierno de fuego.

²³Si mientras llevas tu ofrenda al altar te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, ²⁴deja la ofrenda delante del altar, ve primero a reconciliarte con tu hermano y después vuelve a llevar tu ofrenda.

(Lc 12,57-59)

²⁵Con quien tienes pleito busca rápidamente un acuerdo, mientras vas de camino con él. Si no, te entregará al juez, el juez al comisario y te meterán en la cárcel. ²⁶Te aseguro que no saldrás hasta haber pagado el último centavo.

Respecto al adulterio

²⁷Ustedes han oído que se dijo: *No cometerás adulterio*. ²⁸Pues yo les digo que quien mira a una mujer deseándola ya ha cometido adulterio con ella en su corazón.

²⁹Si tu ojo derecho te lleva a pecar, sácatelo y tíralo lejos de ti. Más te vale perder una parte de tu cuerpo que ser arrojado entero al infierno. ³⁰Y si tu mano derecha te lleva a pecar, córtatela y tírala lejos de ti. Más te vale perder una parte de tu cuerpo que terminar entero en el infierno.

Respecto al divorcio

³¹Se dijo: *Quien repudie a su mujer que le dé acta de divorcio*. ³²Pues yo les digo que quien repudia a su mujer –salvo en caso de concubinato– la induce a adulterio, y quien se case con una divorciada comete adulterio.

Respecto a los juramentos

³³Ustedes, también, han oído que se dijo a los antiguos: *No jurarás en falso y cumplirás tus juramentos al Señor*. ³⁴Pues yo les digo que no juren en absoluto: ni por el cielo, que es trono de Dios; ³⁵ni por la tierra, que es tarima de sus pies; ni por Jerusalén, que es la ciudad del gran Rey; ³⁶ni jures tampoco por tu cabeza, pues no puedes convertir en blanco o negro uno solo de tus cabellos. ³⁷Que la palabra de ustedes sea sí, sí; no, no. Lo que se añada luego procede del Maligno.

Respecto a la venganza

(Lc 6,29s)

³⁸Ustedes han oído que se dijo: *Ojo por ojo, diente por diente*. ³⁹Pues yo les digo que no opongan resistencia al que les hace el mal. Antes bien, si uno te da una bofetada en [tu] mejilla derecha, ofrécele también la otra. ⁴⁰Al que quiera ponerte pleito para quitarte la túnica déjale también el manto. ⁴¹Si uno te obliga a caminar mil pasos, haz con él dos mil. ⁴²Da a quien te pide y al que te solicite dinero prestado no lo esquivés.

(Lc 6,27s.32-36)

⁴³Ustedes han oído que se dijo: *Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo*. ⁴⁴Pues yo les digo: Amen a sus enemigos, oren por sus perseguidores. ⁴⁵Así serán hijos de su Padre del cielo, que hace salir su sol sobre malos y buenos y hace llover sobre justos e injustos. ⁴⁶Si ustedes aman sólo a quienes los aman, ¿qué premio merecen? También hacen lo mismo los recaudadores de impuestos. ⁴⁷Si saludan sólo a sus hermanos, ¿qué hacen de extraordinario? También hacen lo mismo los paganos.

⁴⁸Por tanto, sean perfectos como es perfecto el Padre de ustedes que está en el cielo.

Sobre la práctica de las obras buenas¹³

6 ¹Cuídense de hacer obras buenas en público solamente para que los vean; de lo contrario no serán recompensados por su Padre del cielo.

Respecto a la limosna

²Cuando des limosna no hagas tocar la trompeta por delante, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles para que los alabe la gente. Les aseguro que ya han recibido su paga.

³Cuando tú hagas limosna, no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha; ⁴de ese modo tu limosna quedará escondida, y tu Padre, que ve en lo escondido, te lo pagará.

Respecto a la oración

⁵Cuando ustedes oren no hagan como los hipócritas, que gustan rezar de pie en las sinagogas y en las esquinas para exhibirse a la gente. Les aseguro que ya han recibido su paga.

¹³ **6,1-18 Sobre la práctica de las obras buenas.** Al igual que para la mayoría de las religiones de la tierra, la limosna, la oración y el ayuno eran los tres pilares de la práctica religiosa judía. Pero cuando estas prácticas se institucionalizan y se legalizan corren el riesgo de convertirse en mera rutina, superficialidad e hipocresía. Así ocurría en el contexto religioso judío donde vivían las pequeñas comunidades de Mateo que buscaban definir su identidad como cristianos.

Mateo, a través de las palabras de Jesús, les invita a purificar toda práctica religiosa a partir del espíritu evangélico como criterio de discernimiento, como hizo antes con respecto a la Ley. Y establece un principio general: las obras de piedad no deben practicarse para ganar prestigio ante los demás, posición de poder o privilegios.

Llama comediantes, hipócritas, charlatanes, a los que exhibían sus rezos y sus ofrendas al son de trompetas en las esquinas y en las plazas o desfiguraban «la cara para hacer ver a la gente que ayunan» (16). Es una crítica mordaz al eterno problema del fariseísmo, enfermedad que puede atacar a todos, pero que se ceba especialmente en las gentes de Iglesia, «personas en riesgo», como los fariseos de su tiempo. Con razón, una de las críticas históricas a la Iglesia como institución y a sus representantes ha sido precisamente la de la ostentación, el boato, la apariencia, el culto a la imagen.

El Padrenuestro (9-15). Todas las religiones tienen su oración especial, la que define su identidad y queda grabada en la memoria colectiva de sus seguidores. Para los cristianos es el Padrenuestro u oración dominical –de «dominus», «señor» en latín–, porque ha salido de los labios del Señor. Lucas (11,1) dice explícitamente que fue enseñada por Jesús a petición de los discípulos. Mateo lo deja entrever (9).

La versión que presenta Mateo es más elaborada que la de Lucas, quizás porque así se rezaba ya en las comunidades cristianas a las que dirige su evangelio. Con esta oración pedimos, agradecemos y nos renovamos. Contiene una invocación: «¡Padre nuestro que estás en el cielo!», y siete peticiones, tres en honor de Dios (su nombre, su reino, su voluntad); y cuatro a favor nuestro (nuestro pan, nuestras ofensas, nuestras tentaciones, los males que nos acechan).

La gran novedad de la oración dominical está en la primera palabra con la que comienza: «Padre», de la que surge espontáneamente y cobra verdadero sentido todo lo demás. Si bien la expresión «Padre» referida a Dios es frecuente en la tradición bíblica del Antiguo Testamento, nunca se había llegado más allá de un significado simbólico: Dios era padre del pueblo en general o se comportaba como un padre. En Jesús, el símbolo se hace realidad; Dios es realmente su padre, al que llama con el diminutivo entrañable con que los niños se dirigen a la persona que les dio la vida: «abba», «papá» en arameo. Pero no sólo es su padre, sino también nuestro padre; de cada uno en particular y de todos como familia suya y hermanos de su Hijo primogénito. Todo el Nuevo Testamento es revelación de este misterio de salvación (cfr. Rom 8,15; Ef 2,18; 3,12; Heb 10,17-20).

Aunque por razón de su cultura patriarcal los evangelistas no se atreven a llamar a Dios «madre», hoy día, libres ya de esos condicionamientos culturales, no expresaríamos adecuadamente toda la dimensión de nuestra relación filial con Dios si no nos dirigiéramos a Él/Ella como «Padre-Madre que estás en el cielo», o simplemente «Padre-Madre Dios», ya que la expresión «que estás en el cielo» es una expresión que encubre el nombre de Dios, y que el israelita, por respeto, no se atrevía a pronunciar.

Las tres primeras peticiones, tu nombre, tu reino, tu voluntad, son en realidad una sola: el deseo ardiente de que su paternidad-maternidad se haga presente eficazmente en el mundo. El nombre, el reino y la Ley son tres ejes sacados del Antiguo Testamento que expresan cómo debe ser la nueva relación con Dios.

El nombre en la tradición bíblica es sinónimo de la identidad de la persona; apelar al nombre de Dios es invocar el esplendor de su presencia activa en medio de nosotros. Es una petición de fe.

«Venga tu reino» (10) es la otra cara de la fe: el deseo y la esperanza de que el ejercicio de su poder (es decir, el reinado de Dios, tema central de la predicación de Jesús), vaya cambiando la realidad presente hasta su futura y plena transformación.

La petición «hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo» (10) no es fatalismo ni espera pasiva, sino que expresa el compromiso activo del orante, consecuencia de la fe y de la esperanza, a colaborar activamente para que el reinado de Dios se vaya haciendo realidad aquí y ahora.

Las cuatro peticiones restantes nos muestran que la relación renovada con Dios, nuestro Padre, sólo es posible en la relación renovada entre nosotros, sus hijos. De ahí que esas cuatro peticiones sean para la comunidad y se refieren a cuatro necesidades:

El orante pide a su Padre-Madre Dios la fuerza para el camino, para empezar, el alimento de cada día: «danos hoy el pan nuestro de cada día» (11). Esta expresión de Mateo deja abierta una variedad de sentidos que no se excluyen entre sí, sino que contribuyen a presentar todo el arco de las necesidades humanas: el alimento terreno, el pan del pobre y del necesitado y, sobre todo, el alimento definitivo del reinado de Dios, anticipado en el pan de la Eucaristía.

Finalmente, y dada la condición pecadora del orante, se pide el perdón de nuestras ofensas (12) con el compromiso añadido de perdonar a los que nos ofenden, el auxilio en la prueba y la protección contra el maligno.

El perdón es un punto central en la oración cristiana. Hemos traducido «perdona nuestras ofensas» por el uso litúrgico actual; pero también se podría traducir: «perdona nuestras deudas», como antiguamente se rezaba. El término «deudas» hace referencia no sólo a las ofensas, sino también a las deudas económicas. Algunos biblistas no dudan en afirmar que esto es lo que acentúa Mateo en su versión del Padrenuestro (cfr. Lc 11,4: «pecados»; no deja de ser sugerente lo que se dice en Mt 5,42).

El mal como realidad o el Maligno como causante del mal tienen en cada momento su figura histórica. Atrevernos a delimitarlo y a llamarlo por su nombre en cada coyuntura histórica es un ejercicio de discernimiento cristiano y una exigencia de la dimensión profética de nuestra fe. Así termina la oración cristiana que, en su brevedad, resume todo el evangelio.

⁶Cuando tú vayas a orar, entra en tu habitación, cierra la puerta y reza a tu Padre a escondidas. Y tu Padre, que ve en lo escondido, te lo pagará.

⁷Cuando ustedes recen no sean charlatanes como los paganos, que piensan que por mucho hablar serán escuchados. ⁸No los imiten, pues el Padre de ustedes sabe lo que necesitan antes de que se lo pidan.

El Padrenuestro

(Lc 11,2-4)

⁹Ustedes oren así:

¡Padre nuestro

que estás en el cielo!

Santificado sea tu Nombre,

¹⁰venga tu reino,

hágase tu voluntad

en la tierra como en el cielo;

¹¹danos hoy nuestro pan de cada día,

¹²perdona nuestras ofensas

como también nosotros perdonamos

a los que nos ofenden;

¹³no nos dejes caer en la tentación

y líbranos del mal.

(Mc 11,25s)

¹⁴Pues si perdonan a los demás las ofensas, su Padre del cielo los perdonará a ustedes, ¹⁵pero si no perdonan a los demás, tampoco el Padre los perdonará a ustedes.

Respecto al ayuno

¹⁶Cuando ustedes ayunen no pongan cara triste como los hipócritas, que desfiguran la cara para hacer ver a la gente que ayunan. Les aseguro que ya han recibido su paga.

¹⁷Cuando tú ayunes, perfúmate la cabeza y lávate la cara, ¹⁸de modo que tu ayuno no lo vean los demás, sino tu Padre, que está escondido; y tu Padre, que ve en lo escondido, te lo pagará.

El verdadero tesoro¹⁴

(cfr. Lc 12,33s)

¹⁹No acumulen tesoros en la tierra, donde la polilla y la herrumbre los destruyen, donde los ladrones perforan paredes y roban. ²⁰Acumulen tesoros en el cielo, donde no roe la polilla ni destruye la herrumbre, donde los ladrones no abren brechas ni roban.

²¹Pues donde está tu tesoro, allí estará también tu corazón.

Luz y tinieblas

(Lc 11,34-36)

²²La lámpara del cuerpo es el ojo: por tanto, si tu ojo está sano, todo tu cuerpo estará lleno de luz; ²³pero si tu ojo está enfermo, todo tu cuerpo estará lleno de oscuridad. Y si tu fuente de luz está a oscuras, ¡cuánta oscuridad habrá!

Dios y el dinero

(Lc 16,13)

²⁴Nadie puede estar al servicio de dos señores, pues odiará a uno y amará al otro o apreciará a uno y despreciará al otro. No pueden estar al servicio de Dios y del dinero.

¹⁴ **6,19-24 El verdadero tesoro – Luz y tinieblas – Dios y el dinero.** Con estas recomendaciones, Jesús desenmascara la maldad de la codicia en su raíz más profunda: la idolatría. «Mamón», dios del dinero, es rival irreconciliable del Dios de las bienaventuranzas, cuya santidad se manifiesta en el esplendor de su generosidad, como lo acaba de enseñar el Padrenuestro.

El afán y la ilusión de los discípulos de Jesús deben estar centrados en el reino, ése es su tesoro. «¡Cuánta oscuridad!» (23) la que entra en el corazón del hombre o de la mujer a través del ojo cegado por la tacañería!

Jesús termina con una frase lapidaria que emplaza a los oyentes de ayer y de hoy a optar de forma radical, sin medias tintas, o por Dios o por el dinero (24).

Confianza en Dios¹⁵

(Lc 12,22-31)

²⁵Por eso les digo que no anden angustiados por la comida [y la bebida] para conservar la vida o por la ropa para cubrir el cuerpo. ¿No vale más la vida que el alimento?, ¿el cuerpo más que la ropa?

²⁶Miren las aves del cielo: no siembran ni cosechan ni recogen en graneros, y sin embargo, el Padre del cielo las alimenta. ¿No valen ustedes más que ellas? ²⁷¿Quién de ustedes puede, por mucho que se inquiete, prolongar un poco su vida?

²⁸¿Por qué se angustian por la vestimenta? Miren cómo crecen los lirios silvestres, sin trabajar ni hilar. ²⁹Les aseguro que ni Salomón, en el esplendor de su gloria, se vistió como uno de ellos.

³⁰Pues si a la hierba del campo, que hoy crece y mañana la echan al horno, Dios la viste así, ¿no los vestirá mejor a ustedes, hombres de poca fe?

³¹En conclusión, no se angustien pensando: ¿qué comeremos?, ¿qué beberemos?, ¿con qué nos vestiremos? ³²Todo eso buscan ansiosamente los paganos. Pero el Padre del cielo sabe que ustedes tienen necesidad de todo aquello. ³³Busquen primero el reino [de Dios] y su justicia, y lo demás lo recibirán por añadidura.

³⁴Por eso, no se preocupen del mañana, que el mañana se ocupará de sí. A cada día le basta su problema.

El juicio a los demás¹⁶

(Lc 6,37s)

7 ¹No juzguen y no serán juzgados. ²Del mismo modo que ustedes juzguen se los juzgará. La medida que usen para medir la usarán con ustedes.

(Lc 6,41s; cfr. Jn 8,1-11)

³¿Por qué te fijas en la pelusa que está en el ojo de tu hermano y no miras la viga que hay en el tuyo? ⁴¿Cómo te atreves a decir a tu hermano: Déjame sacarte la pelusa del ojo, mientras llevas una viga en el tuyo? ⁵¡Hipócrita!, saca primero la viga de tu ojo y entonces podrás ver claramente para sacar la pelusa del ojo de tu hermano.

¹⁵ **6,25-34 Confianza en Dios.** Quizás no exista otro concepto religioso en nuestra tradición cristiana que se haya prestado tanto al desconcierto, al abuso y a la manipulación, como el de la providencia de Dios. Ha servido para todo: para encubrir la falta de esfuerzo y trabajo personal y aceptar con fatalismo lo que venga; para aquietar nuestra conciencia ante la injusticia y la opresión de los pobres, esperando que la providencia se cuide de ellos. A veces llamamos instintivamente providencia a la abundancia y al bienestar, o nos sentimos apartados de ella cuando llaman a nuestras puertas la penuria y el sufrimiento. En el fondo, si no sabemos a qué atenernos respecto a la providencia de Dios, es porque quizás hasta ahora no hayamos leído con seriedad el sermón del monte.

Jesús no nos explica cómo o cuándo se hace presente la providencia; simplemente nos invita a abandonarnos en manos de nuestro Padre-Madre Dios, para quien sus hijos e hijas son las criaturas más importantes de toda su creación, y así, pasar de la angustia a la confianza.

Jesús resume en una frase cuál debe ser la actitud de sus seguidores ante la providencia de Dios: «busquen ante todo el reino de Dios y su justicia» (33). El reinado se recibe como don gratuito, con la alegría y confianza de quien experimenta la paternidad-maternidad de Dios en su acción transformadora del mundo. Pero esta justicia (salvación) de Dios invita también a la colaboración y al empeño personal y colectivo de sus seguidores con su plan salvador. La confianza lleva necesariamente al compromiso, pues nadie se compromete con una causa perdida.

Y esto es justamente lo que nos enseña esta página entrañable del evangelio: que el poder salvador de Dios, simbolizado en el esplendor y la delicada magnificencia con que trata a las aves del cielo y a las flores del campo, no va a dejar fuera del reino a sus hijos e hijas.

¹⁶ **7,1-6 El juicio a los demás – Las cosas santas.** El sermón del monte ha ido desmantelando poco a poco todas las estructuras y condicionamientos internos que aprisionan y esclavizan a la persona desde una perspectiva nueva que revoluciona la ética y todo comportamiento humano convencional: la presencia del reinado de Dios. Lo ha hecho con la ley del Talión, con el afán de poseer, con la angustia ante el mañana; ahora lo hace con el juicio contra el hermano.

Si Jesús hablara simplemente de actitudes civilizadas como la comprensión o la tolerancia no habría dicho nada nuevo que no hubieran dicho ya los rabinos de su tiempo (o de todos los tiempos), quienes usaban la proporción como norma positiva de juicio: «Del mismo modo que ustedes juzguen se los juzgará» (2).

Confucio decía, quinientos años antes de Jesús, que «el hombre justo, cuando ve una cualidad en los demás, la imita; cuando ve un defecto, lo corrige en sí mismo».

Jesús cita la norma, pero para negarla, para prohibir y condenar como falso, hipócrita y farisaico todo juicio humano que no esté inspirado en la nueva justicia que ha traído el reinado de Dios. Lo ilustra mediante el proverbio que pone de relieve la desproporción hiperbólica entre la basura o la pelusa en el ojo del hermano y la viga en el ojo propio. Si la presencia del reinado de Dios entre nosotros nos ha hecho experimentar el don inmenso e impagable de su perdón y misericordia, es decir, la revelación de su justicia (salvación), todo otro juicio que no sea el de ver al prójimo en el mismo abrazo salvador del Padre, sería tan injusto y absurdo como quien se fija en la pelusa del ojo del hermano llevando una viga en el propio.

El versículo 6 rompe la unidad del contexto literario. Su interpretación no es unánime entre los biblistas. Las cosas santas y las perlas pueden referirse al Evangelio; mientras que perros y cerdos, animales impuros, a todos aquellos que lo rechazan.

Las cosas santas

⁶No tiren las cosas santas a los perros, ni arrojen sus perlas a los cerdos, no sea que las pisoteen y después se vuelvan contra ustedes para destrozarnos.

Perseverancia en la oración¹⁷

(Lc 11,9-13; cfr. Jn 14,13s)

⁷Pidan y se les dará, busquen y encontrarán, llamen y se les abrirá, ⁸porque quien pide recibe, quien busca encuentra, a quien llama se le abrirá.

⁹¿Quién de ustedes, si su hijo le pide pan, le da una piedra? ¹⁰¿O si le pide pescado, le da una culebra? ¹¹Pues si ustedes, que son malos, saben dar cosas buenas a sus hijos, ¡cuánto más dará el Padre del cielo cosas buenas a los que se las pidan!

La regla de oro

(Lc 6,31)

¹²Traten a los demás como quieren que los demás los traten. En esto consiste la ley y los profetas.

La puerta estrecha¹⁸

(Lc 13,24; cfr. Sal 1)

¹³Entren por la puerta estrecha; porque es ancha la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición, y son muchos los que entran por ella. ¹⁴¡Qué estrecha es la puerta!, ¡qué angosto el camino que lleva a la vida!, y son pocos los que lo encuentran.

Todo árbol se conoce por su fruto¹⁹

¹⁵Cuidense de los falsos profetas que se acercan disfrazados de ovejas y por dentro son lobos rapaces.

(Lc 6,43s)

¹⁶Por sus frutos los reconocerán. ¿Se cosechan uvas de los espinos o higos de los cardos? ¹⁷Un árbol sano da frutos buenos, un árbol enfermo da frutos malos. ¹⁸Un árbol sano no puede dar frutos malos ni un árbol enfermo puede dar frutos buenos. ¹⁹El árbol que no dé frutos buenos será cortado y echado al fuego. ²⁰Así pues, por sus frutos los reconocerán.

¹⁷ **7,7-12 Perseverancia en la oración – La regla de oro.** A estas alturas del sermón del monte, el discípulo-oyente de Jesús podría sentirse sobrecogido ante los desafíos tan radicales que plantea el reinado de Dios, desafíos que aparecen como exigencias utópicas que bordean lo absurdo y desbordan toda nuestra capacidad humana de comprensión y de realización. Pues con el mismo laconismo y autoridad con que ha propuesto la nueva ley del reinado de Dios, Jesús nos viene a decir que dicha ley no se puede cumplir a través del solo esfuerzo humano, sino que se recibe gratuitamente, como don de Dios.

Pero al don debe preceder la petición del don, y no una petición puntual y coyuntural, sino de toda una vida entendida como empeño de búsqueda comprometida con el reinado, expresada en la reiteración: «pidan, busquen, llamen... porque quien pide, quien busca, a quien llama» (7s). La posible duda sobre un Dios sordo a nuestras peticiones la reduce Jesús al absurdo; sería como colocar al Padre-Madre del cielo (11) a un nivel más bajo que los padres y madres de la tierra quienes, aunque malos, saben dar cosas buenas a sus hijos.

La «regla de oro» (12) no es nueva; de una manera u otra se encuentra en el código ético de todas las religiones y culturas. En el judaísmo aparece expresada negativamente: «no hagas a otro lo que no quieres que te hagan a ti», tal como Tobías inculcaba a su hijo y los judíos enseñaban a los prosélitos de origen pagano (Tob 4,15).

El sermón del monte termina con esta regla de oro; la novedad no está en que viene expresada en forma positiva: «traten a los demás...» (12); esto sería sólo cuestión de matices. Su novedad se encuentra en la perspectiva radicalmente distinta desde la que se coloca: la presencia del reinado de Dios entre nosotros, que revoluciona el comportamiento mutuo abriéndolo a la creatividad de un amor que no conoce proporciones ni límites.

¹⁸ **7,13s La puerta estrecha.** Mateo pone fin al sermón del monte con un epílogo que refleja las circunstancias difíciles de los cristianos de su tiempo, no exentas de hostilidad y persecución. Si el evangelista tiene presente a las comunidades a las que dirige su evangelio, las palabras de Jesús se dirigen a sus seguidores de todos los tiempos, para quienes profesar una vida según los valores del Evangelio es siempre ir contracorriente, contra lo social, lo político y, a veces, lo religiosamente correcto.

En tal situación hay que tomar decisiones y actuar consecuentemente. Jesús nos previene y ofrece criterios de discernimiento, usando y renovando las imágenes tradicionales del camino, el árbol y la construcción.

La puerta estrecha sigue siendo para todos los seguidores de Jesús la puerta del pobre y del excluido, la puerta por la que el mismo Jesús atravesó el umbral de la existencia humana; Él no se hizo genéricamente hombre, sino específicamente hombre pobre. En las palabras de Jesús a sus discípulos «como el Padre me ha enviado, así les envío yo» no sólo se expresa el anuncio del envío misionero, sino también la forma específica de realizar la misión como Él la llevó a cabo, por voluntad del Padre.

¹⁹ **7,15-29 Todo árbol se conoce por su fruto – No basta decir: ¡Señor, Señor! – Roca y arena.** En el Antiguo Testamento, los falsos profetas fueron la pesadilla de los auténticos profetas (cfr. Jr 23 y Ez 13, entre otros), lo mismo que los falsos doctores lo fueron de las primeras comunidades cristianas (1 Jn 2 hablará de anticristos). El criterio de discernimiento es claro: los frutos, como los que da el árbol sano.

No es cuestión de doctrina correcta, de ortodoxia, sino de ortopraxis. Jesús anatematiza a los que nunca recorrieron la senda del pobre y al final se encontraron sin los frutos del reinado: «lo que no hicieron a uno de estos más pequeños no me lo hicieron a mí» (25,45).

No basta decir: ¡Señor, Señor!

(Lc 6,46)

²¹No todo el que me diga: ¡Señor, Señor!, entrará en el reino de los cielos, sino el que haga la voluntad de mi Padre del cielo.

(cfr. Lc 13,25-27)

²²Cuando llegue aquel día, muchos me dirán: ¡Señor, Señor! ¿No hemos profetizado en tu nombre? ¿No hemos expulsado demonios en tu nombre? ¿No hemos hecho milagros en tu nombre?

²³Y yo entonces les declararé: Nunca los conocí; apártense de mí, ustedes que hacen el mal.

Roca y arena

(Lc 6,47-49)

²⁴Así pues, quien escucha estas palabras mías y las pone en práctica se parece a un hombre prudente que construyó su casa sobre roca. ²⁵Cayó la lluvia, crecieron los ríos, soplaron los vientos y se abatieron sobre la casa; pero no se derrumbó, porque estaba cimentada sobre roca.

²⁶Quien escucha estas palabras mías y no las pone en práctica se parece a un hombre tonto que construyó su casa sobre arena. ²⁷Cayó la lluvia, crecieron los ríos, soplaron los vientos, golpearon la casa y ésta se derrumbó. Fue una ruina terrible.

(Mc 1,22; Lc 4,32)

²⁸Cuando Jesús terminó su discurso, la multitud estaba asombrada de su enseñanza; ²⁹porque les enseñaba con autoridad, no como sus letrados.

Sana a un leproso²⁰

(Mc 1,40-45; Lc 5,12-16)

8 ¹Cuando bajaba del monte le seguía una gran multitud. ²Un leproso se le acercó, se postró ante él y le dijo:

—Señor, si quieres, puedes sanarme.

³Él extendió la mano y le tocó diciendo:

—Lo quiero, queda sano.

Y en ese instante se sanó de la lepra.

⁴Jesús le dijo:

—No se lo digas a nadie; ve a presentarte al sacerdote y, para que les conste, lleva la ofrenda establecida por Moisés.

²⁰ **8,1-17 Sana a un leproso – Sana al criado de un centurión – Sana y exorciza en torno a la casa.** Las sanaciones no son prueba extrínseca de una doctrina o una misión, sino que son ya la realización parcial y concreta del reino de Dios; al sanar, Jesús lo hace presente, liberando a toda la persona y a todas las personas.

Los relatos de sanación siguen con gran libertad un esquema básico: diálogo con el enfermo y efecto en los que asisten o se enteran. En primer plano se aprecia la necesidad de creer y confiar en Jesús para disponerse a su gesto liberador. Todos los relatos sinópticos suponen o conducen a una fe en Jesús; a veces Jesús mismo la pide, otras la descubre en los gestos de la gente o la suscita con sus preguntas. En ocasiones, subraya que es la fe del enfermo la que le ha sanado.

Mateo acentúa, en comparación con Marcos y Lucas, la «poca fe» de los discípulos como impedimento para comprender a Jesús, y la dificultad de realizar ciertas sanaciones que el Maestro hace. Se tiene fe en Jesús si se tiene fe en la Buena Noticia del reinado que Él anuncia y realiza. Por encima de todo, lo que Jesús pide es una fe en la irrupción de la fuerza del reinado en esas obras poderosas que lo manifiestan. Mateo subraya este camino enseñado por Jesús en varios discursos, pero también mostrado en obras, sobre todo en esas «obras poderosas» que se concentran especialmente en los capítulos 8s y repite en sus sumarios a lo largo de todo su evangelio (4,23s; 8,16; 9,35; 12,15s; 14,14.34s; 15,29s; 19,2; 21,14). Esta misma actitud debe continuar en la Iglesia, poniéndose al servicio de los pequeños y superando la «poca fe» en su Maestro y Señor (6,30; 8,26; 14,31; 16,8; 17,20).

La fuerza salvadora del reinado de Dios no tiene fronteras; por eso Jesús se acerca, en primer lugar, a tres necesitados que simbolizan la marginación en aquella sociedad: los enfermos contagiosos, por su enfermedad; las mujeres, por la opresión de una cultura patriarcal; los paganos, por su exclusión del pueblo de Dios.

Jesús respeta la ley de reintegrar al leproso con un certificado otorgado por un sacerdote. Los sacerdotes examinaban, diagnosticaban y, en ciertos casos, confinaban o excluían de la vida social. Jesús, en cambio, sana, limpia y restituye a los marginados a la vida de la comunidad. Es su voluntad y tiene poder para ello.

El centurión (jefe de cien hombres del ejército romano), además de pagano, representaba a la potencia colonial de Roma; doble motivo para convertirse en una persona desdenable. Pero por su fe entra en la nueva comunidad y se convierte en figura ejemplar: como denuncia a los que se resisten a creer («los ciudadanos del reino», el pueblo que rechaza a Jesús) y como anuncio de muchos que creerán (la incorporación de los paganos en la comunidad cristiana). El caso particular de la sanación del criado paralítico se prolonga como anuncio misionero de alcance universal (cfr. Is 2,2-5; Miq 4,1-5).

En el caso de la suegra de Pedro hay un detalle interesante: «se levantó y se puso a servirle» (15). La sanación capacita a la mujer para el servicio. ¿Está simbólicamente indicando el evangelista la dignidad recobrada de las seguidoras de Jesús y su protagonismo en la vida de las comunidades cristianas?

Sana al criado de un centurión

(Lc 7,1-10; cfr. Jn 4,46-54)

⁵Al entrar en Cafarnaún, un centurión se le acercó y le suplicó:

⁶—Señor, mi muchacho está postrado en casa, paralítico, y sufre terriblemente.

⁷Jesús le contestó:

—Yo iré a sanarlo.

⁸Pero el centurión le replicó:

—Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo. Basta que digas una palabra y mi muchacho quedará sano. ⁹También yo tengo un superior y soldados a mis órdenes. Si le digo a éste que vaya, va; al otro que venga, viene; a mi sirviente que haga esto, y lo hace.

¹⁰Al oírlo, Jesús se admiró y dijo a los que le seguían:

—Les aseguro, que no he encontrado una fe semejante en ningún israelita. ¹¹Les digo que muchos vendrán de oriente y occidente y se sentarán con Abrahán, Isaac y Jacob en el reino de los cielos. ¹²Mientras que los ciudadanos del reino serán expulsados a las tinieblas de fuera. Allí será el llanto y el crujir de dientes.

¹³Al centurión, Jesús le dijo:

—Ve y que suceda como has creído.

En aquel instante [su] muchacho quedó sano.

Sana y exorciza en torno a la casa

(Mc 1,29-34; Lc 4,38-41)

¹⁴Entrando Jesús en casa de Pedro, vio a su suegra acostada con fiebre. ¹⁵La tomó de la mano, y se le fue la fiebre; entonces ella se levantó y se puso a servirle.

¹⁶Al atardecer le trajeron muchos endemoniados. Él con una palabra expulsaba los demonios, y todos los enfermos sanaban.

¹⁷Así se cumplió lo anunciado por el profeta Isaías:

*Él tomó nuestras debilidades
y cargó con nuestras enfermedades.*

Exigencias del seguimiento²¹

(Lc 9,57-60)

¹⁸Al ver Jesús la multitud que lo rodeaba, dio orden de atravesar el lago. ¹⁹Entonces se acercó un letrado y le dijo:

—Maestro, te seguiré adonde vayas.

²⁰Jesús le contestó:

—Las zorras tienen madrigueras, las aves del cielo nidos, pero el Hijo del Hombre no tiene dónde recostar la cabeza.

²¹Otro discípulo le dijo:

—Señor, déjame primero ir a enterrar a mi padre.

²²Jesús le contestó:

—Sígueme y deja que los muertos entierren a sus muertos.

²¹ **8,18-22 Exigencias del seguimiento.** El entusiasmo suscitado por la enseñanza y los milagros no debe engañar a los que quieran seguirle. El seguimiento lleva consigo unas condiciones que el mismo Jesús va señalando progresivamente: 1. El riesgo de una vida completamente libre de cualquier atadura o seguridad y pobre, signo de contradicción, contracultural e itinerante. 2. La disponibilidad para la misión sin calcular los riesgos y en las condiciones de vida que la misión exija. 3. El seguimiento debe ser inmediato porque, una vez recibido el llamado, el camino y las exigencias del reinado de Dios no tienen espera.

Este estilo de vida viene ya sugerido, de alguna manera, en el título con que Jesús se designa a sí mismo: Hijo del Hombre. Se trata de una expresión enigmática de la profecía apocalíptica del Antiguo Testamento que veía en la aparición de este misterioso personaje de origen celestial una especie de salvador universal que llevaría a cabo los planes del señorío de Dios sobre la historia humana en un deslumbrante despliegue de poder (cfr. Dn 7,13s). Algunas tradiciones le atribuían rasgos del Mesías real y del Siervo del Señor, pero sin los sufrimientos propios de la condición humana.

Jesús se aplica el título, deja de momento en la ambigüedad su dimensión gloriosa y advierte a los que quieran seguirle con la intención de unirse al cortejo de un triunfador: «El Hijo del Hombre no tiene dónde recostar la cabeza» (20). Así responde al primero de los candidatos, un «letrado» (19) y como tal, conocedor de las Escrituras. Jesús ayuda a discernir al letrado, echando por tierra sus expectativas y sus falsas interpretaciones mesiánicas.

El segundo candidato, anónimo, quiere seguirle pero tiene que enterrar primero a su padre (21). «Primero», ésta es la palabra clave para entender la respuesta de Jesús. La petición no suponía el hecho puntual de ir al funeral de su padre, sino que le permitiera permanecer en la casa hasta que vivieran sus padres. La dureza de la respuesta, tomada al pie de la letra, choca con nuestra sensibilidad y desencadena en el discípulo la tensión de una disyuntiva que le pone en guardia frente a un compromiso débil y le ayuda en el camino de su discernimiento. Lo verdaderamente «primero» es Jesús y su proyecto, el reinado de Dios; sólo si se acepta su seguimiento sin condiciones desaparece la tensión y se descubre el sentido de su respuesta paradójica; los que confinan su horizonte a esta vida mortal, que se ocupen de enterrar; ellos serán enterrados a su vez. Jesús llama a una vida nueva, a la Vida.

Calma una tempestad²²

(Mc 4,35-41; Lc 8,22-25; cfr Sal 107,21-30)

²³Cuando subía a la barca le siguieron los discípulos. ²⁴De pronto se levantó tal tempestad en el lago que las olas cubrían la embarcación, mientras tanto, él dormía.

²⁵Los discípulos se acercaron y lo despertaron diciendo:

—¡Señor, sálvanos, que morimos!

²⁶Él les dijo:

—¡Qué cobardes y hombres de poca fe son!

Se levantó, increpó a los vientos y al lago, y sobrevino una gran calma.

²⁷Los hombres decían asombrados:

—¿Quién es éste, que hasta los vientos y el lago le obedecen?

Exorciza en Gadara²³

(Mc 5,1-20; Lc 8,26-39)

²⁸Al llegar a la otra orilla y entrar en territorio de Gadara, fueron a su encuentro dos endemoniados salidos de los sepulcros; eran tan violentos que nadie se atrevía a pasar por aquel camino. ²⁹De pronto se pusieron a gritar:

—¡Hijo de Dios!, ¿qué tienes con nosotros? ¿Has venido antes de tiempo a atormentarnos?

³⁰A cierta distancia había una gran piara de cerdos pastando. ³¹Los demonios le suplicaron:

—Si nos expulsas, envíanos a la piara de cerdos.

³²Él les dijo:

—Vayan.

Ellos salieron y se metieron en los cerdos. La piara en masa se lanzó por un acantilado al lago y se ahogó en el agua.

³³Los pastores huyeron, llegaron al pueblo y contaron lo que había sucedido con los endemoniados. ³⁴Toda la población salió al encuentro de Jesús y al verlo le suplicaban que se fuera de su territorio.

²² **8,23-27 Calma una tempestad.** Los discípulos que momentos antes habían manifestado una total adhesión a Jesús se sienten ahora desconcertados frente al ímpetu de la tormenta. Este relato viene a ser como una ilustración concreta del tema del seguimiento.

Dice el evangelista que cuando Jesús subía a la barca «le siguieron los discípulos» (23), es decir, comenzaron a compartir su misma suerte. Pero sin fe y confianza, el seguimiento se tambalea en las situaciones extremas donde la fidelidad al reinado de Dios exige incluso poner en juego la propia vida. Jesús denuncia la falta de fe de sus discípulos en el momento mismo de la prueba, cuando «las olas cubrían la embarcación» (24), y no después de restablecida la calma.

El que dormía en medio del vendaval se revela como Señor del mar, esa potencia caótica y levantisca que en la simbología del Antiguo Testamento Dios somete y apacigua (Sal 93; 104,6s; etc.).

El evangelista dice que «se levantó» (la misma palabra griega usada para «resucitó»), para indicar su presencia salvadora en medio de la comunidad. Éste es el mensaje de ánimo y confianza que nos transmite el relato de Mateo a los seguidores y seguidoras de Jesús cuando se hacen a la mar, rumbo a la misma misión y al mismo destino de Aquel que los llamó.

²³ **8,28-34 Exorciza en Gadara.** Según la concepción de la época, el mundo de los espíritus malévolos se asocia con lo contaminado que mancha y con lo enfermo que contagia (cfr. Sal 91,6); además, su presencia en el mundo llegaría a su término al final de los tiempos (Ap 20,2s). Es con este trasfondo que debemos interpretar este pasaje.

Con su presencia y acción, Jesús va desterrando el poder demoníaco del entorno humano, empujándolo al reino de lo impuro simbolizado en los cerdos (cfr. Is 66,3.17), al abismo de la perdición (el lago o el mar). Esto es manifestación de la llegada del reino, del poder de Dios que se manifiesta liberando a la humanidad de todo tipo de posesión demoníaca, incluso más allá de los límites del pueblo elegido.

Los vecinos no saben apreciar tal liberación y su actitud contrasta con la admiración de otros ante el poder de Jesús.

Sana a un paralítico²⁴

(Mc 2,1-12; Lc 5,17-26; cfr. Jn 5,1-18)

9¹Jesús subió a una barca, cruzó a la otra orilla y llegó a su ciudad. ²Le trajeron un paralítico tendido en una camilla. Al ver Jesús la fe que tenían, dijo al paralítico:

—¡Ánimo, hijo! Tus pecados te son perdonados.

³Entonces algunos letrados pensaron: Éste blasfema.

⁴Jesús, conociendo sus pensamientos, dijo:

—¿Por qué piensan mal? ⁵¿Qué es más fácil? ¿Decir: se te perdonan tus pecados; o decir: levántate y camina? ⁶Pues, para que sepan que el Hijo del Hombre tiene autoridad en la tierra para perdonar pecados, dirigiéndose al paralítico, le dijo: Levántate, toma tu camilla y vete a tu casa.

⁷Él se levantó y se fue a su casa. ⁸La multitud al verlo quedó atemorizada y daba gloria a Dios por haber dado tal autoridad a los hombres.

Llama a Mateo: comparte la mesa con pecadores²⁵

(Mc 2,13-17; Lc 5,27-32)

⁹Cuando se iba de allí vio Jesús a un hombre llamado Mateo sentado junto a la mesa de recaudación de los impuestos. Le dijo:

—Sígueme.

Él se levantó y le siguió.

¹⁰Estando Jesús en casa, sentado a la mesa, muchos recaudadores de impuestos y pecadores llegaron y se sentaron con él y sus discípulos. ¹¹Al verlo, los fariseos dijeron a los discípulos:

—¿Por qué su maestro come con recaudadores de impuestos y pecadores?

¹²Él lo escuchó y contestó:

—No tienen necesidad del médico los sanos, sino los enfermos. ¹³□ Vayan a aprender lo que significa: *Misericordia quiero y no sacrificios*. No vine a llamar a justos, sino a pecadores.

²⁴ **9,1-8 Sana a un paralítico.** Se trata del mismo episodio relatado por Marcos (2,1-12). Mateo esquematiza, abrevia suprimiendo detalles y hace concentrar la atención, no ya en el milagro, sino en el poder de Jesús de perdonar los pecados ante la acusación de blasfemo por parte de los letrados.

La mentalidad judía relacionaba la enfermedad con el pecado; los propios discípulos creen que la enfermedad o la desgracia son causadas por alguna culpa, propia o ajena (cfr. Jn 9,1s). Y dentro de la comunidad creyente, el pecado mayor consiste en la incapacidad de ver la acción liberadora de Dios en medio de las más desgarradoras situaciones de marginación y exclusión.

Jesús manifiesta que ha recibido el poder de sanar, pero, sobre todo, el de perdonar (atributo exclusivamente divino), que abarca todo el proyecto de su misión liberadora y llega a la raíz misma de la condición humana necesitada de salvación. La sanación del paralítico le sirve para proclamar su autoridad solemnemente, ante el escándalo de los letrados.

Con las palabras del versículo 6, centro del relato, Mateo quiere asegurar a las comunidades cristianas para las que escribe su evangelio que la autoridad de perdonar de Jesús sigue presente en y por medio de la Iglesia.

Al final, el temor y la alabanza a Dios de los presentes no es ante el milagro realizado (como en Marcos), sino «por haber dado tal autoridad a los hombres» (8).

La tarea que Jesús realizó y que por la fuerza de su Espíritu continuó en la Iglesia primera, sigue vigente hoy, tal vez bajo nuevas formas, pero siempre en continuidad con sus gestos liberadores.

²⁵ **9,9-13 Llama a Mateo: comparte la mesa con pecadores.** Mateo, a quien el evangelio de Marcos llama Leví (2,13-16), se identifica como el pecador llamado por Jesús. La vocación de Mateo es muy significativa: Jesús elige a un recaudador de impuestos, a un publicano al servicio de Roma, potencia ocupante. Y como todos los recaudadores de impuestos, con muy mala fama ante el pueblo. Jesús le da un voto de confianza, sin pedirle confesiones públicas de conversión. Mateo («don de Dios» en hebreo) le sigue inmediatamente, dejándolo todo. La vocación es una forma de sanación; el que es llamado es perdonado. La llamada soberana de Jesús le hace pasar de la esclavitud del dinero a la libertad del seguimiento.

Jesús, asiduo comensal en la mesa del pobre y del pecador, hizo de la comida compartida con todos, sin discriminación, uno de los símbolos más expresivos de la novedad del reinado de Dios que proclamaba. De ahí el escándalo generado por su práctica de convidar o dejarse invitar por recaudadores de impuestos y pecadores, personajes mal vistos por las élites socioreligiosas. El gesto mismo es ya un desafío a las barreras y a sus valoraciones humanas. Ante Dios todos somos iguales: pecadores necesitados de su misericordia y de su pan de vida. Como era de esperar, su reputación entre la clase social y religiosamente correcta de su tiempo cayó por los suelos.

Jesús tiene el valor de repetirlo y acepta el apelativo de «borracho y comilón», «amigo de recaudadores de impuestos y pecadores». Asimismo, utiliza las comidas como ocasión para invertir las relaciones piramidales de la sociedad, tanto por los invitados que se eligen (pobres y marginados), como por la valoración de los servidores. Y también utiliza la comida en común para cambiar los modos de juzgar y de actuar que marginaban a los pobres de la mesa de Dios y de los hombres.

Atendiendo a la acogida que Jesús hace de los pobres, marginados y enfermos se ha llegado a decir que a Jesús lo mataron por el modo en que comía. También se ha afirmado que la esencia del cristianismo es comer juntos.

Sobre el ayuno²⁶

(Mc 2,18-22; Lc 5,33-39; cfr. Is 58,1-12)

¹⁴Entonces se le acercaron los discípulos de Juan y le preguntaron:

—¿Por qué nosotros y los fariseos ayunamos [mucho] mientras que tus discípulos no ayunan?

¹⁵Jesús les respondió:

—¿Pueden los invitados a la boda estar tristes mientras el novio está con ellos? Llegará un día en que les arrebatan el novio y entonces ayunarán. ¹⁶Nadie usa un trozo de tela nueva para remendar un vestido viejo; porque lo añadido tira del vestido y la rotura se hace más grande. ¹⁷Ni se echa vino nuevo en odres viejos, pues los odres reventarían, el vino se derramaría y los odres se echarían a perder. El vino nuevo se echa en odres nuevos y los dos se conservan.

Sana a una mujer y resucita a una niña²⁷

(Mc 5,21-43; Lc 8,40-56)

¹⁸Mientras les explicaba eso, se le acercó un jefe, se postró y le dijo:

—Mi hija acaba de morir. Pero ven a imponerle tu mano y ella recobrará la vida.

¹⁹Jesús se levantó y le siguió con sus discípulos.

²⁰Entre tanto, una mujer que llevaba doce años padeciendo hemorragias, se le acercó por detrás y le tocó el borde de su manto. ²¹Pues se decía: Con sólo tocar su manto, quedaré sana.

²²Jesús se volvió y al verla dijo:

—¡Ten ánimo, hija! Tu fe te ha sanado.

Al instante la mujer quedó sana.

²³Jesús llegó a casa del jefe y al ver a los flautistas y el barullo de gente, ²⁴dijo:

—Retírense; la muchacha no está muerta, sino dormida.

Se reían de él. ²⁵Pero, cuando echaron a la gente, él entró, la tomó de la mano y la muchacha se levantó. ²⁶El hecho se divulgó por toda la región.

²⁶ **9,14-17 Sobre el ayuno.** A través de esta consulta particular sobre el ayuno se entrevé el simbolismo del Mesías esposo (cfr. Mt 22,1-14; 25,1-13). Los discípulos de Juan el Bautista continúan todavía aferrados a la vieja mentalidad, centrados en la penitencia y en una visión pesimista de la vida; no han descubierto que la fiesta del reinado de Dios ya ha comenzado.

Juan no es esposo ni Mesías (cfr. Jn 3,28s); Jesús procura suavemente, con imágenes, abrir los ojos de los discípulos del Bautista a la nueva realidad. Al mismo tiempo deja entrever el desenlace trágico: «les arrebatan el novio» (15), como arrebatan al Siervo (cfr. Is 53,8). Los amigos del novio deben sacudirse de la tristeza heredada.

Con su Buena Noticia para los pobres, Jesús les abrió a todos los oprimidos y marginados por la oficialidad religiosa la puerta de la alegría. Y lo hacía sin permiso de la Ley ni de la oficialidad del Templo. Y para justificar la alegría que debía acompañar a sus seguidores, Jesús daba esta única razón: precisamente por ser pobres y oprimidos, eran «los amigos del novio».

Jesús alude a los textos del Antiguo Testamento que habían expresado la promesa de Dios de desposarse con su pueblo (Os 2,16-22). Este desposorio Él lo estaba realizando, especialmente con su opción por los pobres y marginados. Y ésta era la alegría que nadie podía arrebatarse al pobre: la de sentirse, en Jesús, amado del Padre. Y era este Dios, su Esposo, quien lo liberaba del poder de la Ley que se había adueñado hasta de su alegría.

La novedad que trae el esposo se explica en los versículos 16s con las parábolas del remiendo en el vestido viejo y del vino vertido en odres viejos. El reinado de Dios no es una reforma: lo nuevo siempre entra en conflicto con lo envejecido. Las imágenes del vino y del vestido nuevos dejaban claro que el Evangelio debía mantener su independencia, sin contaminaciones, sin alianzas que lo desnaturalizaran. Las instituciones de aquel tiempo eran para Jesús odres viejos sin resistencia y vestido viejo sin consistencia. El Evangelio y los grupos de poder eran —y deben seguir siendo— incompatibles. El mensaje evangélico no se puede manipular para ir remendando un paño ya gastado (cfr. Sal 102,27; Jr 13,7); es un vino que no puede contener instituciones envejecidas y caducas. Al igual que el judaísmo legalista y farisaico con el que se enfrentó Jesús, la mentalidad de grupos cristianos o de las instituciones eclesiales de hoy también puede convertirse en telas y odres viejos si no están convencidos de que el Evangelio no es una mera reforma de instituciones caducas, sino una alternativa de parte de Dios a lo viejo.

²⁷ **9,18-26 Sana a una mujer y resucita a una niña.** Ambos milagros están entrelazados y se encuentran en los tres sinópticos. En ambos es decisiva la fe y el contacto con Jesús; y están unidos por la necesidad que tienen los que acuden a Jesús de ser reintegrados a la vida en toda su plenitud.

Mateo, como siempre, estiliza, resume y hace concentrar la atención del lector en lo esencial del mensaje: por una parte, la fe del funcionario y de la mujer, y por otra, el poder de Jesús sobre la enfermedad y la muerte. Para Lucas y Marcos, la hija del funcionario estaba muy grave; para Mateo estaba muerta y, como tal, era ya un cadáver impuro, como impura era la enfermedad que padecía la mujer. El dolor de este padre y la vergüenza de esta mujer pueden ser un símbolo de todos nuestros males personales y colectivos.

Sana a dos ciegos y exorciza a un mudo²⁸

²⁷Cuando se iba de allí, dos ciegos le seguían dando voces:

—¡Hijo de David, ten piedad de nosotros!

²⁸Al entrar en casa, se le acercaron los ciegos y Jesús les dijo:

—¿Creen que puedo hacerlo?

Contestaron:

—Sí, Señor.

²⁹El les tocó los ojos diciendo:

—Que suceda como ustedes han creído.

³⁰Se les abrieron los ojos, y Jesús les advirtió:

—¡Cuidado, que nadie lo sepa!

³¹Pero ellos se fueron y divulgaron su fama por toda la región.

³²Mientras salían los ciegos, le trajeron un mudo endemoniado. ³³Expulsó al demonio, y el mudo comenzó a hablar. La multitud comentaba asombrada:

—Nunca se vio tal cosa en Israel.

³⁴Pero los fariseos decían:

—Expulsa demonios con el poder del jefe de los demonios.

Resumen narrativo de la actividad de Jesús²⁹

³⁵Jesús recorría todas las ciudades y pueblos, enseñando en sus sinagogas, proclamando la Buena Noticia del reino y sanando toda clase de enfermedades y dolencias.

Compasión de Jesús

³⁶Viendo a la multitud, se conmovió por ellos, porque estaban maltratados y abatidos, como ovejas sin pastor.

(Lc 10,2)

³⁷Entonces dijo a los discípulos:

—La cosecha es abundante, pero los trabajadores son pocos. ³⁸□ Rueguen al dueño de los campos que envíe trabajadores para su cosecha.

²⁸ **9,27-34 Sana a dos ciegos y exorciza un mudo.** Toda sanación puede tener un significado que va más allá del hecho físico, pero quizás sean el ciego que recobra la vista y el mudo que habla los acontecimientos milagrosos más cargados de simbolismo en la tradición bíblica. Isaías ya había anunciado que «aquel día oirán los sordos la palabra del libro, sin tinieblas ni oscuridad verán los ojos de los ciegos» (Is 29,18).

Aquel día mesiánico que contemplaba el profeta en lontananza se ha hecho presente en la persona de Jesús. Con estos milagros (diez en total en los capítulos 8s), Mateo va preparando la declaración solemne que hará Jesús a los discípulos de Juan en 11,5. El evangelista insiste en la importancia de la fe como condición necesaria para que se realicen los signos que manifiestan la llegada del reinado de Dios. La fe es precisamente el tema del diálogo que Jesús mantiene con los ciegos (28s), el ámbito donde se da el encuentro personal que sana y restablece a la persona.

La presencia del reinado de Dios, sin embargo, es y seguirá siendo signo de contradicción: mientras que la multitud de los pobres y sencillos se asombra alborozada (33, cfr. Is 29,19), los fariseos de siempre, ciegos de profesión, se confirman en su ceguera: «expulsa demonios con el poder del jefe de los demonios» (34).

²⁹ **9,35-38 Resumen narrativo de la actividad de Jesús – Compasión de Jesús.** Estos cuatro versículos sirven de intermedio, cierran una sección y abren otra.

Jesús, el Mesías, ha anunciado el comienzo del reinado de Dios con palabras y obras. Su primer discurso, el sermón del monte, ha sido confirmado por signos y milagros. El éxito de su poder liberador de toda clase de enfermedades y dolencias ha atraído a una multitud de pobres y necesitados.

Éste es el escenario donde se desarrolla la siguiente sección: la del envío misionero de los Doce, colaboradores íntimos que aprenderán en compañía de Jesús el alcance de la misión, la manera de llevarla a cabo y la iniciativa de Dios que se anticipa con el llamado. A la imagen de la pesca (4,19) se añaden la clásica del pastor (cfr. Jr 23; Sal 23; 80) y la del segador (apuntada en Sal 126).

La visión de Mateo va más allá de los pocos aldeanos y aldeanas que seguían a Jesús, calificados como una multitud (36). El horizonte de la misión de las comunidades cristianas para las que escribe el evangelio se perfilaba ya como universal, pero no una universalidad abstracta, sino concreta, al modo de la actuación del Maestro. Los destinatarios de la misericordia de Jesús son los marginados por la sociedad, especialmente por los grupos dirigentes y religiosos: el ancho mundo de los maltratados y abatidos (36), esos hombres y mujeres de todos los tiempos ante los que Jesús siente una compasión que le conmueve las entrañas, y a los que hace destinatarios privilegiados del anuncio y de la realidad del reinado de Dios. Destinatarios privilegiados de Jesús son, sobre todo, los pobres. Aquí entran los niños, despreciados y apenas tenidos en cuenta; también la mujer, ser humano considerado de segunda clase para el pueblo judío de entonces y para tantos otros pueblos y culturas de entonces y de hoy. Ellos son los pequeños que los servidores en la comunidad eclesial deben privilegiar.

Es justamente en la opción preferencial por el pobre donde la Iglesia se juega la credibilidad de su misión, como continuadora en cada tramo de la historia del proyecto de Jesús, el reinado de Dios; así manifestará la urgencia y universalidad de su misión.

Los Doce³⁰

(Mc 3,13-19; Lc 6,12-16)

10¹Y llamando a sus doce discípulos, les dio poder sobre los espíritus inmundos, para expulsarlos y para sanar toda clase de enfermedades y dolencias.

²Éstos son los nombres de los doce apóstoles: primero Simón, llamado Pedro, y Andrés su hermano; Santiago de Zebedeo y su hermano Juan; ³Felipe y Bartolomé; Tomás y Mateo, el recaudador de impuestos; Santiago de Alfeo y Tadeo; ⁴Simón el cananeo y Judas Iscariote, el que incluso le traicionó.

Misión de los Doce³¹

⁵A estos doce los envió Jesús con las siguientes instrucciones:

—No se dirijan a países de paganos, no entren en ciudades de samaritanos; ⁶vayan más bien a las ovejas descarriadas de la Casa de Israel. ⁷Y de camino proclamen que el reino de los cielos está cerca. ⁸Sanen a los enfermos, resuciten a los muertos, limpien a los leprosos, expulsen a los demonios. Gratuitamente han recibido, gratuitamente deben dar.

(Lc 10,4-12)

⁹No lleven en el cinturón oro ni plata ni cobre, ¹⁰ni provisiones para el camino ni dos túnicas ni sandalias ni bastón. Que el trabajador tiene derecho a su sustento. ¹¹Cuando entren en una ciudad o pueblo, pregunten por alguna persona respetable y quédense en su casa hasta que se vayan. ¹²Al entrar en la casa, salúdenla invocando la paz; ¹³si la casa lo merece, entrará en ella la paz; si no la merece, esa paz retornará a ustedes. ¹⁴Si alguien no los recibe ni escucha el mensaje de ustedes, al salir de aquella casa o ciudad, sacúdanse el polvo de los pies. ¹⁵Les aseguro que el día del juicio Sodoma y Gomorra serán tratadas con menos rigor que aquella ciudad.

Advertencia de persecuciones³²

¹⁶Miren, yo los envió como ovejas en medio de lobos: sean astutos como serpientes y sencillos como palomas.

³⁰ **10,1-4 Los Doce.** Los elegidos son doce, número que indicaba la totalidad de las tribus de Israel (19,28) y que ahora representa la universalidad del nuevo pueblo de Dios. Se anticipa el título de apóstoles, o sea, enviados. Los encabeza Pedro con su nuevo nombre de ministerio. Son de extracción y mentalidad diversos: nombres hebreos y griegos, pescadores, un recaudador de impuestos, uno perteneciente al partido político-religioso de los zelotes... Y en medio, Jesús, como centro de unidad. La tradición ha identificado a Natanael (Jn 1,45) con Bartolomé y a Leví (Mc 2,14; Lc 5,27) con Mateo (Mt 9,9). Se anticipa asimismo el destino de Judas. A este primer equipo misionero dirigirá Jesús su segundo discurso, el de la misión.

³¹ **10,5-15 Misión de los Doce.** Se abre el discurso con una recomendación que puede causar perplejidad a los lectores de hoy y que ha dado lugar a diversas interpretaciones: «no se dirijan a países de paganos» (5), en aparente contradicción con el gran mandato de la misión universal de 28,19: «hagan discípulos entre todos los pueblos». La comunidad cristiana a la que dirige Mateo su evangelio seguramente no vería tal contradicción, pues estaba viviendo ya, como las otras iglesias locales dispersas por el imperio romano, la realidad de una Buena Noticia abierta por igual a judíos y paganos.

Quizás haya que buscar la solución en el sentido de las palabras «ovejas descarriadas de la Casa de Israel» (6), que pueden referirse o bien a todo el pueblo de Israel o, en particular, a los pobres y marginados del pueblo, gente humilde y oprimida. Éstos eran designados en la tradición bíblica con un término específico, «el pueblo de la tierra», cargado de contenido sociológico y religioso. Por ser pobres y abandonados eran los preferidos de Dios. En este caso, Jesús estaría indicando a sus discípulos enviados a proclamar el Evangelio una clara opción por los pobres de Israel, símbolo de todos los pobres del mundo.

El versículo 7 indica que el mensaje que deben anunciar los enviados es el de Jesús, el reinado de Dios, que irrumpe en la historia con el poder de la liberación de todo mal que afecte a la persona y a la familia humana. Y, al igual que Jesús, los portadores del mensaje deben adoptar su mismo estilo de vida itinerante y pobre: no dos túnicas, ni oro ni plata para el camino, simplemente vivir al día, con el solo salario para el sustento.

Pero una Iglesia misionera pobre y comprometida con los pobres está necesariamente abocada, incluso dentro de la propia comunidad creyente, a crear problemas, a encontrar oposición, a ser signo de contradicción y a ser perseguida si es portadora de la paz y de la justicia de la Buena Noticia. Porque la paz que Mateo identifica aquí con el reinado de Dios lleva consigo la exigencia de la reconciliación entre Dios y la humanidad y de los hombres y mujeres entre sí; y esto no puede darse sin la justicia y sin la eliminación de todas las barreras que discriminan, explotan y oprimen.

³² **10,16-33 Advertencia de persecuciones – Exhortación al valor – Opción por Jesús.** Por boca de Jesús, Mateo alude a los sufrimientos y las contradicciones por las que estaban pasando sus comunidades, signo de lo que ocurrirá a todo cristiano comprometido con el Evangelio. Mateo no dramatiza retóricamente. La comparecencia ante tribunales, los azotes, los desgarramientos familiares después de la expulsión de la comunidad cristiana de la sociedad judía en el año 70... todo esto fue moneda corriente en aquellos tiempos fundacionales de la Iglesia (cfr. los Hechos de los Apóstoles) y lo seguirá siendo allí donde la Buena Noticia de Jesús se anuncie con valentía y sin otra alianza ni compromiso que las causas históricas de los pobres (léase la historia reciente de América Latina, cuando una parte de la Iglesia hizo una clara opción por los pobres, «por la gente de la tierra»).

Pero si esto es un discurso premonitorio de sufrimientos y contradicciones, lo es también de aliento y esperanza. Por tres veces se repite que no tengan miedo (26.28.31). La causa de la Buena Noticia no es una causa perdida, aunque a veces lo parezca; no es un proyecto humano, sino de Dios, quien dará fortaleza y confianza a los que se comprometen con ella. Él los cuida y de Él dependen el mundo y la historia. Jesús anticipó con su vida esta pasión por Dios y por su pueblo.

(Mc 13,9; Lc 21,12s)

¹⁷¡Cuidado con la gente!, porque los entregarán a los tribunales y los azotarán en sus sinagogas. ¹⁸Los harán comparecer ante gobernadores y reyes por mi causa, para dar testimonio ante ellos y los paganos.

(Mc 13,11; Lc 12,11s)

¹⁹Cuando los entreguen, no se preocupen por lo que van a decir; ²⁰pues no serán ustedes los que hablen, sino el Espíritu de su Padre hablará por ustedes.

(Mc 13,12s)

²¹Un hermano entregará a la muerte a su hermano, un padre a su hijo; se rebelarán hijos contra padres y los matarán. ²²Serán odiados por todos a causa de mi nombre. Quien resista hasta el final se salvará.

²³Cuando los persigan en una ciudad, escapen a otra; les aseguro que no habrán recorrido todas las ciudades de Israel antes de que venga el Hijo del Hombre.

(Lc 6,40; cfr. Jn 13,16; 15,20)

²⁴No está el discípulo por encima del maestro ni el sirviente por encima de su señor. ²⁵Al discípulo le basta ser como su maestro y al sirviente como su señor. Si al dueño de casa lo han llamado Belcebú, ¡cuánto más a los miembros de su casa!

Exhortación al valor

(Lc 12,2-7)

²⁶Por tanto no les tengan miedo. No hay nada encubierto que no se descubra, ni escondido que no se divulgue. ²⁷Lo que les digo de noche díganlo en pleno día; lo que escuchen al oído grítenlo desde los techos. ²⁸No teman a los que matan el cuerpo y no pueden matar el alma; teman más bien al que puede arrojar cuerpo y alma en el infierno.

²⁹¿No se venden dos gorriones por pocas monedas? Sin embargo ni uno de ellos cae a tierra sin permiso del Padre de ustedes. ³⁰En cuanto a ustedes, hasta los pelos de su cabeza están contados. ³¹Por tanto, no les tengan miedo, que ustedes valen más que muchos gorriones.

Opción por Jesús

(Lc 12,8s)

³²Al que me reconozca ante la gente yo lo reconoceré ante mi Padre del cielo. ³³Pero al que me niegue ante la gente, yo también lo negaré ante mi Padre del cielo.

Radicalidad del seguimiento³³

(cfr. Lc 12,51-53)

³⁴No piensen que he venido a traer paz a la tierra. No vine a traer paz, sino espada. ³⁵Vine a enemistar a un hombre con su padre, a la hija con su madre, a la nuera con su suegra; ³⁶y así el hombre tendrá por enemigos a los de su propia casa.

³³ **10,34-39 Radicalidad del seguimiento.** Según el Antiguo Testamento, la razón por la que Dios se escogió un pueblo –Israel– era precisamente para lograr que alguien animara la historia en beneficio de todos los pueblos, con la justicia como norma de vida y así aniquilar la raíz del mal que está dentro del ser humano y de las estructuras de la sociedad. Ambos (individuo y sociedad) debían convertirse. En qué medida fue Israel fiel a esta vocación es lo que el Pentateuco y los Profetas tratan de contarnos.

Los partidos político-religiosos en que se dividía el pueblo (saduceos, fariseos, herodianos y zelotes), las clases socio-religiosas (sacerdotes, levitas, escribas y doctores) y las estructuras de poder (Sanedrín, sumo Sacerdocio, la guardia y los tesoros del Templo, los maestros de la Ley); todos ellos se veían directamente afectados y cuestionados por los planteamientos de Jesús. Todos los grupos de poder en tiempos de Jesús buscaban, de una u otra forma, dominar. La imagen del Mesías que el pueblo esperaba estaba también construida a partir del poder: debía ser un descendiente de la dinastía de David, un rey que le devolviera a Israel el dominio sobre las naciones extranjeras.

No es que Jesús provoque o declare la guerra, sino que su mensaje es signo de contradicción: buena noticia para los pobres y mala noticia para los poderosos y explotadores de todos los tiempos que tienen como centro de su vida el dominio; son ellos los que empuñan la espada y provocan la muerte de tantos seres humanos (cfr. Éx 5,21). La propuesta de Jesús apuntaba a destruir las raíces de ese poder. La práctica de Jesús fue una forma novedosa y alternativa de destruir el mal, proponiéndose destruir en el interior de las personas e instituciones el deseo de dominio que lo engendra.

Por el contrario, Jesús se define desde la entrega total. Entregó en la cruz su misma vida por la causa de los deshumanizados. Pero, paradójicamente, su cruz y su muerte son fuente de vida: «quien la pierda por mí la conservará» (39).

La fidelidad a Jesús ha de superar cualquier otra, incluso la familiar; porque, lejos de discriminar, dará su verdadero sentido a todas las demás fidelidades.

(Lc 14,26s)

³⁷Quien ame a su padre o a su madre más que a mí no es digno de mí; quien ame a su hijo o a su hija más que a mí no es digno de mí. ³⁸Quien no tome su cruz para seguirme no es digno de mí.

³⁹Quien se aferre a la vida la perderá, quien la pierda por mí la conservará.

Recompensas³⁴

⁴⁰El que los recibe a ustedes a mí me recibe; quien me recibe a mí recibe al que me envió.

⁴¹Quien recibe a un profeta por su condición de profeta tendrá paga de profeta; quien recibe a un justo por su condición de justo tendrá paga de justo.

(Mc 9,41)

⁴²Quien dé a beber un vaso de agua fresca a uno de estos pequeños por su condición de discípulo, les aseguro que no quedará sin recompensa.

11 ¹Cuando Jesús terminó de dar instrucciones a los doce discípulos, se fue de allí a enseñar y predicar por aquellas ciudades.

Sobre Juan el Bautista³⁵

(Lc 7,18-35)

²Juan oyó hablar en la cárcel de la actividad del Mesías y le envió este mensaje por medio de sus discípulos:

³—¿Eres tú el que había de venir o tenemos que esperar a otro?

⁴Jesús respondió:

—Vayan a contar a Juan lo que ustedes ven y oyen: ⁵los ciegos recobran la vista, los cojos caminan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, los pobres reciben la Buena Noticia; ⁶y, ¡felicidad para el que no tropieza por mi causa!

⁷Cuando se fueron, se puso Jesús a hablar de Juan a la multitud:

³⁴ **10,40–11,1 Recompensas.** Las palabras con que se cierra el sermón de la misión hablan de la recompensa que recibirán todos aquellos que acojan a sus enviados, en clara alusión a lo que debería significar la hospitalidad para aquellos misioneros y misioneras itinerantes, acostumbrados a partir sin previo aviso, debido a la hostilidad o al simple rechazo del mensaje. Quizás indirectamente nos está informando de que, en sus comunidades, la misión no era sólo privilegio y deber de los apóstoles, sino también de los que ejercían el ministerio de profetas, de los «justos» y de los «pequeños». Cualquiera que sea el significado que tienen estos dos últimos títulos para Mateo, lo que sí parece claro es que la misión era tarea de toda la comunidad cristiana, con carismas diferentes pero con una sola misión.

³⁵ **11,2-19 Sobre Juan el Bautista.** Juan terminó como todos los verdaderos profetas incómodos de siempre, es decir, fuera de circulación. Desde la cárcel envía a sus discípulos a preguntar a Jesús nada menos que sobre el Mesías esperado, sobre «el que había de venir» (Mal 3,1).

Cuando Mateo habla del Bautista se está siempre dirigiendo, entre líneas, al grupo de discípulos que habían permanecido fieles a la memoria de su profeta y que, décadas después, aún no acababan de decidirse a entrar en la comunidad cristiana, quizás porque el sufrimiento y la muerte de Jesús no encajaban con la idea que ellos se habían hecho del Mesías, y por ello seguían esperando.

Jesús responde sobre su persona y su misión, no teorizando, sino señalando una praxis concreta y liberadora: los milagros y signos realizados que tienen como destinatarios al pobre y al excluido (8s), y en los que resuena el eco de las profecías (Is 35,5s; 61,11). En otros términos, el cumplimiento de las profecías confirma su misión, pero de un modo inesperado y desconcertante: una misión llevada a cabo en el compromiso personal con el pobre y el necesitado: «los ciegos recobran la vista... los pobres reciben la Buena Noticia» (5). Esto es lo que define su persona y su misión como Mesías, y no otro mesianismo fácil y triunfalista. Por eso decepcionó a todos los que veían en Él al heredero del poder de dominio de David, su padre. El signo mayor del mesianismo de Jesús, la señal de la irrupción de los tiempos mesiánicos anunciados por los profetas, es su opción por el pobre y el excluido como destinatarios y sujetos privilegiados del reinado de Dios.

Los que no estuvieron de acuerdo con la propuesta de Jesús lo asesinaron. Fue esta misión la que, en definitiva, le llevó a la muerte y produjo un escándalo permanente, tanto entre muchos judíos de aquel tiempo (incluidos los discípulos de Juan) como entre aquellos cristianos y cristianas de hoy que se siguen escandalizando de una Iglesia pobre, alejada de todo triunfalismo, de las alianzas de poder y cuya opción prioritaria de misión es el pobre y el excluido.

Del versículo 12 en adelante, Mateo anuncia la violencia que sufre el reinado de Dios. No sabemos exactamente el sentido que quiso darle el evangelista a las palabras «violencia» y «violentos», pero todas las posibles interpretaciones deberán moverse en el mismo contexto del discurso de la misión, es decir: el anuncio y la presencia del reinado de Dios es un acontecimiento tan decisivo para el cambio radical del interior de la persona y de las estructuras sociales, que no deja espacio a la neutralidad, sino que emplaza al oyente a tomar una opción definitiva.

Los que lo rechazan se oponen con violencia a sus mensajeros, como estaba sucediendo en las comunidades a las que dirige Mateo su evangelio; así también sucede hoy y sucederá siempre. Los que lo aceptan deberán hacerse violencia a sí mismos, o lo que es lo mismo, jugarse la vida por su causa, como lo hizo Jesús.

El párrafo termina con una clara alusión a una tercera actitud ante la presencia del reinado de Dios: la de los que no quieren comprometerse. Jesús lo ilustra con la cita de un fragmento curioso de juego infantil en el que reconocemos al caprichoso. Es la misma actitud del que se sienta en la barrera sin querer entrar en el juego. Los que estaban bien instalados en su conformismo religioso ni aceptaron a Juan, el penitente austero, ni a Jesús, el liberado feliz.

—¿Qué salieron a contemplar en el desierto? ¿Una caña sacudida por el viento? ⁸¿Qué salieron a ver? ¿Un hombre elegantemente vestido? Miren, los que visten elegantemente habitan en los palacios reales. ⁹Entonces, ¿qué salieron a ver? ¿Un profeta? Les digo que sí, y más que profeta.

¹⁰A éste se refiere lo que está escrito:

*Mira, yo envió por delante
a mi mensajero
para que te prepare el camino.*

¹¹Les aseguro, de los nacidos de mujer no ha surgido aún alguien mayor que Juan el Bautista. Y sin embargo, el último en el reino de los cielos es mayor que él.

¹²Desde los días de Juan el Bautista hasta ahora el reino de los cielos sufre violencia, y gente violenta intenta arrebatarlo. ¹³Hasta Juan todos los profetas y la ley eran profecía. ¹⁴Y, si ustedes están dispuestos a aceptarlo, él es Elías que debía venir. ¹⁵El que tenga oídos que escuche.

¹⁶¿Con qué compararé a esta generación? Son como niños sentados en la plaza que gritan a otros:

¹⁷Hemos tocado la flauta
y no bailaron,
hemos entonado cantos fúnebres
y no hicieron duelo.

¹⁸Vino Juan, que no comía ni bebía, y dicen: está endemoniado. ¹⁹Vino el Hijo del Hombre, que come y bebe, y dicen: miren qué comilón y bebedor, amigo de recaudadores de impuestos y pecadores.

Pero la sabiduría se conoce por sus obras.

Recrimina a las ciudades de Galilea³⁶

(Lc 10,13-15)

²⁰Entonces se puso a recriminar a las ciudades donde había realizado la mayoría de sus milagros, porque no se habían arrepentido:

²¹—¡Ay de ti, Corozáin, ay de ti, Betsaida! Porque si los milagros realizados entre ustedes se hubiesen hecho en Tiro y Sidón, hace tiempo habrían hecho penitencia vistiéndose humildemente y cubriéndose con ceniza. ²²Pues yo les digo que el día del juicio será más llevadero para Tiro y Sidón que para ustedes.

²³Y tú, Cafarnaún, ¿pretendes encumbrarte hasta el cielo? Pues caerás hasta el abismo. Porque si los milagros que se han realizado en ti se hubiesen hecho en Sodoma, esa ciudad todavía existiría. ²⁴Yo les digo que el día del juicio será más liviano para Sodoma que para ti.

³⁶ **11,20-24 Recrimina a las ciudades de Galilea.** En tono de lamentación, Jesús invita a la conversión a las ciudades con las que más se había comprometido de palabra y obra en el anuncio del reinado de Dios.

Corozáin, Betsaida y Cafarnaún habían sido testigos privilegiados de la acción misionera de Jesús y de su comunidad de seguidores. Sin embargo, el peso de las tradiciones y la autosuficiencia les impidieron captar la novedad que Jesús les comunicaba. Su responsabilidad ante el juicio de Dios será mayor en comparación con aquellas ciudades-símbolo del poder económico y de la vida pagana, Tiro, Sidón y Sodoma.

Mateo dirige estas palabras de Jesús a una comunidad cristiana siempre necesitada de conversión. Si la razón de ser de la Iglesia es estar al servicio del reinado de Dios, la conversión a los valores de su reinado debe ser la actitud de discernimiento permanente para no traicionar la misión de Jesús. Ésta es la conversión a la que están llamados, tanto los cristianos y cristianas como la Iglesia-institución, con todo lo que ella simboliza. Los dones que recibe una persona o una comunidad son para ser nuevamente donados; son a la vez don y compromiso. Cuanto más se recibe, más se tiene que dar.

El Padre y el Hijo³⁷

(Lc 10,21s)

²⁵En aquella ocasión Jesús tomó la palabra y dijo:

—¡Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque, ocultando estas cosas a los sabios y entendidos, se las diste a conocer a la gente sencilla! ²⁶Sí, Padre, ésa ha sido tu elección. ²⁷Todo me lo ha encomendado mi Padre: nadie conoce al Hijo, sino el Padre; nadie conoce al Padre, sino el Hijo y aquél a quien el Hijo decida revelárselo.

²⁸Vengan a mí, los que están cansados y agobiados, y yo los aliviaré. ²⁹Carguen con mi yugo y aprendan de mí, que soy tolerante y humilde de corazón, y encontrarán descanso para su vida.

³⁰Porque mi yugo es suave y mi carga ligera.

Jesús y el sábado³⁸

(Mc 2,23-28; Lc 6,1-5)

12 ¹En cierta ocasión, Jesús atravesaba unos campos de trigo en día sábado. Sus discípulos, hambrientos, se pusieron a arrancar espigas y comérselas. ²Los fariseos le dijeron:

—Mira, tus discípulos están haciendo en sábado una cosa prohibida.

³Él les respondió:

—¿No han leído lo que hizo David y sus compañeros cuando estaban hambrientos? ⁴Entraron en la casa de Dios y comieron los panes consagrados que no les estaba permitido comer ni a él ni a sus compañeros, sino solamente a los sacerdotes.

⁵¿No han leído en la ley que, en el templo y en sábado, los sacerdotes quebrantan el reposo sin incurrir en culpa? ⁶Ahora bien, yo les digo que aquí hay alguien mayor que el templo.

⁷Si comprendieran lo que significa: *misericordia quiero y no sacrificios*, no condenarían a los inocentes. ⁸Porque el Hijo del Hombre es Señor del sábado.

(Mc 3,1-6; Lc 6,6-11)

⁹Se dirigió a otro lugar y entró en su sinagoga. ¹⁰Había allí un hombre que tenía una mano paralizada. Le preguntaron, con intención de acusarlo, si era lícito sanar en sábado.

¹¹Él respondió:

³⁷ **11,25-30 El Padre y el Hijo.** Esta corta plegaria (25) se lee también en Lc 10,21, como reacción espontánea y jubilosa de Jesús ante el resultado de la misión de los apóstoles: la gente sencilla ha recibido el anuncio y la realidad del reinado de Dios. En el mismo contexto la transcribe Mateo. Es la oración mesiánica de Jesús ante la revelación sorprendente de Dios a los desheredados de este mundo.

En una sociedad donde el prestigio era una forma de poder y de seguridad económica, la ignorancia era considerada no sólo como ausencia de conocimiento, sino como una marca sobre las personas que carecían de instrucción o enseñanza. Ya en la época de Jesús, algunos grupos consideraban «malditos» a los que no conocían la Ley en profundidad. Jesús denuncia esa falsa religiosidad. La salvación no depende de una mayor o menor pericia en la compleja interpretación bíblica, sino de la capacidad para captar el paso de Dios en la historia y de la disponibilidad para aceptar su llamado.

Junto con la transfiguración, éste es uno de los momentos culminantes del evangelio. Un gozo exultante, fruto de su experiencia de Dios como Padre, infundido por el Espíritu, se expresa en esta confesión. Jesús se transfigura e irradia luz de revelación, abriendo lo más íntimo de su espiritualidad: la predilección del Padre, su sentimiento filial y la misión que de Él ha recibido.

Jesús invita a todos los abatidos, a las personas agobiadas por los mecanismos de exclusión social y religiosa, y les propone llevar otro yugo, otra carga: el yugo de la libertad, que exige al mismo tiempo humildad y mansedumbre, es decir, honestidad personal y capacidad de diálogo y tolerancia.

El que envía con autoridad a sus seguidores a una tarea que aparentemente excede toda capacidad humana es el único capaz de hacer que esa carga y ese yugo se transformen en experiencia de júbilo indescriptible al ver cómo el reinado de Dios se va haciendo realidad entre los pobres y los sencillos, el mismo júbilo que invadió a Jesús.

³⁸ **12,1-15a Jesús y el sábado.** En el capítulo 12 Mateo describe la creciente hostilidad de los fariseos contra Jesús. Las controversias resultantes sirven para aclarar aspectos de su misión: el sábado (1-21), el origen de su poder taumatúrgico (22-37) y la exigencia de un signo que compruebe su misión (38-45).

En la importancia que da Mateo a estas controversias podemos leer entre líneas las dificultades por las que atravesaban las comunidades cristianas a las que dirige su evangelio ante la hostilidad de un entorno religioso dominado por la casuística y el legalismo farisaico.

Este pasaje nos presenta dos situaciones en las que Jesús se opone a la ley del sábado en beneficio de la persona: el hambre (1-8) y la enfermedad (9-14). En ambos casos, la mentalidad farisaica daba preferencia al precepto del sábado sobre la situación del enfermo y del hambriento.

El descanso sabático, que fue en su origen una institución humanitaria, se convirtió en muchos casos en una carga opresiva. Ante tal abuso, Jesús reacciona frente a las acusaciones de los fariseos con dos frases que provocaron un escándalo total: Él es «mayor que el templo» (6) y «Señor del sábado» (8).

Una de las estructuras opresoras de las que Jesús se siente libre y trata de liberar al pueblo es la estructura religiosa de la que forma parte la ley del sábado. Por eso, contravenir este precepto, aun para hacer el bien, era una provocación para la élite religiosa.

Este legalismo casuístico de los fariseos del tiempo de Jesús nos puede parecer pueril y desfasado; sin embargo, el espíritu farisaico es como un mal crónico que nos sigue afectando a personas e instituciones religiosas.

Los cristianos tendemos a absolutizar ciertas normas inmemoriales, que fueron respuestas a problemas concretos de una época. ¡Primero el reinado de Dios y luego sus añadiduras! Y así, todo culto cristiano, personal o público, desvinculado de una opción seria y comprometida por el pobre y el excluido, será un culto vacío, sin misericordia, farisaico.

—Supongamos que uno de ustedes tiene una oveja y un sábado se le cae en un pozo: ¿no la agarraría y la sacaría? ¹²Ahora bien, ¡cuánto más vale un hombre que una oveja! Por tanto, está permitido en sábado hacer el bien.

¹³Entonces dijo al hombre:

—Extiende la mano.

Él la extendió y se le quedó tan sana como la otra. ¹⁴Los fariseos salieron y deliberaron cómo acabar con él.

^{15a}Pero Jesús se dio cuenta y se fue de allí.

Jesús, el Siervo de Dios³⁹

^{15b}Le seguían muchos; sanaba a todos ¹⁶y les pedía encarecidamente que no lo divulgaran.

¹⁷Así se cumplió lo que anunció el profeta Isaías:

¹⁸*Miren a mi siervo,
a mi elegido, a quien prefiero.
Sobre él pondré mi Espíritu
para que anuncie
la justicia a las naciones.*

¹⁹*No gritará, no discutirá,
no voceará por las calles.*

²⁰*No quebrará la caña débil,
no apagará la vela vacilante,
hasta que haga triunfar la justicia.*

²¹*Y en su nombre
esperarán las naciones.*

Jesús y Satanás⁴⁰

(Mc 3,22-27; Lc 11,14-23)

²²Entonces le llevaron un endemoniado ciego y mudo. Él lo sanó, de modo que recobró la vista y el habla. ²³La multitud asombrada comentaba:

—¿No será éste el Hijo de David?

²⁴Pero los fariseos al oírlo dijeron:

—Éste expulsa demonios con el poder de Belcebú, jefe de los demonios.

²⁵Él, leyendo sus pensamientos, les dijo:

—Un reino dividido internamente va a la ruina; una ciudad o casa dividida internamente no se mantiene en pie. ²⁶Si Satanás expulsa a Satanás, ¿cómo se mantendrá su reino? ²⁷Si yo expulso demonios con el poder de Belcebú, ¿con qué poder los expulsan los discípulos de ustedes? Por eso ellos los juzgarán. ²⁸Pero si yo expulso los demonios con el Espíritu de Dios, es que ha llegado a ustedes el reino de Dios. ²⁹¿Puede alguien acaso entrar en casa de un hombre fuerte y llevarse sus cosas si primero no lo ata? Sólo así podrá saquear la casa. ³⁰El que no está conmigo está contra mí. El que no recoge conmigo desparrama.

(Mc 3,28s)

³¹Por eso les digo que cualquier pecado o blasfemia se les puede perdonar a los hombres, pero la blasfemia contra el Espíritu no tiene perdón. ³²A quien diga algo contra el Hijo del Hombre se le

³⁹ **12,15b-21 Jesús, el Siervo de Dios.** Los enemigos de Jesús se quedan sin respuesta ante sus palabras, pero Jesús comienza a ser ya un peligro público que debe ser eliminado.

En el relato de Mateo, el versículo 14 marca el comienzo de las deliberaciones del desenlace final (cfr. 27,1). Frente a dicha deliberación, Mateo pronuncia un veredicto (15b-21) aplicando a Jesús un texto profético, el primer canto del Siervo (Is 42,1-4).

Colocado aquí, servirá también de contraste para la controversia que sigue, en la que sus enemigos lo denuncian como agente de Belcebú, siervo del mismísimo Diablo.

⁴⁰ **12,22-37 Jesús y Satanás.** He aquí una controversia sobre el origen del poder de Jesús, que se completa en los versículos 43-45.

Ante el milagro, la gente se pregunta si Jesús será el Mesías. Los fariseos, al no poder negar el hecho evidente, acusan a Jesús de ser representante de la divinidad pagana Belcebú (cfr. 2 Re 1), identificado como príncipe o soberano de los demonios.

Jesús responde utilizando imaginativamente creencias y representaciones populares sobre el reino de los espíritus. Todo ese mundo se derrumbará ante el poder de Jesús, y así se irá manifestando y avanzará el reinado de Dios. Los judíos estaban seguros de que Satanás perdería su poder sobre las personas en el tiempo mesiánico. Esto estaba sucediendo desde la venida de Jesús.

La blasfemia contra el Espíritu Santo, en este contexto, consiste en la ceguera voluntaria y obstinada de la persona que se niega a reconocer la acción evidente de Dios y, recurriendo a acusaciones falsas y calumniosas, atribuye al demonio lo que sabe que procede de Dios (cfr. Heb 6,4-6; 10,26-29).

Ante la ceguera voluntaria de los fariseos, Jesús les avisa del grave peligro que corren. El árbol se conoce por sus frutos. Un árbol malo no puede dar frutos buenos. Han atesorado maldad en su corazón y eso les impide abrirse a la propuesta de Dios.

puede perdonar; a quien lo diga contra el Espíritu Santo no se le perdonará ni en el presente ni en el futuro.

³³Planten un árbol bueno y tendrán un fruto bueno; planten un árbol enfermo y tendrán un fruto dañado. Pues por el fruto conocerán al árbol.

(cfr. Lc 6,45)

³⁴¡Raza de víboras! ¿Cómo podrán decir palabras buenas si son malos? De la abundancia del corazón habla la boca. ³⁵El hombre bueno saca cosas buenas de su tesoro de bondad; el hombre malo saca cosas malas de su tesoro de maldad.

³⁶Les digo que el día del juicio los hombres deberán dar cuenta de cualquier palabra inconsiderada que hayan dicho. ³⁷Porque por tus palabras te absolverán y por tus palabras serás condenado.

La señal de Jonás⁴¹

(Lc 11,29-32)

³⁸Entonces algunos letrados y fariseos le dijeron:

—Maestro, queremos verte hacer alguna señal.

³⁹Él les contestó:

—Una generación malvada y adúltera reclama una señal, y no se le concederá más señal que la señal del profeta Jonás. ⁴⁰Como estuvo Jonás en el vientre del pez tres días y tres noches, así estará el Hijo del Hombre en las entrañas de la tierra, tres días y tres noches. ⁴¹Durante el juicio se alzarán los habitantes de Nínive contra esta generación y la condenarán porque ellos se arrepintieron por la predicación de Jonás, y aquí hay alguien mayor que Jonás. ⁴²La reina del sur se alzará en el juicio contra esta generación y la condenará, porque ella vino del extremo de la tierra para escuchar la sabiduría de Salomón, y aquí hay alguien mayor que Salomón.

(Lc 11,24-26)

⁴³Cuando un espíritu inmundo sale de un hombre, recorre lugares áridos buscando descanso, y no lo encuentra. ⁴⁴Entonces dice: Me vuelvo a la casa de donde salí. Al volver, la encuentra deshabitada, barrida y arreglada. ⁴⁵Entonces va, se asocia a otros siete espíritus peores que él, y se meten a habitar allí. Y el final de aquel hombre resulta peor que el comienzo. Así le sucederá a esta generación malvada.

La madre y los hermanos de Jesús⁴²

(Mc 3,31-35; Lc 8,19-21)

⁴⁶Todavía estaba hablando a la multitud, cuando se presentaron su madre y sus hermanos, que estaban afuera, deseosos de hablar con él.

⁴⁷[Uno le dijo:

⁴¹ **12,38-45 La señal de Jonás.** A veces, el milagro deslumbrante y sensacionalista puede convertirse en el peor enemigo del reinado de Dios, que se acoge solamente por la fe. Jesús se niega sistemáticamente a contentar a la galería con portentos milagrosos; ya lo hizo cuando se enfrentó con el Diablo en el desierto (4,3-7) o cuando, en un arrebato de exasperación, se quejó a la gente que le seguía: «Si no ven signos y prodigios, ustedes no creen» (Jn 4,48), o cuando permaneció mudo ante el payaso de Herodes que «esperaba verlo hacer algún milagro» (Lc 23,8). Ahora, cuando los fariseos le piden algún prodigio que acredite su misión, Jesús les remite al único signo que es justamente la negación de toda espectacularidad milagrosa: el signo de Jonás, un signo permanente de contradicción. Esta invitación a realizar una señal extraordinaria es una nueva tentación para manipular, por medio del poder, lo que Jesús pueda hacer.

La alusión al signo de Jonás ha recibido diversas explicaciones: muerte y resurrección de Jesús, predicación a los paganos y su conversión. Es posible que el evangelista haya pensado en ambas al dirigir el relato a unas comunidades cristianas que estaban viviendo las contradicciones provocadas por el anuncio de la Buena Noticia: los pobres y los paganos aceptaban la persona de Jesús muerto y resucitado, los sabios y engreídos no tenían ojos para ver en este hombre humilde y injusticiado la presencia del reinado de Dios. No hay peor ciego que el que no quiere ver.

⁴² **12,46-50 La madre y los hermanos de Jesús.** Este episodio parece que está fuera de contexto, como añadido para que no se pierda, antes de comenzar la gran sección de las parábolas. En rigor, habría que leerlo en el capítulo 10 que trata de los discípulos. Jesús no se deja intimidar por la actitud de los parientes y los invita a hacerse familia suya, no por los vínculos de sangre, sino por la práctica de la Buena Noticia, como oyentes y servidores de la Palabra.

La palabra «hermano» en el hebreo del Antiguo Testamento designaba también a los parientes próximos: tíos, sobrinos y primos, por ejemplo en la relación de Abrán y Lot (Gn 12,5: sobrino Lot; Gn 13,8: hermano Lot). En el Nuevo Testamento, esta palabra puede designar a parientes y a personas de la misma raza o comunidad. Todos los israelitas eran hermanos, así como lo son todos los cristianos.

Alrededor de Jesús surge una familia nueva, unida por lazos de fe. El discípulo auténtico es el que obedece o hace, no el que habla o nace (7,21).

Al leer estas palabras de Jesús nos damos cuenta de que María fue recorriendo un camino de fe que la llevó al encuentro con su hijo y con el Señor. La asidua meditación de los acontecimientos diarios hizo crecer su corazón hasta el punto de llegar a albergar en él a toda la Iglesia: el pueblo de su Hijo. María, primera discípula, hizo el camino de la fe y seguimiento de Jesús que todo creyente debe emprender.

—Mira, tu madre y tus hermanos están fuera y desean hablar contigo.]

⁴⁸Él contestó al que se lo decía:

—¿Quién es mi madre? ¿Quiénes son mis hermanos? ⁴⁹Y señalando con la mano a sus discípulos, dijo:

—¡Ahí están mi madre y mis hermanos! ⁵⁰Cualquiera que haga la voluntad de mi Padre del cielo, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre.

Parábola del sembrador⁴³

(Mc 4,1-12; Lc 8,4-10)

13 ¹Aquel día salió Jesús de casa y se sentó junto al lago. ²Se reunió junto a él una gran multitud, así que él subió a una barca y se sentó, mientras la multitud estaba de pie en la orilla. ³Les explicó muchas cosas con parábolas:

—Salió un sembrador a sembrar. ⁴Al sembrar, unas semillas cayeron junto al camino, vinieron las aves y se las comieron. ⁵Otras cayeron en terreno pedregoso con poca tierra. Al faltarles profundidad brotaron enseguida; ⁶pero, al salir el sol se marchitaron, y como no tenían raíces se secaron. ⁷Otras cayeron entre espinos: crecieron los espinos y las ahogaron. ⁸Otras cayeron en tierra fértil y dieron fruto: unas cien, otras sesenta, otras treinta.

⁹El que tenga oídos que escuche.

¹⁰Se le acercaron los discípulos y le preguntaron:

—¿Por qué les hablas contando parábolas?

¹¹Él les respondió:

—Porque a ustedes se les ha concedido conocer los secretos del reino de los cielos, pero a ellos no se les concede. ¹²Al que tiene le darán y le sobrarán; al que no tiene le quitarán aun lo que tiene. ¹³Por eso les hablo contando parábolas: porque miran y no ven, escuchan y no oyen ni comprenden.

¹⁴Se cumple en ellos aquella profecía de Isaías:

*Por más que escuchen,
no comprenderán,
por más que miren, no verán.*

¹⁵*Se ha endurecido
el corazón de este pueblo;
se han vuelto duros de oído,*

⁴³ **13,1-23 Parábola del sembrador – Explicación de la parábola del sembrador.** A través de las parábolas que aparecen en el Nuevo Testamento podemos acercarnos a lo que Jesús sentía y pensaba sobre el reinado de Dios que venía a anunciar, y a la experiencia propia de Jesús sobre el modo de actuar de Dios, su Padre. El tema de las parábolas es el reinado de Dios, no como teoría, sino como proclamación que exige una respuesta para ser comprendida. Quien lo acepta, comprende; quien no quiere aceptar, se niega a comprender.

La parábola del sembrador es precisamente la dramatización de las diferentes actitudes ante el mensaje de Jesús. Aquellos hombres y mujeres que se reunieron a su alrededor representan a los que aceptando la palabra, van comprendiendo y entrando en el misterio del reino. Eran, en su mayoría, trabajadores pobres, hartos de bregar con una tierra ingrata, rocosa y poco fértil.

Las dificultades del crecimiento de la semilla que va arrojando el sembrador eran bien sabidas por aquellos oyentes acostumbrados a recoger una pobre cosecha de apenas un 10 por ciento, y de la que debían dar la mayor parte a los amos de la tierra que vivían en las ciudades.

El énfasis de la parábola, sin embargo, no está en las dificultades, sino en lo espectacular de la cosecha: el 30, el 60 y hasta el 100 por uno. Una cosecha superabundante, inimaginable. ¡Eso sí que era una buena noticia! Pero sólo para los que tienen los oídos bien abiertos: «el que tenga oídos, que escuche» (9).

Los discípulos piden a Jesús una explicación de la parábola (10). Mateo, con toda seguridad, está pensando en las comunidades cristianas a las que dirige su evangelio y que llevaban a cabo su misión en un ambiente hostil de rechazo y persecución. Ellas necesitaban una palabra de aliento ante el lógico cansancio y la frustración de predicar a oídos sordos, a mentes cerradas y soberbias; pero, sobre todo, necesitaban comprender que la causa del reinado de Dios no es un paseo triunfal, sino que lleva siempre consigo el sufrimiento y la tribulación.

Jesús, en primer lugar, conforta a sus discípulos y les asegura que ellos, al aceptar su palabra, han entrado ya en el proceso de comprensión de los misterios del reinado de Dios, lo que significa recibir abundancia sobre abundancia. Los llama dichosos (16) y testigos de excepción de un acontecimiento de tanta plenitud y tan largamente esperado (17).

Los que no aceptan el reinado de Dios son como aquellos «que miran y no ven, escuchan y no oyen ni comprenden» (13); a ellos Jesús les dirige las duras palabras del profeta Isaías (Is 6,9s).

Son palabras de denuncia y de condena, pero son, sobre todo, una invitación al arrepentimiento y a la conversión: acoger su Palabra, el mensaje del reino.

Ésta es también la lección que quiere dar Mateo a sus comunidades cristianas (y a las comunidades de hoy): el aparente fracaso de reinado de Dios, el rechazo del mensaje y la hostilidad a sus mensajeros, más que menguar los ánimos de una Iglesia marginada y perseguida en su misión de anuncio y de denuncia, debe, por el contrario, fortalecer su compromiso y su testimonio, pues es precisamente en la persecución y en la prueba donde se revela el poder y la verdad de la Buena Noticia del reinado de Dios.

El misterio mayor y más difícil de comprender sobre el reinado de Dios es el sufrimiento, la muerte y la resurrección de su primer testigo y mensajero, Jesús. La instauración del reinado de Dios en el interior de la persona y en las estructuras de la sociedad es siempre un camino doloroso, lleno de fracasos. Sólo a la luz de la Pascua sabemos que el fracaso y la muerte no serán la última palabra de la historia.

*se han tapado los ojos.
Que sus ojos no vean
ni sus oídos oigan,
ni su corazón entienda,
ni se conviertan
para que yo los sane.*

(Lc 10,23s)

¹⁶Dichosos en cambio los ojos de ustedes porque ven y sus oídos porque oyen. ¹⁷Les aseguro que muchos profetas y justos ansiaron ver lo que ustedes ven, y no lo vieron, y escuchar lo que ustedes escuchan, y no lo escucharon.

Explicación de la parábola del sembrador

(Mc 4,13-20; Lc 8,11-15)

¹⁸Escuchen entonces la explicación de la parábola del sembrador.

¹⁹Si uno escucha la palabra del reino y no la entiende, viene el Maligno y le arrebató lo sembrado en su corazón; ése es como lo sembrado junto al camino.

²⁰Lo sembrado en terreno pedregoso es el que escucha la palabra y la recibe enseguida con gozo; ²¹pero no tiene raíz y es inconstante. Llega la tribulación o persecución por causa de la palabra e inmediatamente falla.

²²Lo sembrado entre espinos es el que escucha la palabra; pero las preocupaciones mundanas y la seducción de la riqueza la ahogan y no da fruto.

²³Lo sembrado en tierra fértil es el que escucha la palabra y la entiende. Ése da fruto: cien o sesenta o treinta.

Parábola de la cizaña⁴⁴

²⁴Les contó otra parábola:

—El reino de los cielos es como un hombre que sembró semilla buena en su campo. ²⁵Pero, mientras la gente dormía, vino su enemigo y sembró cizaña en medio del trigo, y se fue. ²⁶Cuando el tallo brotó y aparecieron las espigas, también apareció la cizaña. ²⁷Fueron entonces los sirvientes y le dijeron al dueño: Señor, ¿no sembraste semilla buena en tu campo? ¿De dónde le viene la cizaña? ²⁸Les contestó: Un enemigo lo ha hecho. Le dijeron los sirvientes: ¿Quieres que vayamos a arrancarla? ²⁹Les contestó: No; porque, al arrancarla, van a sacar con ella el trigo. ³⁰Dejen que crezcan juntos hasta la cosecha. Cuando llegue el momento, diré a los cosechadores: Arranquen primero la cizaña, y en atados échenla al fuego; luego recojan el trigo y guardenlo en mi granero.

Parábola de la semilla de mostaza⁴⁵

(Mc 4,30-32; Lc 13,18s)

³¹Les contó otra parábola:

⁴⁴ **13,24-30 Parábola de la cizaña.** La parábola de la cizaña completa la gran parábola del sembrador y, como ésta, se compone de dos partes: la exposición al pueblo (24-30) y la explicación a los discípulos (36-43).

Los campesinos que escuchaban a orillas del lago no necesitaban seguramente de muchas explicaciones para identificar a los sembradores de la cizaña, los enemigos del reinado de Dios, con aquellos fariseos y líderes del Templo que se oponían, por ejemplo, a que Jesús sanara a un enfermo en el día sagrado del sábado (12,9-14); los mismos que reducían al pobre a una marginación religiosa por su ignorancia de las leyes y la imposibilidad de cumplirlas. Es posible que aquella gente sencilla, los primeros llamados a convertirse al reinado de Dios, descubrieran también la cizaña que llevaban dentro, pues la acción de Jesús sanaba a la persona entera, los cuerpos y los corazones (9,2).

El trigo y la cizaña que crecen juntos eran la mejor expresión de que la propuesta del nuevo ser humano y de la nueva sociedad que quería Jesús debía realizarse bajo la convicción de que la realidad tangible del mal será compañera inseparable de la historia de la salvación. Dividir la humanidad entre buenos que hay que salvar y malos que hay que condenar ha costado equivocaciones irreparables que la historia sigue aún lamentando.

⁴⁵ **13,31s Parábola de la semilla de mostaza.** Las dos imágenes de la mostaza y la levadura (13,33-35) se complementan para darnos una idea del dinamismo de crecimiento y de transformación del reinado de Dios.

En la minúscula semilla de mostaza se encierra algo inmensamente grande. Dios sabe valorar la dimensión de lo pequeño frente a la mentalidad oficial del tiempo de Jesús donde sólo contaba lo grande y poderoso, y esta mentalidad se había convertido en la medida de todo juicio. Jesús reacciona contra este modo de ver la vida y en esta bella parábola nos describe otra realidad.

Jesús sabía, por propia experiencia, que, para que aconteciera el reinado, Dios había tomado la dimensión de lo pequeño, la misma dimensión del ser humano. Bastaba oír de sus labios esta parábola para estar convencido de la predilección de Dios por lo pequeño, por lo pobre, como medida propia y como medida de su obra evangelizadora.

De una minúscula semilla brota la vida más exuberante: un árbol que crece y da cobijo a otros seres, adonde «vienen las aves del cielo y anidan en sus ramas» (32). Mateo podría hacerse eco de las profecías de Ezequiel y de Daniel (cfr. Ez 17,23; Dn 4,8s.18) hechas realidad en sus comunidades cristianas, abiertas ya a todos los pueblos.

Hoy día podemos prolongar la imagen y aplicarla al ideal de una Iglesia que sea el hogar de todos, donde nadie se sienta extraño, excluido o de segunda categoría: ni el pobre por ser pobre, ni la mujer por ser mujer, ni el laico por ser laico, ni el que disiente por defender sus propias opiniones; una Iglesia donde todos los carismas y todos los servicios tuvieran carta de ciudadanía.

—El reino de los cielos se parece a una semilla de mostaza que un hombre toma y siembra en su campo. ³²Es más pequeña que las demás semillas; pero, cuando crece es más alta que otras hortalizas; se hace un árbol, vienen las aves del cielo y anidan en sus ramas.

Parábola de la levadura⁴⁶

(Lc 13,20s)

³³Les contó otra parábola:

—El reino de los cielos se parece a la levadura: una mujer la toma, la mezcla con tres medidas de harina, hasta que todo fermenta.

(Mc 4,33s)

³⁴Todo esto se lo expuso Jesús a la multitud con parábolas; y sin parábolas no les expuso nada.

³⁵Así se cumplió lo que anunció el profeta:

*Voy a abrir la boca
pronunciando parábolas,
profiriendo cosas ocultas
desde la creación [del mundo].*

Explicación de la parábola de la cizaña⁴⁷

³⁶Después, despidiendo a la multitud, entró en casa.

Se le acercaron los discípulos y le dijeron:

—Explícanos la parábola de la cizaña.

³⁷El les contestó:

—El que sembró la semilla buena es el Hijo del Hombre; ³⁸el campo es el mundo; la buena semilla son los ciudadanos del reino; la cizaña son los súbditos del Maligno; ³⁹el enemigo que la siembra es el Diablo; la cosecha es el fin del mundo; los cosechadores son los ángeles. ⁴⁰Como se junta la cizaña y se echa al fuego, así sucederá al fin del mundo: ⁴¹El Hijo del Hombre enviará a sus ángeles que recogerán de su reino todos los escándalos y los malhechores; ⁴²y los echarán al horno de fuego. Allí será el llanto y el crujir de dientes. ⁴³Entonces, en el reino de su Padre, los justos brillarán como el sol. El que tenga oídos que escuche.

Parábola del tesoro escondido⁴⁸

⁴⁴El reino de los cielos se parece a un tesoro escondido en un campo: lo descubre un hombre, lo vuelve a esconder y, lleno de alegría, vende todas sus posesiones para comprar aquel campo.

⁴⁶ **13,33-35 Parábola de la levadura.** Para ser levadura que fermenta a la masa, la Iglesia no puede vivir separada del mundo, sino todo lo contrario, inmersa en las realidades sociales, políticas, económicas y culturales, allí donde esté en juego la causa del reinado de Dios, que es el anuncio de la Buena Noticia de liberación, especialmente para el pobre y el oprimido. Este compromiso será siempre arriesgado y podrá aparecer, frente a los poderes establecidos, tan insignificante como el poquito de levadura de la parábola, pero la fermentación de la masa está asegurada.

Jesús se enfrenta a la mentalidad religiosa de su pueblo, convencido de que la historia se construía a base de intervenciones directas, espectaculares y unilaterales de Dios, sin el concurso del ser humano. Jesús, en cambio, experimentaba cómo Dios actuaba en Él y en mucha gente del pueblo de una manera silenciosa, pero efectiva.

⁴⁷ **13,36-43 Explicación de la parábola de la cizaña.** La explicación de la parábola se presta a muchas reflexiones, todas ellas previstas, quizá, por el evangelista.

Es, en primer lugar, una exhortación a la tolerancia, ante el riesgo constante de todo grupo o institución religiosa de creerse y autoproclamarse grupo escogido frente a los otros, fácilmente calificados como «malas hierbas». La Iglesia ha caído muchas veces a lo largo de su historia en este complejo de superioridad y de condena frente a las otras religiones, frente a las otras denominaciones cristianas, frente a los propios católicos y católicas que difieren de lo establecido como institucional o teológicamente correcto.

Pero, sobre todo, el énfasis de la explicación de la parábola está en el juicio escatológico donde, al final de los tiempos, será el juez supremo quien hará la separación entre los verdaderos «ciudadanos del reinado» y la cizaña o «súbditos del Maligno» (38).

El criterio de la separación, como se dirá más adelante en el juicio de las naciones (25,31-46), será la opción por el pobre y el necesitado. Quien haya hecho esta opción en su vida habrá sido buena semilla en su reinado, aunque no haya pertenecido explícitamente a la Iglesia; quien no, será cizaña. Mientras tanto, estamos en el tiempo de la paciencia histórica de Dios, el ámbito de su misericordia donde siempre es posible la conversión y el cambio.

⁴⁸ **13,44-50 Parábola del tesoro escondido – Parábola de la perla fina – Parábola de la red.** Las dos primeras parábolas encarecen el valor del reinado de Dios, al cual hay que sacrificar todos los demás valores.

El hombre que descubrió el tesoro descubrió lo que no buscaba, mientras que el buscador de perlas encontró lo que no se atrevía a imaginar. No se entra en el reinado de Dios por los propios méritos, sino que es un don que se ofrece y que pide una respuesta.

A los afortunados con el hallazgo les queda por delante la labor de toda una vida, la de ir subordinando todo (vender todas las posesiones, dice Jesús) a la causa del reino. El reino se convierte en el único valor absoluto para quien lo descubre; es la mayor riqueza para el seguidor de Jesús.

La parábola de la red insiste en el desenlace del reinado, como nos lo ha enseñado ya la parábola de la cizaña: el fuego acabará con la cizaña y con los peces malos. Jesús no dudó en utilizar esta imagen que formaba parte de su cultura y que Mateo quiso conservar (5,22; 7,19; 13,30; 25,41). No intenta amenazar ni infundir terror, sino resaltar lo extraordinariamente importante que es el don que se ofrece y lo decisivo de la respuesta de la persona.

Parábola de la perla fina

⁴⁵El reino de los cielos se parece a un comerciante de perlas finas: ⁴⁶al descubrir una de gran valor, va, vende todas sus posesiones y la compra.

Parábola de la red

⁴⁷El reino de los cielos se parece a una red echada al mar, que atrapa peces de toda especie. ⁴⁸Cuando se llena, los pescadores la sacan a la orilla, y sentándose, reúnen los buenos en cestas y los que no valen los tiran. ⁴⁹Así sucederá al fin del mundo: vendrán los ángeles y separarán a los malos de los buenos ⁵⁰y los echarán al horno de fuego. Allí será el llanto y el crujiir de dientes.

Lo nuevo y lo viejo⁴⁹

⁵¹¿Lo han entendido todo?

Le responden que sí, ⁵²y él les dijo:

—Pues bien, un letrado que se ha hecho discípulo del reino de los cielos se parece al dueño de una casa que saca de su tesoro cosas nuevas y viejas.

En la sinagoga de Nazaret⁵⁰

(Mc 6,1-6; Lc 4,16.22-30)

⁵³Cuando Jesús terminó estas parábolas, se fue de allí, ⁵⁴se dirigió a su ciudad y se puso a enseñarles en su sinagoga.

Ellos preguntaban asombrados:

—¿De dónde saca éste su saber y sus milagros? ⁵⁵¿No es éste el hijo del carpintero? ¿No se llama su madre María y sus hermanos Santiago, José, Simón y Judas? ⁵⁶Sus hermanas, ¿no viven entre nosotros? ¿De dónde saca todo eso?

⁵⁷Y esto era para ellos un obstáculo.

Jesús les dijo:

—A un profeta sólo lo desprecian en su patria y en su casa.

⁵⁸Y por su incredulidad, no hizo allí muchos milagros.

Muerte de Juan el Bautista⁵¹

(Mc 6,14-16; Lc 9,7-9)

14 ¹Por aquel tiempo oyó el tetrarca Herodes la fama de Jesús ²y dijo a sus servidores: —Ése es Juan el Bautista que ha resucitado, y por eso se manifiestan en él poderes milagrosos.

⁴⁹ **13,51s Lo nuevo y lo viejo.** Con esta interesante conclusión a las parábolas, Mateo parece tranquilizar a sus cristianos y cristianas procedentes del judaísmo, haciéndoles ver que la Buena Noticia no ha venido a hacer tabla rasa de la cultura y tradición religiosa de sus antepasados, sino todo lo contrario, a infundir en ellas un nuevo e inesperado vigor.

Jesús entendió desde el principio, y así se lo enseñó a sus discípulos, que el reinado de Dios debía partir de los valores de la cultura, que son valores que provenían del mismo Dios. Si algún judío daba el paso hacia la propuesta de Jesús, no tenía por qué perder los valores multiseculares de su cultura. Toda ella era un don que había que poner a disposición del reinado de Dios, que no venía a destruir, sino a construir sobre lo que el ser humano había logrado hasta ese momento.

Como los pájaros del cielo que vienen a hacer sus nidos en el árbol de mostaza, en el reinado de Dios todas las culturas y tradiciones religiosas de la tierra son como de casa: bienvenidas, reconocidas y llamadas a unirse a la causa de Jesús. Así debe ser también en la Iglesia que está a su servicio.

La causa del pobre y del excluido es el criterio de discernimiento que hará posible el encuentro, la armonía y el diálogo interreligioso. Éste es el lugar común y el macroecumenismo donde hay cabida para todos los trabajadores del reinado de Dios.

⁵⁰ **13,53-58 En la sinagoga de Nazaret.** El capítulo se cierra en el pueblo de Nazaret, a donde Jesús se dirige para predicar en la sinagoga y se encuentra con la incomprensión y el rechazo. Lo que ha expuesto en sus parábolas se cumple en sus paisanos: «miran y no ven, escuchan y no oyen ni comprenden» (13). Su imagen de profeta no es compatible con la humildad de su familia ni con su condición de artesano. ¿Es posible que sus manos encallecidas de trabajador sean ahora instrumentos de Dios para sanar y liberar? Se admiran, preguntan, pero se resisten a responder, porque tropiezan en la humildad y pobreza del carpintero. ¡Cómo se va a revelar Dios con sus signos y prodigios en un pobre como Jesús a quien sus paisanos conocen bien!

El contraste entre esta mentalidad (de ayer y de hoy) con las palabras de Jesús no puede ser mayor: «¡Te alabo, Padre... porque, ocultando estas cosas a los sabios y entendidos, se las diste a conocer a la gente sencilla! Sí, Padre, ésa ha sido tu elección» (11,25s).

Ésta es la novedad más sorprendente del reinado de Dios. Cuando oímos la frase «los pobres nos evangelizan», no es retórica lo que estamos oyendo, sino la realidad en sí de la Buena Noticia si es que nos dejamos evangelizar por ellos. Los pobres pueden convertirse para nosotros en sacramento de conversión y de encuentro con el Dios de Jesús.

⁵¹ **14,1-12 Muerte de Juan el Bautista.** Lo mismo que en Marcos 6,14-29, el relato de la decapitación del Bautista entra retrospectivamente, como recuerdo inquietante suscitado por hechos recientes. Un Juan vuelto a la vida cabe en la fantasía popular y en la mala conciencia de Herodes.

Mateo abrevia el relato de Marcos conservando lo esencial, los elementos suficientes para construir un drama: pasión y venganza, miedo y complacencia, danza fatal y una vida humana servida en bandeja en un banquete. La muerte del Bautista es historia con aura de leyenda. Si la misión de Juan está vinculada a la de Jesús (3,2; 11,18s), su muerte violenta y su sepultura pueden prefigurar la de Jesús (17,11-13).

(Mc 6,17-20; Lc 3,19s)

³Herodes había hecho arrestar a Juan, encadenarlo y meterlo en prisión por instigación de Herodías, esposa de su hermano Felipe. ⁴Juan le decía que no le era lícito tenerla. ⁵Herodes quería darle muerte, pero le asustaba la gente, que consideraba a Juan como profeta.

(Mc 6,21-29)

⁶Llegó el cumpleaños de Herodes y la hija de Herodías bailó en medio de todos. A Herodes le gustó tanto ⁷que juró darle lo que pidiera. ⁸Ella, inducida por su madre, pidió:

—Dame aquí, en una bandeja, la cabeza de Juan el Bautista.

⁹El rey se sintió muy mal; pero, por el juramento y por los convidados, ordenó que se la dieran; ¹⁰y así mandó decapitar a Juan en la prisión.

¹¹La cabeza fue traída en una bandeja y entregada a la joven; ella se la entregó a su madre. ¹²Vinieron sus discípulos, recogieron el cadáver y lo sepultaron; después fueron a contárselo a Jesús.

Da de comer a cinco mil⁵²

(Mc 6,30-44; Lc 9,10-17; cfr. Jn 6,1-15)

¹³Al enterarse, Jesús se fue de allí en barca, él solo, a un paraje despoblado. Pero lo supo la multitud y le siguió a pie desde los poblados. ¹⁴Jesús desembarcó y, al ver la gran multitud, se compadeció y sanó a los enfermos. ¹⁵Al atardecer los discípulos fueron a decirle:

—El lugar es despoblado y ya es tarde; despide a la multitud para que vayan a los pueblos a comprar algo de comer.

¹⁶[Jesús] les respondió:

—No hace falta que vayan; denle ustedes de comer.

¹⁷Respondieron:

—Aquí no tenemos más que cinco panes y dos pescados.

¹⁸Él les dijo:

—Traiganlos.

¹⁹Después mandó a la multitud sentarse en la hierba, tomó los cinco panes y los dos pescados, alzó la vista al cielo, dio gracias, partió el pan y se lo dio a sus discípulos; ellos se lo dieron a la multitud. ²⁰Comieron todos, quedaron satisfechos, recogieron las sobras y llenaron doce canastos.

²¹Los que comieron eran cinco mil hombres, sin contar mujeres y niños.

Camina sobre el agua⁵³

(Mc 6,45-52; cfr. Jn 6,16-21)

⁵² **14,13-21 Da de comer a cinco mil.** Cinco mil hombres sin contar mujeres y niños, dice Mateo. El reparto del alimento maravilloso, comúnmente llamado multiplicación de los panes, lo encontramos en los cuatro evangelios y en Mateo y Marcos, por duplicado.

Dios es el dador por antonomasia (cfr. Sal 104,27s; 136,25; 145,15s), que ahora despliega todo el tesoro de su abundancia por medio de su enviado. La generosidad es parte de su reinado. Jesús, que se ha negado a un milagro fácil y cómodo para satisfacer su hambre en el desierto porque vive de la Palabra de Dios (4,4), ha repartido a la gente esa palabra y recurre al milagro para darles también el pan. El simbolismo se sustenta en el realismo. Una palabra que no lleve a dar también pan al hambriento y vestido al desnudo no es Palabra de Dios.

En este sentido total, el milagro de la multiplicación es anticipación de la Eucaristía, como lo ha interpretado la tradición apoyada en la fórmula litúrgica del versículo 19: «tomó los cinco panes..., alzó la vista al cielo, dio gracias, partió el pan y se lo dio a sus discípulos». El pan de la Eucaristía que congrega en una misma mesa a los hermanos y hermanas no puede separarse del pan debido en justicia al pobre y al necesitado. Un pan lleva al otro, y ambos hacen de la Eucaristía el alimento de vida eterna que se está haciendo ya, aquí y ahora, presente entre nosotros con la venida del reinado de Dios.

⁵³ **14,22-33 Camina sobre el agua.** En la oscuridad de la noche, en la agitación de un mar levantisco, Jesús se aparece a sus discípulos. Podemos relacionar este episodio con los relatos de la transfiguración y la Pascua: son manifestaciones de la identidad profunda de Jesús como el Señor: domina los elementos (cfr. Sal 77,20), infunde paz y confianza con su presencia (fórmula clásica, por ejemplo, en Is 41,10; 43,5), con su palabra, con el contacto de su mano (cfr. Sal 73,23; 80,18).

Pedro no teme porque se hunde, sino que se hunde porque teme (cfr. Sal 69,2s). Mateo quiere mostrar el itinerario espiritual del primer apóstol: cuando Jesús se identifica, lo reconoce; solicita su llamada y la sigue con audacia confiada; titubea, falla en el peligro y es salvado por Jesús. Figura ejemplar para la Iglesia.

La comunidad en medio de la tormenta se olvida del Jesús de la solidaridad y lo ven únicamente como un fantasma que se aproxima en la oscuridad. Quieren ir hacia Él, pero se dejan amedrentar por las fuerzas adversas. El evangelio nos invita a hacer una experiencia total de Jesús, rompiendo viejos prejuicios y nuestras seguridades. Debemos dejar que sea Él quien nos hable a través del libro de la Biblia y del libro de la vida.

Éste es uno de los episodios evangélicos que mejor ilustra, por una parte, la situación de la comunidad cristiana (la de Mateo y la de todos los tiempos) en su histórico caminar en medio de la dificultad y de la tribulación; y por otra, la presencia permanente del Señor resucitado en la barca de Pedro. Con la promesa de su presencia termina Mateo su evangelio: «Yo estaré con ustedes siempre, hasta el final del mundo» (28,20). Dentro de este contexto hay que situar la mención de la oración de Jesús a solas en la montaña (23), justo antes de la tempestad y del miedo de los navegantes.

La otra vez que nos dirá explícitamente el evangelista que Jesús reza será en el huerto de Getsemaní (26,36s), antes de la gran prueba por la que atravesarán sus discípulos: el escándalo de la cruz.

²²Enseguida mandó a los discípulos embarcarse y pasar antes que él a la otra orilla, mientras él despedía a la multitud. ²³Después de despedirla, subió él solo a la montaña a orar. Al anochecer, todavía estaba allí, solo. ²⁴La barca se encontraba a buena distancia de la costa, sacudida por las olas, porque tenía viento contrario. ²⁵Ya muy entrada la noche Jesús se acercó a ellos caminando sobre el lago. ²⁶Al verlo caminar sobre el lago, los discípulos comenzaron a temblar y dijeron:

—¡Es un fantasma!

Y gritaban de miedo.

²⁷Pero [Jesús] les dijo:

—¡Anímense! Soy yo, no teman.

²⁸Pedro le contestó:

—Señor, si eres tú, mándame ir por el agua hasta ti.

²⁹—Ven, le dijo.

Pedro saltó de la barca y comenzó a caminar por el agua acercándose a Jesús; ³⁰pero, al sentir el [fuerte] viento, tuvo miedo, entonces empezó a hundirse y gritó:

—¡Señor, sálvame!

³¹Al momento Jesús extendió la mano, lo sostuvo y le dijo:

—¡Hombre de poca fe! ¿Por qué dudaste?

³²Cuando subieron a la barca, el viento amainó. ³³Los de la barca se postraron ante él diciendo:

—Ciertamente eres Hijo de Dios.

Sanaciones en Genesaret⁵⁴

(Mc 6,53-56)

³⁴Terminaron la travesía y atracaron en Genesaret.

³⁵Los hombres del lugar lo supieron y difundieron la noticia por toda la región. Le llevaron todos los enfermos ³⁶y le rogaban que les permitiese nada más rozar el borde de su manto, y los que lo tocaban quedaban sanos.

Sobre la tradición⁵⁵

(Mc 7,1-13)

15 ¹Entonces unos fariseos y letrados de Jerusalén se acercaron a Jesús y le preguntaron: ²—¿Por qué tus discípulos quebrantan la tradición de los mayores? Pues no se lavan las manos antes de comer.

³Él les respondió:

—¿Y por qué ustedes quebrantan el precepto de Dios en nombre de su tradición?

⁴Pues Dios mandó: *Sustenta a tu padre y a tu madre. El que abandona a su padre o su madre debe ser condenado a muerte.* ⁵Ustedes, en cambio, dicen: Si uno comunica a su padre o su madre que los bienes que tenía para ayudarlos han sido ofrecidos al templo, ⁶queda libre de la obligación de sustentarlos. Y así en nombre de su tradición ustedes invalidan el precepto de Dios.

⁷¡Hipócritas! Qué bien profetizó de ustedes Isaías cuando dijo:

⁸*Este pueblo me honra*

con los labios,

pero su corazón está lejos de mí;

⁹*el culto que me dan es inútil,*

⁵⁴ **14,34-36 Sanaciones en Genesaret.** El evangelista contrapone intencionadamente la acogida de los habitantes de Genesaret a la actitud de hostilidad y desconfianza de sus paisanos de Nazaret (13,53-58). Jesús sana a mucha gente porque se acercan con fe y es la fe la que hace posible el milagro.

⁵⁵ **15,1-20 Sobre la tradición – Sobre la verdadera pureza.** (Véase el comentario a Mc 7,1-13 y 7,14-23). Desde Jerusalén, los fariseos interrogan a Jesús sobre su libertad y la de sus discípulos frente a las tradiciones, cuya interpretación abusiva ellos habían convertido en ley. En este caso se trata del rito de lavarse las manos antes de comer.

Jesús convierte el interrogatorio en controversia y la aprovecha para exponer con claridad desafiante su enseñanza. En la época de Jesús, el pecado se reducía a las simples transgresiones higiénicas, alimentarias y étnicas. Primero, les responde con otra pregunta que desenmascara la aberración a que habían llegado en su manipulación de una ley tan fundamental del decálogo como es la de proveer sustento al padre y a la madre. Sin esperar a la reacción de sus contrincantes, lanza contra ellos el anatema del profeta (Is 29,13), que es una condena contra todo culto falso y farisaico, contra todas las tradiciones esclavizantes que matan el espíritu hasta del mandamiento más sagrado.

A continuación, y dirigiéndose ya a la multitud (10s), vuelve a la pregunta inicial de los fariseos y expone su nueva enseñanza con la comparación sobre lo que de verdad contamina o no a la persona. Los fariseos están escandalizados, los discípulos no saben a qué atenerse y nosotros, quizás, no acabamos de comprender hasta qué grado de perversión había llegado aquella sociedad en manos de sus dirigentes políticos y religiosos. Jesús llamó «guías ciegos» a los líderes oficiales del pueblo (14s). Pero la ceguera es tanto de los líderes como del pueblo. Caminan juntos, como dos ciegos, sin que el uno pueda ayudar al otro.

En el fondo, todas aquellas tradiciones de pureza legal no tenían otro objetivo que el de preservar la identidad del pueblo judío como pueblo elegido por Dios frente a los demás pueblos. Y esto es, en realidad, lo que ataca Jesús yendo a la raíz de lo que hace a la persona pura o impura, digna o indigna ante Dios: lo que sale de su corazón y se traduce en sus acciones, no la clase de alimento que entra por la boca.

pues la doctrina que enseñan son preceptos humanos.

Sobre la verdadera pureza

(Mc 7,14-23)

¹⁰Y llamando a la gente, les dijo:

—Escuchen atentamente: ¹¹No contamina al hombre lo que entra por la boca, sino lo que sale de ella; eso es lo que realmente contamina al hombre.

¹²Entonces se le acercaron los discípulos y le dijeron:

—¿Sabes que los fariseos se han escandalizado al oírte hablar así?

¹³Él respondió:

—Toda planta que no plantó mi Padre del cielo será arrancada. ¹⁴Déjenlos: son ciegos y guían a otros ciegos. Y, si un ciego guía a otro ciego, los dos caerán en un pozo.

¹⁵Pedro contestó:

—Explícanos [esta] comparación.

¹⁶Él les dijo:

—¿También ustedes siguen sin entender? ¹⁷¿No ven que lo que entra por la boca pasa al vientre y luego es expulsado del cuerpo?

¹⁸En cambio, lo que sale por la boca brota del corazón; y eso sí que contamina al hombre.

¹⁹Porque del corazón salen malas intenciones, asesinatos, adulterios, fornicación, robos, falso testimonio, blasfemia. ²⁰Esto es lo que hace impuro al hombre y no el comer sin lavarse las manos.

La fe de una mujer cananea⁵⁶

(Mc 7,24-30)

²¹Desde allí se fue a la región de Tiro y Sidón. ²²Una mujer cananea de la zona salió gritando:

—¡Señor, Hijo de David, ten compasión de mí! Mi hija es atormentada por un demonio.

²³Él no respondió una palabra. Se acercaron los discípulos y le suplicaron.

—Señor, atiéndela, para que no siga gritando detrás de nosotros.

²⁴Él contestó:

—iHe sido enviado solamente a las ovejas perdidas de la Casa de Israel!

²⁵Pero ella se acercó y se postró ante él diciendo:

—¡Señor, ayúdame!

²⁶Él respondió:

—No está bien quitar el pan a los hijos para echárselo a los perritos.

²⁷Ella replicó:

—Es verdad, Señor; pero también los perritos comen las migajas que caen de la mesa de sus dueños.

²⁸Entonces Jesús le contestó:

—Mujer, ¡qué fe tan grande tienes! Que se cumplan tus deseos.

Y en aquel momento, su hija quedó sana.

⁵⁶ **15,21-28 La fe de una mujer cananea.** Mateo sitúa a continuación este relato para ilustrar la enseñanza anterior de Jesús. Se trata de una mujer pagana; por tanto, según la mentalidad religiosa judía, una mujer excluida e impura. El escenario se sitúa en la zona de Tiro y Sidón, tierra extranjera. Tras los gritos de angustia de la cananea: «¡Señor, ayúdame!» (25), expresión de una fe que surge de la pureza del corazón, se entabla un diálogo entre Jesús y la mujer en presencia de los discípulos, quienes querían despedirla como a una intrusa que no merecía la atención del Maestro.

Este episodio nos plantea un dilema: a Jesús no parece interesarle la suerte de los que no pertenecen étnicamente al pueblo israelita. Sin embargo, esta escena hay que interpretarla desde las claves misioneras y culturales que nos proporciona el evangelio.

Las aparentes objeciones de Jesús a realizar el milagro reflejan en realidad las objeciones de la comunidad cristiana —representada aquí por los discípulos— para la que escribe Mateo su evangelio y que no acababa aún de digerir la presencia en su seno de creyentes convertidos del paganismo. Es como si Jesús pusiera objeciones, para después negarlas con el milagro. El exclusivismo de la pureza racial de su herencia judía aún pesaba mucho sobre aquellos judeocristianos de las primeras generaciones.

Pero el don de la fe no conoce fronteras de raza, cultura o condición social. Con este milagro y la alabanza pública de la fe de esta mujer, Jesús está señalando la nueva comunidad universal que ha venido a inaugurar, como alternativa a todos los exclusivismos de su tiempo y de nuestro tiempo.

Múltiples sanaciones⁵⁷

²⁹Desde allí se dirigió al lago de Galilea, subió a un monte y se sentó. ³⁰Acudió una gran multitud que traía cojos, lisiados, ciegos, mudos y otros muchos enfermos. Los colocaban a sus pies y él los sanaba. ³¹La gente quedaba admirada al ver que los mudos hablaban, los cojos caminaban, los lisiados quedaban sanados y los ciegos recobraban la vista. Y todos glorificaban al Dios de Israel.

Da de comer a cuatro mil⁵⁸

(Mc 8,1-10)

³²Jesús llamó a los discípulos y les dijo:

—Me compadezco de esta gente, porque llevan tres días junto a mí y no tienen qué comer. No quiero despedirlos en ayunas, no sea que desfallezcan en el camino.

³³Le dijeron los discípulos:

—¿Dónde podríamos, en un lugar tan despoblado como éste, conseguir suficiente pan para toda esta gente?

³⁴Jesús les preguntó:

—¿Cuántos panes tienen?

Ellos le contestaron:

—Siete y algunos pescaditos.

³⁵El ordenó a la gente que se sentara en el suelo. ³⁶Tomó los siete panes y los pescados, dio gracias, partió el pan y se lo dio a los discípulos; éstos se los dieron a la multitud. ³⁷Comieron todos hasta quedar satisfechos; y con los restos llenaron siete canastos. ³⁸Los que habían comido eran cuatro mil hombres, sin contar mujeres y niños.

³⁹Luego despidió a la multitud, subió a la barca y se dirigió al territorio de Magadán.

Le piden una señal celeste⁵⁹

(Mc 8,11-13)

16 ¹Se acercaron los fariseos y saduceos y, para tentarlo, le pidieron que les mostrara una señal del cielo.

²Él les contestó:

[—Al atardecer ustedes dicen: va a hacer buen tiempo porque el cielo está rojo. ³Por la mañana dicen: hoy seguro llueve porque el cielo está rojo oscuro. Saben distinguir el aspecto del cielo y no distinguen las señales de los tiempos.] ⁴Esta generación perversa y adúltera reclama una señal; y no se le dará más señal que la de Jonás.

Los dejó y se fue.

⁵⁷ **15,29-31 Múltiples sanaciones.** El sumario que presenta Mateo a continuación tiene como escenario un monte, lugar preferido por el evangelista para las revelaciones de Jesús. El contexto sigue siendo el mundo pagano, es decir, los hombres y mujeres necesitados de todos los pueblos y de todos los tiempos para quienes el reinado de Dios trae la liberación definitiva. Liberación que Mateo resume en el júbilo de la muchedumbre que comprueba admirada cómo los mudos hablan, los cojos andan y los ciegos ven (31).

El evangelista ve en el poder sanador de Jesús el cumplimiento de la profecía de Isaías (Is 35,5s), donde el profeta describe en un himno de alegría el regreso de los exiliados a la patria, donde les espera la redención y el gozo de la presencia del Señor. Isaías sólo canta la marcha, no describe la instauración del nuevo reinado. El evangelista anuncia ya la presencia de la gloria Dios y su reinado en la persona de Jesús.

⁵⁸ **15,32-39 Da de comer a cuatro mil.** ¿Hubo en realidad una segunda multiplicación de los panes? Lucas y Juan sólo hablan de una. Mateo (al igual que Marcos 8,1-10) nos refiere dos, pero más que de duplicación del hecho milagroso habría que hablar de extensión de su significado al nuevo auditorio que se ha reunido a los pies de Jesús en el monte: los paganos. También ellos, al igual que la muchedumbre judía de la primera multiplicación (14,13-21), han sido llamados a participar del banquete mesiánico, simbolizado en la abundancia del pan ofrecido y repartido.

El relato de Mateo, dirigido a una comunidad cristiana mixta, pone de manifiesto la única razón que les había convocado a sentarse a la mesa del Señor como una sola comunidad de hermanos y hermanas: no la raza o la procedencia religiosa, sino la compasión de Jesús: «se compadeció» (14,14), «me compadezco de esta gente» (32).

⁵⁹ **16,1-12 Le piden una señal celeste – Ceguera de los discípulos.** Esta vez acompañan a los fariseos los saduceos, los cuales exigen un signo del cielo como legitimación de quien se presenta como Mesías. Jesús responde con un juego ingenioso. Los signos naturales del cielo los interpretan sin dificultad; los signos terrestres, las coyunturas decisivas de la historia, no las saben interpretar. Después de poner al descubierto la ceguera espiritual de sus adversarios, Jesús se refiere una vez más a la «señal de Jonás», es decir, a su muerte y resurrección (4). Ante la incapacidad de los líderes del pueblo para descubrir en sus signos la presencia del reinado de Dios, Jesús se desentiende de ellos y concentra su actividad desde ahora y hasta el final del capítulo 18 en el grupo de discípulos para ir formando la comunidad. La lentitud de éstos en entender a Jesús muestra la necesidad que tienen de un conocimiento y una experiencia cada vez más intensos sobre su persona, su proyecto y las exigencias del seguimiento. Deben pasar de la preocupación a la confianza; de la comprensión material, a una más espiritual y a una actitud de vigilancia.

La levadura hace fermentar (13,33), pero también echa a perder y está excluida durante la Pascua (Éx 12,15; 1 Cor 5,7s). La advertencia del Maestro es una invitación a estar precavidos para discernir todo lo que entra en contradicción con sus enseñanzas. Las palabras finales de Jesús invitan a desvelar el significado simbólico del pan en estos capítulos: el pan que Jesús reparte es el reinado de Dios, nacido de la levadura nueva de su enseñanza. Éste es el pan que los discípulos deben conservar sin contaminación y además, repartir a todos.

Ceguera de los discípulos

(Mc 8,14-21)

⁵Al atravesar a la otra orilla, los discípulos se olvidaron de llevar pan. ⁶Jesús les dijo:

—¡Pongan atención y cuidense de la levadura de los fariseos y saduceos!

⁷Ellos comentaban: Se refiere a que no hemos traído pan.

⁸Cayendo en cuenta, Jesús les dijo:

—¿Qué comentan, hombres de poca fe? ¿Acaso no tienen pan? ⁹¿Todavía no entienden? ¿No se acuerdan de los cinco panes para los cinco mil y cuántos canastos sobraron? ¹⁰¿O de los siete panes para los cuatro mil y cuántas canastas sobraron? ¹¹¿No se dan cuenta que no me refería a los panes? ¡Aléjense de la levadura de los fariseos y saduceos!

¹²Entonces entendieron que no hablaba de cuidarse de la levadura del pan, sino de la enseñanza de los fariseos y saduceos.

Confesión de Pedro⁶⁰

(Mc 8,27-30; Lc 9,18-21; cfr. Jn 6,67-71)

¹³Cuando llegó Jesús a la región de Cesarea de Felipe, preguntó a los discípulos:

—¿Quién dice la gente que es el Hijo del Hombre?

¹⁴Ellos contestaron:

—Unos dicen que es Juan el Bautista; otros, que es Elías; otros, Jeremías o algún otro profeta.

¹⁵Él les dijo:

—Y ustedes, ¿quién dicen que soy?

¹⁶Simón Pedro respondió:

—Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo.

¹⁷Jesús le dijo:

—¡Dichoso tú, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo ha revelado nadie de carne y hueso, sino mi Padre del cielo! ¹⁸Pues yo te digo que tú eres Pedro y sobre esta piedra construiré mi Iglesia, y el imperio de la muerte no la vencerá.

¹⁹A ti te daré las llaves del reino de los cielos: lo que ates en la tierra quedará atado en el cielo; lo que desates en la tierra quedará desatado en el cielo.

²⁰Entonces les ordenó que no dijeran a nadie que él era el Mesías.

Primer anuncio de la pasión y resurrección⁶¹

⁶⁰ **16,13-20 Confesión de Pedro.** Éste es un texto denso y elaborado. Recoge un hecho tal como lo ha entendido y vivido la comunidad. Se trata de identificar el ser de la persona de Jesús. Jesús pregunta qué opinión tiene la gente de Él. El interrogante abierto en tiempos de Jesús sigue igualmente abierto en nuestros días. La respuesta puede darse desde el punto de vista de la gente, de la apreciación humana de este personaje histórico o desde el punto de vista de Dios, el de la revelación.

La gente buena, que ha presenciado la actividad de Jesús, lo considera un enviado especialísimo de Dios para preparar la era mesiánica. Simón declara que Jesús es el Mesías esperado y Jesús lo ratifica declarando que la confesión procede de una revelación del Padre (cfr. 11,27), por la cual Pedro (nuevo nombre que le da Jesús) tiene una bienaventuranza particular. Después prosigue estableciendo y declarando la función específica de Simón Pedro. Jesús se propone construir un «templo», una comunidad nueva, en la cual Pedro será una «piedra» fundamental. «Petra» en griego designa un sillar o la peña o roca donde se asienta un edificio. El edificio o comunidad es obra y pertenencia de Jesús, «mi Iglesia»; Pedro tendrá en ella una función mediadora central. Contra la Iglesia de Jesús nada podrá el poder de la muerte.

Este texto ha suscitado numerosas discusiones entre católicos y protestantes sobre la figura del Papa como sucesor de Pedro. La tradición católica sostiene que estas palabras se aplican a Pedro y también a todos los que le suceden en la tarea de presidir en la fe y el amor. La tradición protestante, sin embargo, ha visto en las palabras de Jesús una alabanza y una promesa referidas, no a la persona de Pedro, sino a su actitud de fe.

⁶¹ **16,21-28 Primer anuncio de la pasión y resurrección – Condiciones para ser discípulo.** Hay un corte narrativo y un nuevo comienzo: se inicia el camino hacia la pasión y muerte. Este primer anuncio desvanece cualquier duda sobre qué clase de Mesías es Jesús. Proclama sin ambigüedades que tendrá que sufrir y morir: consecuencia de su mesianismo, de acuerdo con el plan del Padre.

Pedro, que poco antes había confesado su fe en Jesús, ahora rechaza la posibilidad de sufrimiento y muerte del Mesías. Jesús reacciona muy bruscamente llamándole Satanás (23), es decir, se comporta como una piedra de tropiezo, con una manera de pensar solamente humana. Jesús reprende a Pedro, que insiste en encajar a Jesús en una de las imágenes tradicionales del Mesías.

Pedro no espera un Siervo sufriente (Is 42,1), sino que le impone a Jesús su propia imagen triunfante. La respuesta tajante de Jesús echa por tierra todas estas pretensiones que no se ajustan a lo que Él había obrado durante su misión.

Al anuncio de la pasión sigue el precio y la recompensa del discipulado. Así como antes los discípulos habían participado del poder de Jesús (10,1), ahora tendrán que correr la misma suerte que el Maestro. Las sentencias sobre la necesidad de cargar la cruz y entregar la vida lo ponen de relieve. La fidelidad total en el seguimiento implica frecuentemente dificultades y hasta persecuciones. Aceptar el discipulado cristiano sin condiciones, con todas las implicaciones que lleva consigo, es cargar con la cruz. Somos los discípulos de un hombre ajusticiado en la cruz.

Durante mucho tiempo, ciertas corrientes ascéticas han entendido la negación de sí mismo como una especie de combate contra los deseos del individuo. La negación de sí mismo debe leerse en la clave iluminadora de la cruz. Pero la cruz de la que habló Jesús tiene una dimensión más redentora y solidaria: se trata de la cruz de la injusticia, de la miseria y de la exclusión que los sistemas sociales de todos los tiempos les imponen a las personas más débiles. Si Jesús nos invita hoy a negarnos a nosotros mismos y a cargar con la cruz, no nos invita a un ejercicio piadoso, sino a una opción serena y responsable por aquéllos a los que el sistema les impone la cruz de la intolerancia, la exclusión y la miseria. No nos inventemos más cruces para no aceptar la verdadera cruz del Maestro.

(Mc 8,31-33; Lc 9,22)

²¹A partir de entonces Jesús comenzó a explicar a sus discípulos que debía ir a Jerusalén, padecer mucho por causa de los ancianos, sumos sacerdotes y letrados, sufrir la muerte y al tercer día resucitar.

²²Pedro se lo llevó aparte y se puso a reprenderlo:

—¡Dios no lo permita, Señor! No te sucederá tal cosa.

²³Él se volvió y dijo a Pedro:

—¡Aléjate, Satanás! Quieres hacerme caer. Piensas como los hombres, no como Dios.

Condiciones para ser discípulo

(Mc 8,34-9,1; Lc 9,23-27)

²⁴Entonces Jesús dijo a los discípulos:

—El que quiera seguirme que se niegue a sí mismo, cargue con su cruz y me siga. ²⁵El que quiera salvar su vida la perderá; pero quien pierda la vida por mi causa la conservará. ²⁶¿De qué le vale al hombre ganar todo el mundo si pierde su vida?, ¿qué precio pagará por su vida? ²⁷El Hijo del Hombre ha de venir con la gloria de su Padre y acompañado de sus ángeles. Entonces pagará a cada uno según su conducta.

²⁸Les aseguro: hay algunos de los que están aquí que no morirán antes de ver al Hijo del Hombre venir en su reino.

Transfiguración de Jesús⁶²

(Mc 9,2-10; Lc 9,28-36)

17 ¹Seis días más tarde llamó Jesús a Pedro, a Santiago y a su hermano Juan y se los llevó aparte a una montaña elevada. ²Delante de ellos se transfiguró: su rostro resplandeció como el sol y su ropa se volvió blanca como la luz. ³De pronto se les aparecieron Moisés y Elías conversando con él. ⁴Pedro tomó la palabra y dijo a Jesús:

—Señor, ¡qué bien se está aquí! Si te parece, armaré tres chozas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías.

⁵Todavía estaba hablando, cuando una nube luminosa les hizo sombra y de la nube salió una voz que decía:

—Este es mi Hijo querido, mi predilecto. Escúchenlo.

⁶Al oírlo, los discípulos cayeron boca abajo temblando de mucho miedo. ⁷Jesús se acercó, los tocó y les dijo:

—¡Levántense, no tengan miedo!

⁸Cuando levantaron la vista, sólo vieron a Jesús.

⁹Mientras bajaban de la montaña, Jesús les ordenó:

El discípulo de Jesús no se pertenece, pertenece a la familia de Jesús (véase el comentario a 10,16-33). Está siempre disponible para las urgencias del reino. «Salvar la vida»/«perder la vida» son la expresión máxima del egoísmo o de la solidaridad: retener la vida para sí mismo, cerrando los ojos y el corazón a las necesidades de los pobres y excluidos, es perderla para la causa del reino; y entregar la vida, «descentrarse» para poner el centro en aquéllos a los que se les niega permanente la vida o su dignidad, es ganarla para la progresiva instauración del reino. Éste será el criterio definitivo de discernimiento en el juicio de las naciones. La libertad y la felicidad cristianas sólo se encuentran en la aceptación gozosa de la voluntad de Dios que nos invita a escuchar a su Hijo y a seguirle por los caminos y sendas que Él recorrió (25s).

⁶² **17,1-13 Transfiguración de Jesús.** Los discípulos se sienten desanimados después de escuchar el anuncio de la pasión de Jesús y conocer las consecuencias de su seguimiento. La transfiguración es una palabra de ánimo, pues en ella se manifiesta la gloria de Jesús y se anticipa su victoria sobre la cruz.

Tenemos en este relato una completa presentación de Jesús. En Él se ha manifestado la gloria de Dios; Él es verdaderamente el Mesías esperado de Israel; más aún, es el Hijo de Dios, un título en el que Mateo insiste a lo largo de todo su evangelio. Esta presentación tiene como destinatarios a los discípulos que lo acompañan y, en la mente del evangelista, también a todos los que leen el evangelio. Su propósito es acrecentar la fe de los discípulos en Jesús a través de la contemplación de su victoria sobre la muerte; de este modo, podrán asumir todas las exigencias que lleva consigo ser discípulos y seguidores de Jesús.

Jesús es el Maestro que habla y enseña a sus discípulos. Pero, al mismo tiempo, es el Señor, penetrado por la luz de Dios y envuelto en la nube (signos de la presencia divina). Dios quiso retirar el velo tras el cual se esconde el misterio de Jesús. Los discípulos caen en tierra ante Él. Es la actitud de adoración ante el Señor. Y el temor surge del pensamiento de estar ante Dios; un temor que es superado gracias a la presencia y la palabra de Jesús: «no tengan miedo» (7).

El mensaje de esta narración y la finalidad perseguida por el evangelista es que todo lo esperado para el futuro se ha hecho realidad en el presente en la persona de Jesús. El relato invita también a superar la tentación de un mesianismo glorioso y fácil, animando a los discípulos a comprender con Jesús el camino de la obediencia a la voluntad del Padre. Para Mateo, el sufrimiento y la gloria de Jesús son dos dimensiones inseparables de su acción redentora.

En el versículo 10, la pregunta sobre Elías llega atraída por la visión del profeta en la transfiguración. Los discípulos se hacen eco de la creencia popular, enseñada por los doctores a la luz de Mal 4,5s: si Elías no ha vuelto aún, Jesús no es el Mesías. Jesús, en su respuesta, identifica la persona de Elías con la del Bautista (cfr. 11,14), quien cumplió con su tarea de preparar al pueblo. De la misma manera que a Juan no lo reconocieron, sino que lo mataron (cfr. 14,1-12), así Jesús, el Hijo del Hombre, será malinterpretado y condenado a muerte.

La insistencia de Jesús en la pasión rompe las esperanzas en un Mesías político y nacionalista. El Hijo del Hombre es, efectivamente, el Mesías, pero un Mesías doliente, en la línea del Siervo del Señor.

—No cuenten a nadie lo que han visto hasta que el Hijo del Hombre resucite de entre los muertos.

(Mc 9,11-13)

¹⁰Los discípulos le preguntaron:

—¿Por qué dicen los letrados que primero tiene que venir Elías?

¹¹Jesús respondió:

—Elías tiene que venir a restablecer nuevamente el orden de todas las cosas. ¹²Pero les aseguro que Elías ya vino, no lo reconocieron y lo maltrataron. Del mismo modo el Hijo del Hombre va a sufrir a manos de ellos.

¹³Entonces los discípulos comprendieron que se refería a Juan el Bautista.

Sana a un niño epiléptico⁶³

(Mc 9,14-29; Lc 9,37-43a)

¹⁴Cuando volvieron adonde estaba la gente, un hombre se le acercó, se arrodilló ante él ¹⁵y le dijo:

—Señor, ten compasión de mi hijo que es epiléptico y sufre horriblemente. Muchas veces se cae en el fuego o en el agua. ¹⁶Se lo he traído a tus discípulos y no han podido sanarlo.

¹⁷Respondió Jesús:

—¡Qué generación incrédula y perversa! ¿Hasta cuándo tendré que estar con ustedes y soportarlos? Tráiganmelo aquí.

¹⁸Jesús reprendió al demonio, y éste abandonó al muchacho que desde aquel momento quedó sano.

¹⁹Entonces los discípulos se acercaron a Jesús y le preguntaron aparte:

—¿Por qué nosotros no pudimos expulsarlo?

²⁰Él les contestó:

—Porque ustedes tienen poca fe. Les aseguro que, si tuvieran la fe del tamaño de una semilla de mostaza, dirían a aquel monte que se trasladara allá, y se trasladaría. Y nada sería imposible para ustedes. ²¹[[Pero esta clase sólo se expulsa con oración y ayuno.]]

Segundo anuncio de la pasión y resurrección⁶⁴

(Mc 9,30-32; Lc 9,43b-45)

²²Mientras paseaban juntos por Galilea, Jesús les dijo:

—El Hijo del Hombre será entregado en manos de hombres ²³que le darán muerte. Pero al tercer día resucitará.

Ellos se entristecieron profundamente.

⁶³ **17,14-21 Sana a un niño epiléptico.** La función de este relato es instruir sobre la fe a partir de un hecho concreto. El relato paralelo de Marcos (Mc 9,14-29) es más amplio y contiene detalles que hacen más comprensible la escena narrada; la insistencia allí es en la oración.

El milagro de sanación le sirve a Mateo para encuadrar el tema del poder de la fe. Era necesario insistir ante la ausencia de la fe, especialmente entre los discípulos, «hombres de poca fe» (6,30; 8,26).

La fe auténtica, aunque sea pequeña como un grano de mostaza, participa en el poder de Dios (Rom 4,17-21). Precisamente por eso puede decirse de ella que «mueve montañas» (cfr. 1 Cor 13,2). Se trata de una descripción poética del poder del Creador, ante el cual no hay obstáculo alguno, incluso ni lo más sólido e inamovible: los montes («los montes brincaron como carneros, las colinas como corderos», Sal 114,4).

Mateo reprocha a los discípulos su falta de confianza en el poder que habían recibido de Jesús y, en tal sentido, este mensaje no ha perdido actualidad: es una exhortación a no poner en duda la fuerza salvadora de la Buena Noticia.

⁶⁴ **17,22s Segundo anuncio de la pasión y resurrección.** Véase el comentario a Mc 9,30-32.

Sobre el impuesto del Templo⁶⁵

²⁴Cuando llegaron a Cafarnaún, los recaudadores de impuestos se acercaron a Pedro y le dijeron:

—¿El maestro de ustedes no paga los impuestos?

²⁵Pedro contestó:

—Sí.

Cuando entró en casa, Jesús se le adelantó y le preguntó:

—¿Qué te parece, Simón? Los reyes de la tierra, ¿de quiénes cobran impuestos?, ¿de los hijos o de los extraños?

²⁶Contestó que de los extraños y Jesús le dijo:

—Eso quiere decir que los hijos quedan libres de pagar. ²⁷Pero para no dar motivo de escándalo, ve al lago, echa un anzuelo y al primer pez que pique sácalo, ábrele la boca y encontrarás una moneda. Tómala y paga por mí y por ti.

¿Quién es el más importante?⁶⁶

(Mc 9,33-37; Lc 9,46-48)

18¹En aquel tiempo los discípulos se acercaron a Jesús y le preguntaron:

—¿Quién es el más grande en el reino de los cielos?

²Él llamó a un niño, lo colocó en medio de ellos ³y dijo:

—Les aseguro que si no se convierten y se hacen como los niños, no entrarán en el reino de los cielos. ⁴El que se haga pequeño como este niño, ése es el más grande en el reino de los cielos. ⁵Y el que reciba en mi nombre a uno de estos niños a mí me recibe.

Radicalidad ante el pecado

(Mc 9,42; Lc 17,1s)

⁶Pero el que lleve a pecar a uno de estos pequeños que creen en mí, más le valdría que le colgasen al cuello una piedra de molino y lo arrojaran al fondo del mar. ⁷¡Ay del mundo por los escándalos! Es inevitable que sucedan escándalos. Pero, ¡ay del hombre por quien viene el escándalo!

(Mc 9,43-48)

⁸Si tu mano o tu pie te lleva a pecar, córtatelo y tíralo lejos de ti. Más te vale entrar en la vida manco o cojo que con dos manos o dos pies ser arrojado al fuego eterno.

⁹Si tu ojo te lleva a pecar, sácatelo y tíralo lejos de ti. Más te vale entrar en la vida tuerto que con dos ojos ser arrojado al infierno de fuego.

⁶⁵ **17,24-27 Sobre el impuesto del Templo.** La cuestión del impuesto surgió por la costumbre que se había generalizado entre los judíos –incluso entre los que vivían dispersos por el mundo romano– de pagar un impuesto anual para el Templo. La cantidad era, más bien, pequeña: una didracma o dos dracmas, moneda griega que equivalía al jornal de dos días de un obrero. Pero la obligación de este impuesto no podía urgirse desde la Ley. Según el punto de vista de los saduceos, sólo podían exigirse los impuestos señalados expresamente por la Ley (Éx 30,11-13), y el referido al Templo no figuraba en ella.

La analogía tiene, sin embargo, otro nivel más profundo. El relato muestra claramente que Jesús no estaba obligado a pagar este impuesto. Esta obligación correspondía a los súbditos, no a los hijos del rey; de ahí la analogía que usa Jesús. La ilustración utilizada en los versículos 25s se basa en la identidad de Jesús como Hijo de Dios. El Señor del Templo era Dios. Jesús es su Hijo. Los que creen en Jesús participan de esta filiación. Su libertad –la de Jesús y la de sus discípulos– nace de su calidad de hijos. Pero, junto a esta libertad, Jesús quiere expresar también una actitud de respeto frente a la posible obligación legal y frente al Templo, en cuanto que es la casa de Dios.

Jesús paga los impuestos para no escandalizar ni entrar en conflicto con las autoridades legales. Después de la destrucción del Templo en el año 70 d.C., los impuestos cobrados a los judíos se asignaban para el mantenimiento del templo pagano de Júpiter Capitolino en Roma; este recuento pudo ayudar a los miembros judíos de la comunidad de Mateo. Aunque no estaban obligados a pagar el impuesto, convenía hacerlo para evitar escándalos (cfr. Rom 13,1-7; 1 Pe 2,13-17).

⁶⁶ **18,1-9 ¿Quién es el más importante? – Radicalidad ante el pecado.** Este capítulo presenta el cuarto de los cinco grandes discursos de Jesús. Se dirige especialmente a los discípulos y son instrucciones para una comunidad dividida. Se pueden adivinar tensiones entre los distintos grupos y problemas de convivencia. Para iluminar esta situación, Mateo nos exhorta a prestar atención a los pequeños y el perdón como norma básica en la comunidad cristiana; un modelo de comunidad para todos los tiempos. Este cambio de valores se ha inaugurado con la llegada del reino. La ocasión de este discurso deriva de la pregunta de los discípulos (1). La Iglesia debe organizarse y algunos asumen ciertos servicios y responsabilidades. ¿Son estas personas más importantes? Los discípulos quieren saber, y Mateo les recuerda las enseñanzas de Jesús sobre este tema. Como respuesta, Jesús señala a un niño (2) y pide a los discípulos que se hagan como ellos (3). A diferencia de ahora, en aquella sociedad el niño no tenía derechos legales; todo lo que recibía era para él un regalo. Del mismo modo, el reino de Dios no se adquiere por las propias fuerzas; es un don que se recibe con la sencillez y el agradecimiento de un niño.

En el evangelio de Mateo, la palabra «pequeño» no se refiere únicamente a los niños. Pequeños son todas las personas humildes y sencillas que desde su simplicidad de vida han optado por seguir a Jesús con toda radicalidad. La comunidad cristiana, particularmente sus responsables, han de tener cuidado de no subestimar la función y el aporte de estas personas. Los pequeños encarnan los valores fundamentales de la Buena Noticia y hacen patente la presencia de Jesús entre los más pobres y sencillos.

Parábola de la oveja perdida⁶⁷

(Lc 15,3-7)

¹⁰Cuidado con despreciar a uno de estos pequeños. Pues les digo que sus ángeles en el cielo contemplan continuamente el rostro de mi Padre del cielo. ¹¹[[Porque el Hijo del Hombre ha venido a salvar lo que estaba perdido.]]

¹²¿Qué les parece? Supongamos que un hombre tiene cien ovejas y se le extravía una: ¿no dejará las noventa y nueve en el monte para ir a buscar la extraviada? ¹³Y si llega a encontrarla, les aseguro que se alegrará más por ella que por las noventa y nueve no extraviadas.

¹⁴Del mismo modo, el Padre del cielo no quiere que se pierda ni uno de estos pequeños.

Sobre el perdón⁶⁸

(Lc 17,3s)

¹⁵Si tu hermano te ofende, ve y corrígelo, tú y él a solas. Si te escucha has ganado a tu hermano. ¹⁶Si no te hace caso, hazte acompañar de uno o dos, *para que el asunto se resuelva por dos o tres testigos*. ¹⁷Si no les hace caso, informa a la comunidad. Y si no hace caso a la comunidad considéralo un pagano o un recaudador de impuestos. ¹⁸Les aseguro que lo que ustedes aten en la tierra quedará atado en el cielo, y lo que desaten en la tierra quedará desatado en el cielo.

¹⁹Les digo también que si dos de ustedes se ponen de acuerdo en la tierra para pedir cualquier cosa, mi Padre del cielo se la concederá. ²⁰Porque donde hay dos o tres reunidos en mi nombre, yo estoy allí, en medio de ellos.

²¹Entonces se acercó Pedro y le preguntó:

—Señor, si mi hermano me ofende, ¿cuántas veces tengo que perdonarle? ¿Hasta siete veces?

²²Le contestó Jesús:

—No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete.

Parábola sobre el perdón⁶⁹

²³Por eso, el reino de los cielos se parece a un rey que decidió ajustar cuentas con sus sirvientes. ²⁴Ni bien comenzó, le presentaron uno que le adeudaba diez mil monedas de oro. ²⁵Como no tenía con qué pagar, mandó el rey que vendieran a su mujer, sus hijos y todas sus posesiones para pagar la deuda. ²⁶El sirviente se arrodilló ante él suplicándole: ¡Ten paciencia conmigo, que todo te lo pagaré! ²⁷Compadecido de aquel sirviente, el rey lo dejó ir y le perdonó la deuda.

²⁸Al salir, aquel sirviente tropezó con un compañero que le debía cien monedas. Lo agarró del cuello y mientras lo ahogaba le decía: ¡Págame lo que me debes! ²⁹Cayendo a sus pies, el

⁶⁷ **18,10-14 Parábola de la oveja perdida.** Quizás sería preferible hablar del pastor que sale en busca de la oveja extraviada. La experiencia de Jesús respecto de su Padre no era la de un Dios excluyente. Él sabía que Dios se definía como Padre, precisamente por salir al encuentro de lo perdido, por hacer una oferta de amor al que estaba en la peor circunstancia.

Dejar las noventa y nueve ovejas para ir en busca de la perdida hasta encontrarla, cargarla sobre sus hombros, alegrarse por su encuentro y participar a otros su alegría, ¿no era precisamente la forma más expresiva de anunciar que Dios era verdaderamente Padre? Amar a la persona perdida no era dejar de amar a las otras, sino garantizarles amor si llegaran a perderse.

Mateo aplica la parábola a los discípulos seducidos y engañados que se han apartado de las enseñanzas de Jesús. Es la conducta que hay que asumir ante los caídos o los que se hallan en peligro de caer. La vida extraviada necesita que alguien la valore y no la deje morir. Dios no da a nadie por perdido y siempre espera.

Leída en este contexto, la parábola subraya el valor único de cada persona y descubre a los cristianos que la fraternidad se construye desde la paternidad de Dios: cuando van en busca de la persona extraviada están cumpliendo la voluntad del Padre que «no quiere que se pierda ni uno de estos pequeños» (14).

⁶⁸ **18,15-22 Sobre el perdón.** En la comunidad debe reinar la paz, bien porque no hay ofensas o porque se busca la reconciliación (14). Si un miembro de la comunidad cristiana se niega a reconciliarse será como un extraño a la comunidad y los responsables tienen el derecho de excluirlo mientras permanezca en esa actitud (cfr. 1 Cor 5,5s).

La referencia al perdón y a la reconciliación se completa con una instrucción sobre la oración comunitaria. La comunidad orante es un lugar privilegiado de la presencia de Jesús (cfr. 28,20) siempre que se den las condiciones y actitudes que Jesús señaló en la oración del Padrenuestro.

⁶⁹ **18,23-35 Parábola sobre el perdón.** A la pregunta «aritmética» de Pedro (21) responde el Señor en el mismo terreno, saltando de un número generoso a otro indefinido. Y lo aclara con una parábola que se complace en presentar los contrastes extremos.

La venganza era una ley sagrada en todo el Antiguo Oriente y el perdón, humillante; pero, para el cristiano, la contrapartida de la venganza es el perdón ilimitado.

La parábola describe la relación de los seres humanos con Dios y con los demás. La deuda de diez mil monedas de oro, impagable, en todo caso, simboliza la situación de toda persona a quien Dios perdona por pura gracia (24s). La actitud del siervo despiadado retrata la mezquindad del corazón humano. Unos a otros nos debemos «cien monedas» (28), una ridiculez en comparación con lo que se nos ha sido perdonado.

¿Cuál debe ser la reacción nuestra frente al prójimo? Dios nos abre la gracia de su perdón de una manera insospechada, pero la retira ante los corazones ruines que niegan el perdón al prójimo.

Quien haya experimentado la misericordia del Padre no puede andar calculando las fronteras del perdón y la acogida a los hermanos.

compañero le suplicaba: ¡Ten paciencia conmigo y te lo pagaré! ³⁰ Pero el otro se negó y lo hizo meter en la cárcel hasta que pagara la deuda.

³¹ Al ver lo sucedido, los otros sirvientes se sintieron muy mal y fueron a contarle al rey todo lo sucedido. ³² Entonces el rey lo llamó y le dijo: ¡Sirviente malvado, toda aquella deuda te la perdoné porque me lo suplicaste! ³³ ¿No tenías tú que tener compasión de tu compañero como yo la tuve de ti? ³⁴ E indignado, el rey lo entregó a los verdugos hasta que pagara toda la deuda.

³⁵ Así los tratará mi Padre del cielo si no perdonan de corazón a sus hermanos.

Sobre el divorcio⁷⁰

(Mc 10,1-12)?

19 ¹ Cuando Jesús terminó este discurso, se trasladó de Galilea a Judea, al otro lado del Jordán. ² Le seguía una gran multitud, y él los sanaba allí. ³ Se acercaron unos fariseos y, para ponerlo a prueba, le preguntaron:

—¿Puede un hombre separarse de su mujer por cualquier cosa?

⁴ Él contestó:

—¿No han leído que al principio el Creador *los hizo hombre y mujer*? ⁵ Y dijo: *por eso abandona un hombre a su padre y a su madre, se une a su mujer y los dos se hacen una sola carne. ⁶ De suerte que ya no son dos, sino una sola carne.* Así pues, lo que Dios ha unido que no lo separe el hombre.

⁷ Le replicaron:

—Entonces, ¿por qué Moisés mandó *darle un acta de divorcio cuando uno se separa* [de ella]?

⁸ Les respondió:

—Moisés les permitió separarse de sus mujeres a causa de la dureza de sus corazones. Pero al principio no era así. ⁹ Les digo que quien se divorcia de su mujer —si no es en caso de concubinato— y se casa con otra, comete adulterio.

¹⁰ Los discípulos le dijeron:

—Si ésa es la condición del marido con la mujer, más vale no casarse.

¹¹ Y él les respondió:

—No todos pueden con [esto]; sólo aquellos que reciben tal don. ¹² Porque hay eunucos que así nacieron desde el seno de su madre, hay eunucos hechos eunucos por los hombres y hay eunucos que a sí mismos se hicieron eunucos por el reino de los cielos. El que pueda entender que lo entienda.

Bendice a unos niños⁷¹

(Mc 10,13-16; Lc 18,15-17)

¹³ Entonces le llevaron unos niños para que pusiera las manos sobre ellos y pronunciara una oración. Los discípulos los reprendían. ¹⁴ Pero Jesús dijo:

—Dejen a los niños y no les impidan que se acerquen a mí, porque el reino de los cielos pertenece a los que son como ellos.

¹⁵ Entonces impuso las manos sobre ellos y se fue.

⁷⁰ **19,1-12 Sobre el divorcio.** Las discusiones en torno al divorcio son más viejas que el evangelio. En tiempos de Jesús, la discusión sobre el tema estaba polarizada en dos escuelas: una, laxista en grado sumo, admitía el divorcio por cualquier causa: era suficiente para despedir a la mujer que se le hubiese quemado o simplemente ahumado la comida, según su interpretación de la Ley genérica que autorizaba el divorcio si el marido «descubre en ella algo vergonzoso» (Dt 24,1). La otra escuela, rigorista, entendía que la excepción del Deuteronomio se refería únicamente al caso de adulterio.

El asunto lo presentan los fariseos como pregunta capciosa. Jesús sube de una ley positiva, concesión más que imposición, al orden primordial establecido por Dios (Gn 1,27; 2,24; 5,2).

En aquella sociedad, dominada por los hombres, una mujer repudiada debía regresar a la casa de su padre llevando consigo el deshonor que afectaría a toda su familia de origen. La amenaza de divorcio era un arma implacable para asegurar la sumisión de la mujer a su marido. En este contexto, las palabras de Jesús son tremendamente liberadoras. La prohibición del divorcio es, eminentemente, una defensa de la mujer y una recuperación del designio de Dios establecido desde el principio.

Los discípulos se sorprenden ante la exigencia de un vínculo indisoluble (los fariseos ya no intervienen). Jesús no retira lo dicho, sino que da otro paso, proponiendo otra situación que tendrá cabida en su comunidad: el celibato voluntario (12). El celibato cristiano es comprensible únicamente desde el misterio del reino. Por eso añade Jesús: «el que pueda entender que lo entienda» (12).

⁷¹ **19,13-15 Bendice a unos niños.** Mateo ha presentado ya a los niños como modelo para los discípulos. El relato contrapone la actitud de Jesús al disgusto que experimentan los discípulos. Jesús utiliza este gesto simbólico para resaltar la precedencia que tienen en el reino de los cielos los que se hacen como ellos, o sea, los que lo reciben sencilla y humildemente como un don gratuito de Dios.

El joven rico⁷²

(Mc 10,17-31; Lc 18,18-30)

¹⁶Luego se le acercó uno y le dijo:

—Maestro, ¿qué obras buenas debo hacer para alcanzar la vida eterna?

¹⁷Jesús le contestó:

—¿Por qué me preguntas acerca de lo que es bueno? Uno solo es el bueno. Si quieres entrar en la vida guarda los mandamientos.

¹⁸El joven le preguntó:

—¿Cuáles?

Jesús le dijo:

—*No matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no perjurarás, ¹⁹honra a tu padre y a tu madre, y amarás al prójimo como a ti mismo.*

²⁰El joven le dijo:

—Todo eso lo he cumplido, ¿qué me queda por hacer?

²¹Jesús le contestó:

—Si quieres ser perfecto, ve, vende tus bienes, dáselo a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo; después sígueme.

²²Al oírlo, el joven se fue triste, porque era muy rico.

²³Jesús dijo a sus discípulos:

—Les aseguro que difícilmente entrará un rico en el reino de los cielos. ²⁴Se los repito, es más fácil para un camello pasar por el ojo de una aguja que para un rico entrar en el reino de Dios.

²⁵Al oírlo, los discípulos quedaron muy espantados y dijeron:

—Entonces, ¿quién podrá salvarse?

²⁶Jesús los quedó mirando y les dijo:

—Para los hombres eso es imposible, para Dios todo es posible.

²⁷Entonces Pedro le respondió:

—Mira, nosotros hemos dejado todo y te hemos seguido; ¿qué será de nosotros?

²⁸Jesús les dijo:

—Les aseguro que en el mundo nuevo, cuando el Hijo del Hombre se siente en su trono de gloria, ustedes, los que me han seguido, se sentarán también en doce tronos para juzgar a las doce tribus de Israel. ²⁹Y todo aquel que por mí deje casas, hermanos o hermanas, padre o madre, hijos o campos, recibirá cien veces más y heredará vida eterna.

³⁰Muchos de los primeros serán los últimos y muchos de los últimos serán los primeros.

⁷² **19,16-30 El joven rico.** Jesús reivindica una idea de los profetas: la riqueza puede ser un enorme obstáculo en el camino hacia el reino. Este pasaje evangélico es, probablemente, uno de los que más ha influido en la historia del cristianismo.

Al joven rico le parece excesivo el precio que tiene que pagar para entrar en el discipulado de Jesús, porque era muy rico (22). Él esperaba de Jesús otra cosa: que le hubiese mandado hacer obras buenas, dar limosna en mayor cantidad, algo que pudiese hacer desde su riqueza sin perturbar su vida. ¡Pero a Dios no le damos nada hasta que no le damos todo!

Estas palabras de Jesús han inspirado formas radicales de seguimiento, como la inaugurada por Francisco de Asís, que entregó todos sus bienes a los pobres; la tradición de la Iglesia elaboró a partir de aquí la idea de los «consejos evangélicos», que no son obligatorios para todos, distintos de los «preceptos». Sin embargo, la palabra que Jesús dirige al joven no es un consejo, sino un imperativo personal e ineludible (21).

La renuncia a los bienes materiales no es un consejo que se pueda seguir o no, sino una exigencia absoluta y obligatoria siempre que el mantenimiento de esas posesiones se convierta en un obstáculo para la aceptación del reino y para el seguimiento de Jesús. No se puede servir a Dios y al dinero.

A continuación sigue el diálogo de Jesús con sus discípulos acerca del impedimento que representan las riquezas para entrar en el reino de los cielos (23-26). La imagen del camello y la aguja es una exageración oriental que trata de mostrar la imposibilidad de romper con el prestigio y el poder que dan las riquezas.

Los discípulos cumplen los dos requisitos que Jesús puso al joven rico: lo han dejado todo y le han seguido; por eso, su recompensa será la plenitud de la vida, anticipada ya en la vida presente.

La promesa de Jesús se amplía a todos aquellos que hayan abandonado todo por su causa y, en definitiva, a todos los creyentes. El premio es seguro y mucho mayor que el que uno pueda imaginar, aunque en el reino de Dios nadie tiene asegurado definitivamente el puesto (30). Los doce tronos de gloria no son otra cosa que la exigente tarea de servir y animar al pueblo de Dios en su camino hacia el reino.

Parábola de los jornaleros de la viña⁷³

20¹El reino de los cielos se parece a un hacendado que salió de mañana a contratar trabajadores para su viña. ²Cerró trato con ellos en un denario al día y los envió a su viña. ³Volvió a salir a media mañana, vio en la plaza a otros que no tenían trabajo ⁴y les dijo: Vayan también ustedes a mi viña y les pagaré lo debido. ⁵Ellos se fueron. Volvió a salir a mediodía y a media tarde e hizo lo mismo. ⁶Al caer de la tarde salió, encontró otros que no tenían trabajo y les dijo: ¿Qué hacen aquí ociosos todo el día sin trabajar? ⁷Le contestan: Nadie nos ha contratado. Y él les dice: Vayan también ustedes a mi viña.

⁸Al anochecer, el dueño de la viña dijo al capataz: Reúne a los trabajadores y págales su jornal, empezando por los últimos y acabando por los primeros.

⁹Pasaron los del atardecer y recibieron un denario. ¹⁰Cuando llegaron los primeros, esperaban recibir más; pero también ellos recibieron la misma paga. ¹¹Al recibirlo, se quejaron contra el hacendado: ¹²Estos últimos han trabajado una hora y les has pagado igual que a nosotros, que hemos soportado la fatiga y el calor del día. ¹³Él contestó a uno de ellos: Amigo, no estoy siendo injusto; ¿no habíamos cerrado trato en un denario? ¹⁴Entonces toma lo tuyo y vete. Que yo quiero dar al último lo mismo que a ti. ¹⁵¿O no puedo yo disponer de mis bienes como me parezca? ¿Por qué tomas a mal que yo sea generoso?

¹⁶Así los últimos serán los primeros y los primeros serán los últimos.

Tercer anuncio de la pasión y resurrección⁷⁴

(Mc 10,32-34; Lc 18,31-34)

¹⁷Cuando Jesús subía hacia Jerusalén, tomó aparte a los Doce [discípulos] y por el camino les dijo:

¹⁸—Miren, subimos a Jerusalén, y el Hijo del Hombre será entregado a los sumos sacerdotes y letrados que lo condenarán a muerte. ¹⁹Lo entregarán a los paganos para que lo maltraten, lo azoten y lo crucifiquen. Al tercer día resucitará.

Contra la ambición⁷⁵

(Mc 10,35-45)

²⁰Entonces se le acercó la madre de los Zebedeos con sus hijos y se postró para hacer una petición. ²¹Él le preguntó:

—¿Qué deseas?

Ella contestó:

—Manda que, cuando reines, estos dos hijos míos se sienten uno a tu derecha y otro a tu izquierda.

²²Jesús le contestó:

—No saben lo que piden. ¿Son capaces de beber la copa que yo he de beber?

Ellos replicaron:

—Podemos.

⁷³ **20,1-16 Parábola de los jornaleros de la viña.** Esta parábola completa la enseñanza anterior sobre la recompensa que espera a los que dejan todo para seguir a Jesús.

El apego del joven a sus riquezas contrasta con la generosidad de Dios que paga más de la cuenta. La misericordia de Dios no se opone a la justicia humana, sino que la trasciende totalmente en el amor. Dios no es injusto al ser generoso. No es cuestión de proporción (justicia), sino de aceptar agradecidos esta desproporción (amor).

La gracia es amar más allá de los parámetros de la justicia humana. Las relaciones con Dios que establecía el legalismo en la época de Jesús eran de paga, en razón de los méritos que se tenían. La enseñanza incansable de Jesús, por el contrario, afirmaba que las relaciones con el Dios que es Padre se establecían por amor, y no por méritos frente a la Ley. Con Jesús quedaba bien definido el comportamiento de Dios con el ser humano: Dios no se fijaría en méritos, sino en necesidad. Quien necesitara de su amor lo obtendría, no quien lo «mereciera».

Como el dueño de la viña, y por libre iniciativa de su gracia, Dios regala a sus hijos e hijas una recompensa que no guarda proporción con la duración del trabajo. Tal es la respuesta de Jesús a los espíritus legalistas que veían con malos ojos su trato amistoso con recaudadores de impuestos y pecadores (cfr. 9,11). Luego, en la comunidad de Mateo, algunos cristianos de origen judío no podían entender que los paganos, venidos más tarde, tuvieran en la Iglesia el mismo reconocimiento que ellos.

La parábola muestra que se trata de un don, un regalo inmerecido, y es igual para todos. ¡Así es Dios de bueno con nosotros!

⁷⁴ **20,17-19 Tercer anuncio de la pasión y resurrección.** El tercer anuncio de la pasión y resurrección es mucho más concreto y detallado, y el evangelio queda así totalmente orientado hacia la Pascua de Jesús y a su victoria sobre la muerte.

⁷⁵ **20,20-28 Contra la ambición.** Continúa el tema de quién es el mayor y quién el menor, esta vez en el plano del poder. El episodio sucede en el círculo de los Doce y muestra lo mal que han entendido los apóstoles la enseñanza del Maestro. Del hecho concreto pasa Jesús al principio general, válido para su comunidad: lo importante en el reinado de Dios no es tener un puesto de honor, sino seguirle a Él en su camino de entrega y servicio a los más necesitados. Por tanto, la comunidad no puede ejercer la autoridad y el poder repitiendo el mismo modelo autoritario y tiránico de los gobernantes de aquel entonces.

Esta enseñanza no va dirigida solamente a los discípulos que siguieron al Jesús histórico, sino también a la comunidad de Mateo y a la de nuestros días: oponerse a los esquemas de poder y de dominio que gobiernan este mundo; hacer posible la globalización de la solidaridad. El grande es el que sirve, y el primero, el que se hace servidor de todos.

²³Jesús les dijo:

—Mi copa la beberán, pero sentarse a mi derecha e izquierda no me toca a mí concederlo; esos lugares son para quienes se los ha destinado mi Padre.

²⁴Cuando los otros diez lo oyeron, se enojaron con los dos hermanos.

²⁵Pero Jesús los llamó y les dijo:

—Saben que entre los paganos los gobernantes tienen sometidos a sus súbditos y los poderosos imponen su autoridad. ²⁶No será así entre ustedes; más bien, quien entre ustedes quiera llegar a ser grande que se haga servidor de los demás; ²⁷y quien quiera ser el primero, que se haga sirviente de los demás. ²⁸Lo mismo que el Hijo del Hombre no vino a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos.

Sana a dos ciegos⁷⁶

(Mc 10,46-52; Lc 18,35-43)

²⁹Cuando se fueron de Jericó, un gran gentío le seguía. ³⁰Dos ciegos, que estaban sentados al costado del camino, al oír que Jesús pasaba, se pusieron a gritar:

—¡[Señor,] Hijo de David, ten compasión de nosotros!

³¹La gente los reprendía para que se callasen. Pero ellos gritaban más fuerte:

—¡Señor, Hijo de David, ten compasión de nosotros!

³²Jesús se detuvo y les habló:

—¿Qué quieren que haga por ustedes?

³³Respondieron:

—Señor, que se nos abran los ojos.

³⁴Compadecido, Jesús les tocó los ojos y al punto recobraron la vista y le siguieron.

Entrada triunfal en Jerusalén⁷⁷

(Mc 11,1-11; Lc 19,29-40; cfr. Jn 12,12-19)

21 ¹Al llegar cerca de Jerusalén, entraron en Betfagé, junto al monte de los Olivos. Entonces Jesús envió a dos discípulos ²diciéndoles:

—Vayan al pueblo de enfrente y enseguida encontrarán una burra atada y su cría junto a ella. Desátenla y tráiganla. ³Si alguien les dice algo, ustedes le dirán que el Señor las necesita. Y enseguida las devolverá.

⁴Esto sucedió para que se cumpliera lo anunciado por el profeta:

⁵*Digan a la ciudad de Sión:*

mira a tu rey que está llegando:

humilde, cabalgando una burra

y un burrito, hijo de asna.

⁶Fueron los discípulos y, siguiendo las instrucciones de Jesús, ⁷le llevaron la burra y su cría. Echaron los mantos sobre ellos y el Señor se montó. ⁸Una gran muchedumbre alfombraba con sus mantos el camino. Otros cortaban ramas de árbol y cubrían con ellas el camino. ⁹La multitud, delante y detrás de él, aclamaba:

—*¡Hosana al Hijo de David!*

Bendito el que viene

en nombre del Señor.

¡Hosana en las alturas!

¹⁰Cuando entró en Jerusalén, toda la población conmovida preguntaba:

—¿Quién es éste?

⁷⁶ **20,29-34 Sana a dos ciegos.** El episodio de los ciegos se encuentra a medio camino: prolonga las instrucciones a los discípulos en el tema del seguimiento y anticipa el triunfo de Jesús en Jerusalén con la confesión de los ciegos. Hay en este relato una cierta ironía. Los que están físicamente ciegos son los que ven con más claridad quién es realmente Jesús. Los dos ciegos representan a los discípulos que reconocen a Jesús como Mesías y Señor, pero aún no han comprendido toda su enseñanza. Son dos, como los hijos de Zebedeo (20,20-23), pero su petición es bien distinta a la de aquéllos. Ellos no piden un puesto importante, sino que se acercan con fe a Jesús para pedirle que les abra los ojos y puedan así comprender y asumir el camino que Él les propone.

El cambio que se produce en los dos ciegos es el que debe producirse en los discípulos que se acercan a Jesús con fe. El encuentro con Jesús les abre los ojos, les da una luz nueva para comprender y para recorrer el camino del seguimiento en el servicio y la entrega.

⁷⁷ **21,1-11 Entrada triunfal en Jerusalén.** Después de instruir a sus discípulos sobre su destino y sobre las exigencias del seguimiento (16,21-20,34), Jesús entra en Jerusalén y el conflicto con las autoridades judías se agrava cada vez más. Jesús inicia aquí la última etapa de su vida terrena.

Con motivo de la celebración de la Pascua, memoria viva de la liberación de Egipto, acudían a Jerusalén multitud de judíos. En estas ocasiones, las expectativas mesiánicas resurgían con fuerza. La espera del inminente reinado de Dios se apoderó del grupo que lo acompañaba, y comenzaron a aclamarlo como Mesías («Hijo de David», según el versículo 9). El gesto humilde de Jesús de entrar en Jerusalén montado en un asno revela que su mesianismo no seguirá los esquemas del poder y la gloria.

Las autoridades y la gente sencilla han comprendido el significado y el alcance del gesto realizado por Jesús, pero sus reacciones son diversas: la gente reconoce que es un profeta, pero las autoridades de la ciudad acogen esta manifestación con recelo y turbación. La pregunta: «¿Quién es éste?» (10) no revela deseos de conocer, sino un rechazo frontal de Jesús.

¹¹Y la multitud contestaba:
—Es el profeta Jesús, de Nazaret de Galilea.

Purifica el Templo⁷⁸

(Mc 11,15-19; Lc 19,45-48; cfr. Jn 2,13-16)

¹²Jesús entró en el templo y echó fuera a los que vendían y compraban en el templo, volcó las mesas de los cambistas y las sillas de los que vendían palomas. ¹³Les dijo:

—Está escrito que *mi casa será casa de oración*, mientras que ustedes la han convertido en cueva de asaltantes.

¹⁴En el templo se le acercaron ciegos y cojos y él los sanó. ¹⁵Cuando los sumos sacerdotes y letrados vieron los milagros que hacía y a la gente gritando en el templo: ¡Hosana al Hijo de David!, se indignaron ¹⁶y le dijeron:

—¿Oyes lo que están diciendo?

Jesús les contestó:

—Sí, ¿acaso nunca han oído aquel pasaje:

*sacaré una alabanza de la boca
de criaturas y niños de pecho?*

¹⁷Dejándolos, salió de la ciudad y se dirigió a Betania, donde pasó la noche.

La higuera seca⁷⁹

(Mc 11,12-14.20-24)

¹⁸De mañana, cuando caminaba a la ciudad, sintió hambre, ¹⁹al ver una higuera junto al camino, se acercó, pero no encontró más que hojas.

Entonces le dijo:

—Jamás vuelvas a dar fruto.

En ese momento se secó la higuera.

²⁰Al verlo, los discípulos decían asombrados:

—¿Cómo es que la higuera se ha secado repentinamente?

²¹Jesús les respondió:

—Les aseguro que, si tuvieran una fe firme, no sólo harían lo de la higuera, sino que podrían decir a ese monte que se quite de ahí y se tire al mar, y lo haría. ²²Y todo lo que pidan con fe lo recibirán.

La autoridad de Jesús⁸⁰

(Mc 11,27-33; Lc 20,1-8)

²³Entró en el templo y se puso a enseñar. Se le acercaron los sumos sacerdotes y los ancianos del pueblo y le preguntaron:

—¿Con qué autoridad haces eso? ¿Quién te ha dado tal autoridad?

²⁴Jesús les contestó:

—Yo a mi vez les haré una pregunta, si me la responden, les diré con qué autoridad hago esto:

²⁵El bautismo de Juan, ¿de dónde procedía?, ¿del cielo o de los hombres?

⁷⁸ **21,12-17 Purifica el Templo.** Lo primero que hace Jesús al entrar en Jerusalén es purificar el Templo. Se trata de una acción simbólica en un ámbito restringido, con un gesto de autoridad que desacredita la autoridad oficial y religiosa.

El comercio de ganado y de moneda en el patio mayor del recinto del Templo se prestaba a múltiples abusos, tolerados por la autoridad. Jesús rubrica su gesto combinando dos citas del Antiguo Testamento (Is 56,7 y Jr 7,11).

Este hecho es una de las acciones más representativas de Jesús. Reclama una conversión profunda, una vuelta a la alianza de amor con Dios. Este gesto era muy peligroso, porque atentaba contra los fundamentos de un sistema firmemente establecido. La doctrina de Jesús, ratificada con su praxis liberadora, tenía que exasperar a los dirigentes judíos. Cuestionar la imagen tradicional de Dios, del Templo, de Jerusalén, de la Ley, era blasfemo. Tocar «el buen nombre» de los dirigentes era sacrílego. Jesús terminó enfrentado con la institución (el Sanedrín y el Templo) y con sus servidores. Por ello, entre los crímenes por los cuales condenaron a Jesús estaba la blasfemia y el sacrilegio.

La purificación del Templo va acompañada de sanaciones y aclamaciones de los niños: una manifestación de Jesús como Mesías. Los dirigentes del Templo se escandalizan, no entienden que con esta llegada de Jesús se inaugura el auténtico y verdadero culto.

⁷⁹ **21,18-22 La higuera seca.** Esta escena es, a primera vista, incongruente. En Marcos, este episodio precede a la purificación del Templo (Mc 11,12-14.15-17); la higuera estéril simboliza al pueblo de Israel que no ha sido fiel a su misión y la maldición de Jesús anuncia el abandono de Dios (cfr. Lc 13,6-9). Sin embargo, para Mateo se trata de la manifestación del poder de Jesús que buscó frutos de justicia en la ciudad santa, pero no los encontró; por eso, anuncia simbólicamente la caída de Jerusalén y la destrucción del Templo. Para el evangelista, este hecho es una ocasión para instruir a la comunidad sobre la importancia y el poder de la fe; ya vimos en Mt 8s que la fe es siempre un requisito para que Jesús pueda realizar sus signos.

⁸⁰ **21,23-27 La autoridad de Jesús.** La autoridad con que Jesús actúa molesta a sus adversarios. Aquí tenemos el primer debate con los jefes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo. Se discute la autoridad (23) con que Jesús entró en la ciudad, purificó el Templo, sanó a los enfermos y enseñó. Jesús responde, como en otras ocasiones, preguntando (24): promete responder si ellos dicen públicamente si el bautismo de Juan es de Dios o es humano. Sus acusadores se ven obligados a dar una respuesta («No sabemos»), con la que quedan humillados frente a los observadores y reafirma la autoridad de Jesús (27). Los lectores de Mateo saben que tanto la actividad de Juan como la de Jesús provienen de Dios.

Ellos discutían la cuestión: Si decimos que del cielo, nos dirá que por qué no le creímos; ²⁶si decimos que de los hombres, nos asusta la gente, porque todos tienen a Juan por profeta. ²⁷Así que respondieron a Jesús:

—No sabemos.

Él les replicó:

—Entonces yo tampoco les digo con qué autoridad lo hago.

Parábola de los dos hijos⁸¹

²⁸—A ver, ¿qué les parece? Un hombre tenía dos hijos. Se dirigió al primero y le dijo: Hijo, quiero que hoy vayas a trabajar a mi viña. ²⁹El hijo le respondió: No quiero; pero luego se arrepintió y fue. ³⁰Acercándose al segundo le dijo lo mismo. Éste respondió: Ya voy, señor; pero no fue. ³¹¿Cuál de los dos hizo la voluntad de su padre?

Le dijeron:

—El primero.

Y Jesús les contestó:

—Les aseguro que los recaudadores de impuestos y las prostitutas entrarán antes que ustedes en el reino de Dios. ³²Porque vino Juan, enseñando el camino de la justicia, y no le creyeron, mientras que los recaudadores de impuestos y las prostitutas le creyeron. Y ustedes, aun después de verlo, no se han arrepentido ni le han creído.

Parábola de los viñadores malvados⁸²

(Mc 12,1-12; Lc 20,9-19)

³³Escuchen otra parábola: Un hacendado plantó una viña, la rodeó con una tapia, cavó un lagar y construyó una torre; después la arrendó a unos viñadores y se fue. ³⁴Cuando llegó el tiempo de la cosecha, mandó a sus sirvientes para recoger de los viñadores el fruto que le correspondía. ³⁵Pero los viñadores agarraron a los sirvientes y a uno lo golpearon, a otro lo mataron, y al tercero lo apedrearon. ³⁶Envió otros sirvientes, más numerosos que los primeros, y los trataron de igual modo. ³⁷Finalmente les envió a su hijo, pensando que respetarían a su hijo. ³⁸Pero los viñadores, al ver al hijo, comentaron: Es el heredero. Lo matamos y nos quedamos con la herencia. ³⁹Agarrándolo, lo echaron fuera de la viña y lo mataron. ⁴⁰Cuando vuelva el dueño de la viña, ¿cómo tratará a aquellos viñadores?

⁴¹Le respondieron:

—Acabará con aquellos malvados y arrendará la viña a otros viñadores que le entreguen su fruto a su debido tiempo.

⁴²Jesús les dijo:

—¿No han leído nunca en la Escritura:

La piedra

que desecharon los arquitectos

es ahora la piedra angular;

es el Señor quien lo ha hecho

y nos parece un milagro?

⁸¹ **21,28-32 Parábola de los dos hijos.** Jesús comienza la parábola con una primera pregunta: «¿Qué les parece?» (28). Según las convenciones sociales de la época, lo más probable es que la gente respondiera que el que actuó bien fue el primer hijo porque respondió bien a su padre. El otro hijo había puesto en entredicho el honor de su padre al desobedecerle; su negativa era una falta de respeto.

Pero Jesús cambia la pregunta: «¿Cuál de los dos hizo la voluntad de su padre?» (31). Lo que importa no son las apariencias externas, sino el interior de la persona; el que honra a Dios no es el que observa unos ritos externos, sino el que hace su voluntad. Al amor no lo consuma la ortodoxia, sino el compromiso. En el tiempo de Jesús, el legalismo solía poner la ortodoxia como uno de sus pilares. Había creado una mentalidad centrada en las apariencias. Jesús sabía que para Dios, que conocía lo secreto del corazón, el hijo verdadero era el que de hecho practicaba la justicia. Esta parábola lo expresa con claridad: las relaciones auténticas con Dios se establecen sobre el compromiso. Las apariencias de obediencia (sólo palabras), no crean relaciones genuinas.

⁸² **21,33-46 Parábola de los viñadores malvados.** Esta dura parábola nació como la expresión del agudo conflicto al que había llegado Jesús con los dirigentes de su pueblo y tomó un significado especial a partir del año 70 y después de la destrucción de Jerusalén. Jesús ya veía cercana su muerte y sabía que hacia ella lo llevaba la violencia de los dirigentes. Ellos eran los primeros responsables de su muerte y como tales, unos asesinos. La oferta de Jesús de una sociedad fraterna, solidaria e igualitaria chocó con los intereses del sistema. La parábola contiene una amarga ironía que resume toda la historia de Israel: en el Antiguo Testamento había empezado como un humilde arrendatario y frente a Jesús terminaba como un asesino por interés.

Los líderes de Israel no han cultivado bien la viña, preparándola para el Mesías. Se han apropiado del pueblo y deciden la muerte de Jesús porque les arrebató su control sobre la gente sencilla. El heredero es asesinado fuera de la viña, como Jesús a las afueras de Jerusalén. Esos líderes judíos no van a tener ningún poder sobre el nuevo Pueblo de Dios porque ha pasado a manos de los discípulos de Jesús.

Tanto la Iglesia primitiva como la nuestra de hoy sabe que su existencia y su razón de ser están ligadas a la fidelidad a la misión de Jesús: hacer presente la novedad absoluta del reinado de Dios, que desde Jesús no se define tanto por la ortodoxia como por la praxis de liberación de los pobres y desheredados de este mundo.

⁴³Por eso les digo que a ustedes les quitarán el reino de Dios y se lo darán a un pueblo que produzca sus frutos. ⁴⁴[El que tropiece con esa piedra se hará trizas; al que le caiga encima lo aplastará.]

⁴⁵Cuando los sumos sacerdotes y los fariseos oyeron sus parábolas, comprendieron que se refería a ellos. ⁴⁶Intentaron arrestarlo, pero tuvieron miedo de la multitud, que lo tenía por profeta.

Parábola del banquete de bodas⁸³

(Lc 14,15-24)

22 ¹Jesús tomó de nuevo la palabra y les habló con parábolas: ²El reino de los cielos se parece a un rey que celebraba la boda de su hijo. ³Envió a sus sirvientes para llamar a los invitados a la boda, pero éstos no quisieron ir. ⁴Entonces envió a otros sirvientes encargándoles que dijeran a los invitados: Tengo el banquete preparado, mis mejores animales ya han sido degollados y todo está a punto; vengan a la boda. ⁵Pero ellos se desentendieron: uno se fue a su campo, el otro a su negocio; ⁶otros agarraron a los sirvientes, los maltrataron y los mataron. ⁷El rey se indignó y, enviando sus tropas, acabó con aquellos asesinos e incendió su ciudad.

⁸Después dijo a sus sirvientes: El banquete nupcial está preparado, pero los invitados no se lo merecían. ⁹Vayan a los cruces de caminos y a cuantos encuentren invítenlos a la boda. ¹⁰Salieron los sirvientes a los caminos y reunieron a cuantos encontraron, malos y buenos. El salón se llenó de convidados.

¹¹Cuando el rey entró para ver a los invitados, observó a uno que no llevaba traje apropiado. ¹²Le dijo: Amigo, ¿cómo has entrado sin traje apropiado? Él enmudeció. ¹³Entonces el rey mandó a los guardias: Atenlo de pies y manos y échelo fuera, a las tinieblas. Allí será el llanto y el crujiir de dientes. ¹⁴Porque son muchos los invitados pero pocos los elegidos.

Sobre el tributo al César⁸⁴

(Mc 12,13-17; Lc 20,20-26)

⁸³ **22,1-14 Parábola del banquete de bodas.** En el fondo de esta parábola está la respuesta de la comunidad de Mateo a la pregunta: ¿qué es el reinado de Dios? La parábola tiene dos partes: los invitados al banquete (1-10) y el comensal sin traje apropiado (11-14). La parábola expresa la relación entre el Señor y sus invitados, entre los cuales hay dos categorías: 1. Los invitados que se autoexcluyen del banquete por intereses personales de poder: «uno se fue a su campo, el otro a su negocio» (5). Además de dueños de campos y negocios eran unos asesinos (6). No son dignos de entrar en el reino porque han rechazado la propuesta de Dios. 2. Los segundos, malos y buenos, están en los cruces de los caminos. La sala que se había preparado se llena de estos nuevos comensales, que inicialmente estaban excluidos, porque aceptan y acogen con gozo la invitación al banquete del reino. Por eso concluye este pasaje: «son muchos los invitados pero pocos los elegidos» (14).

En la segunda parte (11-14) se añade un elemento nuevo a la parábola que cambia la perspectiva que hasta ahora llevaba el relato. La presencia del rey ofrece la clave del juicio que recae sobre cada uno de los invitados al banquete. En este marco de referencia tiene sentido la pregunta por el traje de fiesta. Para entrar en el banquete del reino es necesario un estilo de vida que ponga en práctica las enseñanzas de Jesús. No todos los invitados al banquete (los llamados) se encontrarán al fin con los elegidos (14). Lo que convierte a los invitados en elegidos es el amor encarnado en las circunstancias concretas de la vida (25,31-46).

⁸⁴ **22,15-22 Sobre el tributo al César.** Desde aquí hasta el final del capítulo encontramos cuatro preguntas y cuatro respuestas que muestran la creciente tensión entre Jesús y las autoridades judías.

En la primera cuestión ve Mateo un complot, protagonizado por discípulos de los fariseos y herodianos. Los discípulos de los fariseos pueden preguntar fingiendo una curiosidad inocente; los herodianos son adictos a un poder establecido o respaldado por los romanos. El asunto en discusión es el tributo debido al César. Este impuesto fue una realidad que sufrieron tanto el pueblo judío como las comunidades cristianas bajo el dominio del imperio romano. La pregunta intenta conducir a Jesús a un terreno en extremo peligroso. Es la vertiente económica de la política, en la cual se juega la lealtad y sumisión al poder imperial. Los recaudadores iban a veces acompañados por soldados romanos.

La respuesta de Jesús es habilísima: si reconocen el curso legal de la moneda (20) es que han entrado en el sistema económico y deben aceptar sus consecuencias. Pero por encima de cualquier poder humano está Dios. Jesús rompe los hilos de la red que le tienden y eleva su enseñanza a un nivel superior, de más alto alcance. El principio, en su formulación lapidaria (21), ha sido fuente de inspiración y de interpretaciones o aplicaciones diversas, no siempre acertadas.

Jesús no tuvo intención de dividir el mundo en dos reinos (el de Dios y el del César) poniéndolos en un plano de igualdad. Tampoco quiso establecer dos órdenes separados: uno humano, otro divino que nada tiene que ver con las cuestiones terrenas. El estado no es el valor supremo, y por eso Jesús se apresura a poner en claro que mucho más importantes son los deberes para con Dios, quien siempre nos remite al otro, a todos los rostros humanos doloridos, porque la mayor gloria de Dios es que el pobre viva.

La moneda que lleva la efigie del César le pertenece a él en calidad de tributo, pero el ser humano, que lleva impresa la imagen de Dios, se debe a su Creador. Por eso, si el estado llegara alguna vez a reclamar algo de lo que pertenece en exclusividad a Dios, entonces «hay que obedecer a Dios antes que a los hombres» (Hch 5,29).

Pertenece a un mundo donde hay muchas formas de idolatría, especialmente la idolatría del mercado al que se le rinde tributo a costa de la propia conciencia y de la dignidad de sus servidores. Los nuevos dioses ciudadanos –el mercado del consumo, la moda, el espíritu de competencia desleal, las armas, el poder, el dinero, el prestigio...– reclaman culto, sacrificios, adoración, adhesión fanática e irracional. Estamos sumergidos en el mundo y no podemos escapar físicamente de él, pero Jesús nos invita a mantener nuestra conciencia libre y autónoma. Al reinado de Dios lo que pertenece a Él, y a los reinos del mundo del mercado lo que les pertenece a ellos.

¹⁵Entonces los fariseos se reunieron para buscar un modo de enredarlo con sus palabras. ¹⁶Le enviaron algunos discípulos suyos acompañados de herodianos, que le dijeron:

—Maestro, nos consta que eres sincero, que enseñas con fidelidad el camino de Dios y que no te fijas en la condición de las personas porque eres imparcial. ¹⁷Dinos tu opinión: ¿es lícito pagar tributo al César o no?

¹⁸Jesús, adivinando su mala intención, les dijo:

—¿Por qué me tientan, hipócritas? ¹⁹Muéstranme la moneda del tributo.

Le presentaron un denario.

²⁰Y él les dijo:

—¿De quién es esta imagen y esta inscripción?

²¹Contestaron:

—Del César.

Entonces les dijo:

—Den, pues, al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios.

²²Al oírlo, se sorprendieron, lo dejaron y se fueron.

Sobre la resurrección⁸⁵

(Mc 12,18-27; Lc 20,27-40)

²³En aquella ocasión se acercaron unos saduceos —que niegan la resurrección— y le dijeron:

²⁴—Maestro, Moisés mandó que, *cuando uno muera sin hijos, su hermano se case con la viuda para dar descendencia al hermano difunto*. ²⁵Pues bien, había en nuestra comunidad siete hermanos. El primero se casó, murió sin tener hijos y dejó la mujer a su hermano. ²⁶Lo mismo pasó con el segundo y el tercero, hasta el séptimo. ²⁷Después de todos murió la mujer. ²⁸Cuando resuciten, ¿de cuál de los siete será mujer? Pues todos fueron maridos suyos.

²⁹Les contestó Jesús:

—Están equivocados por no conocer la Escritura ni el poder de Dios. ³⁰Cuando resuciten, no se casarán ni los hombres ni las mujeres, sino que serán como ángeles en el cielo. ³¹Y a propósito de la resurrección, ¿no han leído lo que les dice Dios:

³²*Yo soy el Dios de Abraham,
el Dios de Isaac,
el Dios de Jacob?*

No es Dios de muertos, sino de vivos.

³³La multitud al oírlo estaba asombrada de su enseñanza.

Sobre el precepto más importante⁸⁶

(Mc 12,28-34; Lc 10,25-28)

³⁴Al enterarse los fariseos de que había tapado la boca a los saduceos, se reunieron alrededor de él; ³⁵y uno de ellos, [doctor en la ley] le preguntó maliciosamente:

³⁶—Maestro, ¿cuál es el precepto más importante en la ley?

³⁷Le respondió:

—*Amarás al Señor tu Dios
con todo tu corazón,
con toda tu alma,
y con toda tu mente.*

⁸⁵ **22,23-33 Sobre la resurrección.** Lucas nos ofrece una entretenida ilustración sobre los saduceos y la resurrección (Hch 23,6-10); en ese punto, los saduceos eran enemigos de los fariseos. Para el lector cristiano es inevitable el recuerdo de 1 Cor 15,12.

Los saduceos basan su caso en la ley del levirato, en virtud de la cual el cuñado debe tomar a la viuda sin hijos de su hermano para darle un hijo y perpetuar el nombre del difunto (Dt 25,5-10; Rut 4). La presentación del caso es claramente burlesca.

Jesús responde de frente. El planteamiento va desencaminado, porque supone que la otra vida es repetición y prolongación de la presente. La vida del resucitado es obra del poder de Dios y es Él quien establece la nueva condición humana (cfr. 1 Cor 15,35-53). Después cita un texto del Pentateuco (único texto sagrado que reconocen los saduceos) en el que Dios mismo se presenta y define (Éx 3,6): el Dios de la Escritura no es un dios infernal, sino vivo, de la vida y de los vivos.

⁸⁶ **22,34-40 Sobre el precepto más importante.** La pregunta se explica porque los fariseos contaban 613 preceptos en la Ley. Había que saberlos y practicarlos todos. Jesús responde combinando Dt 6,5 con Lv 19,18. Para Jesús, el fundamento de la relación con Dios y con el prójimo es el amor solidario.

La integración de los dos amores, de Dios y del prójimo, es su enseñanza fundamental.

La Ley y los Profetas son toda la Escritura (Mt 7,12), pues bien: el amor es la clave de la Escritura, el indispensable principio unificador que elimina toda posible dispersión y el criterio básico de discernimiento. No se puede observar de verdad la Ley si falta el amor (Rom 13,9; Gál 5,14; Sant 2,8).

Desde una perspectiva cristiana, sin amor al prójimo no hay amor a Dios, no hay verdadero cumplimiento de la voluntad de Dios, ni se alcanza esa justicia superior que preconiza el sermón del monte (5,20). El amor al prójimo no sustituye el amor de Dios ni se identifica con él, pero es tan importante como amar a Dios (cfr. 1 Jn 4,20). Al colocar estos dos mandamientos como el eje de toda la Escritura, Jesús pone en primer lugar la actitud filial con respecto a Dios y la solidaridad interhumana como los fundamentos de toda vida religiosa.

³⁸Éste es el precepto más importante; ³⁹pero el segundo es equivalente:
Amarás al prójimo como a ti mismo.

⁴⁰De estos dos mandamientos dependen la ley entera y los profetas.

Sobre el Mesías y David⁸⁷

(Mc 12,35-37; Lc 20,41-44)

⁴¹Estando reunidos los fariseos, Jesús les hizo esta pregunta:

⁴²—¿Qué piensan acerca del Mesías? ¿De quién es hijo?

Ellos le responden:

—De David.

⁴³Él les dijo:

—Entonces, ¿cómo David, inspirado, lo llama Señor, diciendo:

⁴⁴*Dijo el Señor a mi Señor:*

Siéntate a mi derecha

hasta que ponga a tus enemigos

debajo de tus pies?

⁴⁵Si David lo llama Señor, ¿cómo puede ser su hijo?

⁴⁶Ninguno pudo darle una respuesta, y en adelante nadie se atrevió a hacerle preguntas.

Invectiva contra los letrados y los fariseos⁸⁸

23 ¹Entonces Jesús, dirigiéndose a la multitud y a sus discípulos, ²dijo:
—En la cátedra de Moisés se han sentado los letrados y los fariseos. ³Ustedes hagan y cumplan lo que ellos digan, pero no los imiten; porque dicen y no hacen.

⁴Atan fardos pesados, [díficiles de llevar,] y se los cargan en la espalda a la gente, mientras ellos se niegan a moverlos con el dedo. ⁵Todo lo hacen para exhibirse ante la gente: llevan cintas anchas y flecos llamativos en sus mantos.

⁶Les gusta ocupar los primeros puestos en las comidas y los primeros asientos en las sinagogas; ⁷que los salude la gente por la calle y los llamen maestros.

⁸Ustedes no se hagan llamar maestros, porque uno solo es su maestro, mientras que todos ustedes son hermanos. ⁹En la tierra a nadie llamen padre, pues uno solo es su Padre, el del cielo.

¹⁰Ni se llamen jefes, porque sólo tienen un jefe que es el Mesías. ¹¹El mayor de ustedes que se haga servidor de los demás. ¹²Quien se alaba será humillado, quien se humilla será alabado.

¹³¡Ay de ustedes, letrados y fariseos hipócritas, que cierran a los hombres el reino de los cielos! ¡No entran ni dejan entrar a los que lo intentan!

¹⁴[[¡Ay de ustedes, letrados y fariseos hipócritas, que devoran los bienes de las viudas, mientras hacen largas oraciones para que los tengan por justos! ¡La sentencia para ustedes será más severa!]]

⁸⁷ **22,41-46 Sobre el Mesías y David.** Ahora es Jesús quien abre el debate. La respuesta a la primera pregunta (42) era fácil de responder y de conocimiento común. Pero la segunda pregunta (45) hace referencia a la relación entre el Mesías y el Hijo de Dios. Se trata de un texto de la Escritura (Sal 110,1) en el que David, a quien se atribuyen los Salmos, llama «Señor» al Mesías. David está llamando «Señor» a su descendiente, cuando es el hijo el que llama «Señor» a su padre, y no al revés. Así muestra David que el Mesías no es un mero descendiente suyo.

Muchos judíos esperaban al Mesías como liberador político y solía asociarse al título de Hijo de David. La doble pregunta de Jesús apunta al origen divino y a la verdadera naturaleza del Mesías. Jesús es Hijo de David en razón del linaje humano (cfr. 1,1), pero en su condición de Hijo de Dios es «Señor» de David y superior a él (cfr. 3,17; 16,16; 17,5; 27,54).

La frase final muestra la sabiduría superior de Jesús para interpretar las Escrituras. Sus oponentes, que presumían de un gran conocimiento son reducidos al silencio, manifestación de su ignorancia (46).

⁸⁸ **23,1-36 Invectoria contra los letrados y los fariseos.** Aquí culmina la polémica de la comunidad cristiana con las autoridades religiosas judías. El texto resulta condicionado por las circunstancias y por el género: la redacción probablemente refleja la época en que los cristianos habían sido ya excluidos de la comunidad judía, mientras que el género literario de la «polémica» explica indudables exageraciones o simplificaciones al describir al adversario; algunos rasgos tienen más de caricatura que de retrato —se leen semejantes descripciones en escritos filosóficos polémicos de la época—.

La descripción y caracterización de aquellos grupos de letrados y fariseos no concuerda en todo con lo que sabemos por otras fuentes. En cambio, es posible y conveniente tomar el texto como descripción de tipos que se pueden dar en otros grupos religiosos, incluida la propia comunidad. El discurso se dirige a la multitud «y a los discípulos» (1). Por tanto, las palabras de Jesús deben servir de advertencia para los discípulos de todos los tiempos, ya que siempre se está expuesto a reincidir en los vicios que aquí se condenan más severamente: la arbitrariedad de ciertas imposiciones, la vanidad y ostentación en la observancia de la Ley, la incapacidad para discernir lo importante de lo accidental y secundario y, sobre todo, la falta de correspondencia entre la doctrina y la vida. El hipócrita, como tipo humano, queda desenmascarado.

La religión es cuestión del corazón, tanto en su dimensión vertical, en relación con Dios, como en la horizontal, en relación con el prójimo. Cuando esto no sucede, se convierte en algo que abruma, asfixia y esclaviza.

Jesús respetó la Ley. Más aún, vino a darle todo su sentido y plenitud. Pero ridiculizó su concepción e interpretación farisaica. La crítica de Jesús al legalismo no va dirigida contra la Ley, sino contra aquellos que, amparándose en ella, quieren burlar sus profundas exigencias. Lo primero es el interior, el corazón; posteriormente, y naciendo de él, vendrá lo exterior. Se necesita purificar el corazón con la Palabra de Dios (Jn 15,3), con la respuesta dada a la Palabra de Dios desde la fe o desde la obediencia de la fe (Rom 1,5).

¹⁵¡Ay de ustedes, letrados y fariseos hipócritas, que recorren mar y tierra para ganar un partidario, y cuando lo consiguen, lo hacen doblemente más merecedor del infierno que ustedes!

¹⁶¡Ay de ustedes, guías ciegos, que dicen: Quien jura por el santuario no se compromete, quien jura por el oro del santuario queda comprometido! ¹⁷¡Tontos y ciegos!, ¿qué es más importante? ¿El oro o el santuario que consagra el oro? ¹⁸Dicen: Quien jura por el altar no se compromete, quien jura por la ofrenda que hay sobre el altar queda comprometido. ¹⁹¡Ciegos! ¿Qué es más importante? ¿La ofrenda o el altar que consagra la ofrenda? ²⁰Porque quien jura por el altar jura por él y por cuanto hay sobre él; ²¹y quien jura por el santuario jura por él y por quien lo habita; ²²y quien jura por el cielo jura por el trono de Dios y por el que está sentado en él.

²³¡Ay de ustedes, letrados y fariseos hipócritas, que pagan el impuesto de la menta, del anís y del comino, y descuidan lo más importante de la ley: la justicia, la misericordia y la fe! ¡Eso es lo que hay que observar, sin descuidar lo otro! ²⁴¡Guías ciegos, que cuelan el mosquito y se tragan el camello!

²⁵¡Ay de ustedes, letrados y fariseos hipócritas, que limpian por fuera la copa y el plato, mientras por dentro están llenos de inmoralidad y robos! ²⁶¡Fariseo ciego, limpia primero por dentro la copa y así quedará limpia por fuera!

²⁷¡Ay de ustedes, letrados y fariseos hipócritas, que parecen sepulcros blanqueados: por fuera son hermosos, por dentro están llenos de huesos de muertos y de toda clase de inmundicia! ²⁸Así también son ustedes, por fuera parecen honrados delante de la gente, pero por dentro están llenos de hipocresía y maldad.

²⁹¡Ay de ustedes, letrados y fariseos hipócritas, que construyen sepulcros grandiosos a los profetas y monumentos a los justos, ³⁰mientras comentan: Si hubiéramos vivido en tiempo de nuestros antepasados, no habríamos participado en el asesinato de los profetas. ³¹Con lo cual reconocen que son descendientes de los que mataron a los profetas. ³²Ustedes, pues, terminen de hacer lo que iniciaron sus antepasados. ³³¡Serpientes, raza de víboras! ¿Cómo evitarán el juicio del infierno?

³⁴Miren, para eso les estoy enviando profetas, sabios y letrados: a unos los matarán y crucificarán, a otros los azotarán en las sinagogas y los perseguirán de ciudad en ciudad. ³⁵Así recaerá sobre ustedes toda la sangre inocente derramada en la tierra, desde la sangre del justo Abel hasta la sangre de Zacarías, hijo de Baraquías, a quien ustedes mataron entre el santuario y el altar.

³⁶Les aseguro que todo recaerá sobre esta generación.

Lamentación por Jerusalén⁸⁹

(Lc 13,34s)

³⁷¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los enviados! ¡Cuántas veces intenté reunir a tus hijos como la gallina reúne los pollitos bajo sus alas, y tú te negaste! ³⁸Por eso, la casa de ustedes quedará desierta. ³⁹Les digo que a partir de ahora no volverán a verme hasta que digan:

*Bendito el que viene
en el nombre del Señor.*

⁸⁹ **23,37-39 Lamentación por Jerusalén.** Toda esta sección que ha tenido lugar en Jerusalén termina ahora con un lamento. Estas últimas palabras de Jesús se dirigen especialmente a los líderes religiosos de la Ciudad Santa, que siempre mantuvieron una actitud de recelo y sospecha hacia Jesús y, por eso, no recibieron la salvación de Dios. Los cargos son dos: haber matado a los profetas y haber rechazado la invitación de Jesús (37). Por lo tanto, Dios dejará de habitar en el Templo (38) y Jesús el Mesías no se presentará allí hasta regresar como juez con la venida plena del reino de Dios. Jesús deja Jerusalén a su propia suerte. Sin embargo, la perspectiva no es de una oscuridad sin aurora, porque llegará el día en que dirán «bendito el que viene en nombre del Señor» (39; cfr. Sal 118,26). Esta promesa coincide con el anuncio de Pablo en Rom 11,26.

Sobre la destrucción del Templo⁹⁰

(Mc 13,1s; Lc 21,5s)

24¹Jesús salió del templo y, mientras caminaba, se le acercaron los discípulos y le señalaron las construcciones del templo. ²Él les contestó:

—¿Ven todo eso? Les aseguro que se derrumbará sin que quede piedra sobre piedra.

Comienzo de los dolores

(Mc 13,3-8; Lc 21,7-11)

³Estando sentado en el monte de los Olivos, se le acercaron los discípulos aparte y le preguntaron:

—Dinos cuándo sucederá eso y cuál es la señal de tu llegada y del fin del mundo.

⁴Jesús les respondió:

—¡Tengan cuidado, y que nadie los engañe! ⁵Porque muchos se presentarán en mi nombre, diciendo que son el Mesías, y engañarán a muchos. ⁶Oirán hablar de guerras y noticias de guerras. ¡Tengan cuidado y no se alarmen! Todo eso ha de suceder, pero todavía no es el final. ⁷Se alzarán pueblo contra pueblo, reino contra reino. Habrá carestías y terremotos en diversos lugares. ⁸Todo eso es el comienzo de los dolores de parto.

⁹Los entregarán para torturarlos y matarlos; todos los pueblos los odiarán a causa de mi nombre. ¹⁰Entonces muchos fallarán, se traicionarán y se odiarán mutuamente. ¹¹Surgirán muchos falsos profetas que engañarán a muchos. ¹²Y, al crecer la maldad, se enfriará el amor de muchos. ¹³Pero el que aguante hasta el final se salvará.

(Mc 13,12)

¹⁴La Buena Noticia del reino se proclamará a todas las naciones, y entonces llegará el final.

La gran tribulación⁹¹

(Mc 13,14-20; Lc 21,20-24)

¹⁵Cuando vean instalado en el lugar sagrado el ídolo abominable anunciado por el profeta Daniel —el lector que lo entienda—, ¹⁶entonces los que viven en Judea que escapen a los montes; ¹⁷el que esté en la azotea que no baje a recoger sus cosas; ¹⁸el que se encuentre en el campo que no vuelva a buscar el manto. ¹⁹¡Ay de las embarazadas y de las que tengan niños pequeños en aquellos días! ²⁰Recen para que la huida no suceda en invierno o en sábado. ²¹Habrà una tribulación tan grande como no la hubo desde el comienzo del mundo hasta ahora, ni la habrá en el futuro. ²²Si no se acertara aquel tiempo, no se salvaría ni uno. Pero, en atención a los elegidos, se acertará aquel tiempo.

⁹⁰ **24,1-14 Sobre la destrucción del Templo – Comienzo de los dolores.** Los capítulos 24s de Mateo constituyen una unidad. En ellos se incluye el último de los cinco discursos en torno a los cuales hace Mateo girar su evangelio, el llamado «discurso escatológico». Se divide en tres partes: descripción de sucesos futuros (24,1-44), parénesis sobre la vigilancia (24,45-25,30), y parábola del juicio (25,31-46).

Mateo se imagina a Jesús saliendo del Templo y volviendo a contemplarlo a cierta distancia. Esa imagen tiene valor simbólico: Jesús sale del Templo por última vez, lo deja atrás para siempre y se reúne con sus discípulos, la nueva comunidad. El Templo magnífico, de gigantescos sillares, construido por Herodes el Grande, es el trampolín para saltar al tema del discurso.

Éste es probablemente el texto más difícil de interpretar en el evangelio de Mateo, porque muchos sucesos eran futuros y desconocidos en sus detalles y porque se sobreponen las perspectivas. Los apóstoles parecen fundir y confundir dos cosas: la destrucción del Templo y el fin del mundo cuando venga el Mesías. Piden señales precisas para fabricarse un calendario seguro y razonablemente exacto. La curiosidad se mezcla con el temor.

En su respuesta, Jesús rehúsa toda determinación temporal; transforma la información en exhortación a la vigilancia frente a tribulaciones ciertas, a la expectación de lo súbito. Los discípulos preguntan dos cosas (3) sin definir su relación; «eso» es la destrucción del Templo, «tu llegada» es la parusía, la venida con gloria de Jesús el Señor, que coincide con el fin del mundo.

Una serie de acontecimientos tremendos (4-14) sucederá al final; pero no se pueden ordenar en un calendario. Dominará la anarquía interior, las guerras entre pueblos, las catástrofes naturales, las persecuciones, todo ello junto con los dolores de parto de la nueva y definitiva era. Por tanto, hay que aguantar y esperar, pues la causa ennoblecerá el sufrimiento (9), se predicará a todos la Buena Noticia (14) y los fieles se salvarán (13).

El fin del mundo —en el sentido corriente de la expresión— no es inmediato. Tiene que haber unos signos previos. Pero los signos enumerados nunca deben entenderse como fechas indicadoras del momento en que tendrá lugar. Cuantas veces se han ensayado los cálculos para determinarlo, otras tantas se ha comprobado el error. El cálculo del momento preciso en que tendrá lugar ese fin total va directamente en contra del mismo evangelio, de todos aquellos pasajes que exhortan a la vigilancia: la necesidad de estar alerta (25,13), de hacer rendir los talentos recibidos (25,14-30) y de ayudar a los hermanos necesitados (25,31-46). Si el evangelio nos proyecta hacia el futuro, es para invitarnos a una inserción más comprometida con la historia presente.

⁹¹ **24,15-28 La gran tribulación.** El texto utiliza aquí el lenguaje característico de los escritos apocalípticos. Aunque la descripción se refiere más concretamente a la destrucción de Jerusalén, la intención principal es animar a los discípulos a aprender de esa desolación y a guardarse de declaraciones prematuras sobre la venida del Hijo del Hombre. La gran tribulación (21) pondrá en peligro la fe e incluso la salvación de los elegidos, pero Dios mismo intervendrá por amor a ellos y hará que se abrevien aquellos días (22). Habrá que cuidarse de los falsos mesías y falsos profetas (23-28) que serán capaces de engañar hasta a los mismos elegidos. La repetida exhortación «no le crean», «no hagan caso» (23,26) recomienda la actitud que es preciso asumir frente a los seductores.

Las conmociones cósmicas con imágenes tan desoladoras quieren indicar que el juicio final puede llegar igual de repentina e inesperadamente a cada persona.

(Mc 13,21-23)

²³Entonces, si alguien les dice que el Mesías está aquí o allí, no le crean. ²⁴Surgirán falsos mesías y falsos profetas, que harán milagros y prodigios, hasta el punto de engañar, si fuera posible, incluso a los elegidos. ²⁵Miren que los he prevenido.

²⁶Si les dicen: Miren, está en el desierto, no salgan; o: Miren, está en un lugar secreto, no hagan caso. ²⁷Porque como el relámpago que aparece en el oriente y brilla hasta el occidente, así será la llegada del Hijo del Hombre. ²⁸Donde esté el cadáver allí se reunirán los buitres.

La parusía⁹²

(Mc 13,24-27; Lc 21,25-28)

²⁹Inmediatamente después de esa tribulación, el sol se oscurecerá, la luna no irradiará su resplandor; las estrellas caerán del cielo y los ejércitos celestes temblarán. ³⁰Entonces aparecerá en el cielo la señal del Hijo del Hombre. Todas las razas del mundo harán duelo y verán *al Hijo del Hombre llegar en las nubes del cielo*, con gloria y poder grande. ³¹Enviará a sus ángeles a reunir, con un gran toque de trompeta, a los elegidos de los cuatro vientos, de un extremo a otro del cielo.

El ejemplo de la higuera⁹³

(Mc 13,28-31; Lc 21,29-33)

³²Aprendan el ejemplo de la higuera: cuando las ramas se ponen tiernas y brotan las hojas, saben que está cerca la primavera. ³³Lo mismo ustedes, cuando vean que sucede todo eso, sepan que el fin está cerca, a las puertas. ³⁴Les aseguro que no pasará esta generación antes de que suceda todo eso. ³⁵Cielo y tierra pasarán, mas mis palabras no pasarán.

Sobre el día y la hora

(Mc 13,32)

³⁶En cuanto al día y a la hora, no los conoce nadie, ni los ángeles del cielo ni el Hijo; sólo los conoce el Padre.

(cfr. Lc 17,26-36)

³⁷La llegada del Hijo del Hombre será como en tiempos de Noé: ³⁸en [aquellos] días anteriores al diluvio la gente comía y bebía y se casaban, hasta que Noé se metió en el arca. ³⁹Y ellos no se enteraron hasta que vino el diluvio y se los llevó a todos. Así será la llegada del Hijo del Hombre. ⁴⁰Estarán dos hombres en un campo: a uno se lo llevarán, al otro lo dejarán; ⁴¹dos mujeres estarán moliendo: a una se la llevarán, a la otra la dejarán. ⁴²Por tanto estén prevenidos porque no saben el día que llegará su Señor.

(Lc 12,39s)

⁴³Ustedes ya saben que si el dueño de casa supiera a qué hora de la noche va a llegar el ladrón, estaría vigilando y no permitiría que asalten su casa. ⁴⁴Por tanto, estén preparados, porque el Hijo del Hombre llegará cuando menos lo esperen.

⁹² **24,29-31 La parusía.** La llegada final del Mesías se construye con rasgos proféticos y apocalípticos; es un lenguaje sumamente figurativo, que se utiliza para comunicar la verdad de que el juicio y vindicación inminentes los ha de llevar a cabo el Hijo del Hombre en nombre de Dios. Mientras los acontecimientos, antes descritos, se insertaban en la trama de la historia presente, la parusía marca el fin de la historia: es la meta, el acontecimiento último y decisivo que da sentido a toda la historia. Cada generación experimenta el juicio del Hijo del Hombre, y los que hayan perseverado hasta el fin obtendrán la salvación definitiva. La tradición iconográfica cristiana ha identificado el «estandarte» (la señal) con la cruz (30).

⁹³ **24,32-44 El ejemplo de la higuera – Sobre el día y la hora.** El momento del juicio final es desconocido; se trata de una ignorancia intencionada que debe suscitar la vigilancia y que no debe confundirse con despreocupación en el tiempo presente. El comentario que sigue a la comparación de la higuera es una nueva invitación al discernimiento, la actitud que más deben cultivar los discípulos mientras se acerca el momento final.

La venida inminente se debe entender, no tanto como cercanía temporal, sino como cercanía teológica. Lo que aparece aquí y en las parábolas que siguen es la certeza de que el Señor puede volver en cualquier momento, y esta certeza debe impulsar a la comunidad a no instalarse y a no buscar en el mundo una ciudad permanente.

Cuando del hecho se pasa a la fecha, la respuesta es bien clara: nadie sabe nada... sólo el Padre (36). La ignorancia sobre el día y la hora ha de conjugarse con la certeza de que el Hijo del Hombre vendrá. Hay que estar alerta y preparados.

En medio de tantas incertidumbres, cuando todo parece caer y desmoronarse, Jesús ofrece a los creyentes un punto de apoyo inmovible: «cielo y la tierra pasarán, mas mis palabras no pasarán» (35).

Vigilancia⁹⁴

(Lc 12,42-48; cfr. Mc 13,34-37)

⁴⁵¿Quién es el sirviente fiel y prudente, encargado por su señor de repartir a sus horas la comida a los de casa? ⁴⁶Dichoso el sirviente a quien su señor, al llegar, lo encuentre trabajando así. ⁴⁷Les aseguro que le encomendará todas sus posesiones.

⁴⁸En cambio, si un sirviente malo, pensando que su señor tardará, ⁴⁹se pone a pegar a los compañeros, a comer y beber con los borrachos, ⁵⁰vendrá el señor de aquel sirviente, el día y la hora menos pensada ⁵¹y lo castigará dándole el destino de los hipócritas. Allí será el llanto y el crujir de dientes.

Parábola de los diez jóvenes⁹⁵

(cfr. Lc 12,35-40)

25 ¹Entonces el reino de los cielos será como diez muchachas que salieron con sus lámparas a recibir al novio. ²Cinco eran necias y cinco prudentes. ³Las necias tomaron sus lámparas pero no llevaron aceite. ⁴Las prudentes llevaban frascos de aceite con sus lámparas. ⁵Como el novio tardaba, les entró el sueño y se durmieron.

⁶A media noche se oyó un clamor: ¡Aquí está el novio, salgan a recibirlo! ⁷Todas las muchachas se despertaron y se pusieron a preparar sus lámparas. ⁸Las necias pidieron a las prudentes: ¿Pueden darnos un poco de aceite?, porque se nos apagan las lámparas. ⁹Contestaron las prudentes: No, porque seguramente no alcanzará para todas; es mejor que vayan a comprarlo a la tienda.

¹⁰Mientras iban a comprarlo, llegó el novio. Las que estaban preparadas entraron con él en la sala de bodas y la puerta se cerró. ¹¹Más tarde llegaron las otras muchachas diciendo: Señor, Señor, ábrenos. ¹²Él respondió: Les aseguro que no las conozco.

¹³Por tanto, estén atentos, porque no conocen ni el día ni la hora.

Parábola de los talentos⁹⁶

(Lc 19,11-27)

¹⁴Es como un hombre que partía al extranjero; antes llamó a sus sirvientes y les encomendó sus posesiones. ¹⁵A uno le dio cinco bolsas de oro, a otro dos, a otro una; a cada uno según su capacidad. Y se fue.

¹⁶Inmediatamente el que había recibido cinco bolsas de oro negoció con ellas y ganó otras cinco. ¹⁷Lo mismo el que había recibido dos bolsas de oro, ganó otras dos. ¹⁸El que había recibido una bolsa de oro fue, hizo un hoyo en tierra y escondió el dinero de su señor.

¹⁹Pasado mucho tiempo se presentó el señor de aquellos sirvientes para pedirles cuentas. ²⁰Se acercó el que había recibido cinco bolsas de oro y le presentó otras cinco diciendo: Señor, me diste cinco bolsas de oro; mira, he ganado otras cinco. ²¹Su señor le dijo: Muy bien, sirviente honrado y cumplidor; has sido fiel en lo poco, te pongo al frente de lo importante. Entra en la fiesta de tu señor.

⁹⁴ **24,45-51 Vigilancia.** La parábola de los sirvientes pone de relieve la necesidad de estar preparado y atento ante la falta de vigilancia e invita a la perseverancia. A esta doble conducta corresponden la recompensa o el castigo cuando regrese el dueño de casa.

La parábola destaca la actitud vigilante del servidor a quien ha sido confiada la dirección de la comunidad cristiana. Al servidor responsable se le exige una actitud vigilante e inteligente. En la parábola se destaca cómo el premio del servidor fiel del reino de Dios no podía ser otro que el mismo Dios y su causa. Un premio extraño para una sociedad construida sobre el poder de dominio y el legalismo.

⁹⁵ **25,1-13 Parábola de los diez jóvenes.** La parábola, exclusiva de Mateo, se refiere a la segunda venida de Jesús. Describe la situación de los que viven en la esperanza el tiempo intermedio entre la resurrección y la parusía. El reino de los cielos es comparado, no con diez jóvenes, sino con la celebración solemne de una boda. El centro del mensaje es la necesidad de la preparación.

Dos hechos suceden: el retraso del novio y el sueño de las que esperan. La insensatez de las jóvenes necias no es que se hubieran dormido (todas se durmieron), sino en que no iban preparadas para su misión. No habían contado con un posible retraso del novio y por eso no tuvieron aceite suficiente. La negación de las jóvenes prudentes a compartir el aceite es un rasgo parabólico para hacernos comprender que la preparación requerida es personal e insustituible. No vale apoyarse en la fidelidad de otro.

La respuesta del esposo indica que las jóvenes necias representan a quienes están en la comunidad de los fieles, pero carecen de auténtica entrega y, por tanto, no están preparados. «Por tanto, estén atentos» (13) es una advertencia para que permanezcamos constantemente fieles y entregados a poner en práctica las enseñanzas de Jesús.

⁹⁶ **25,14-30 Parábola de los talentos.** Esta parábola invita también a la diligencia y a la fidelidad mientras se consume el tiempo del juicio de Dios.

Por el contexto se puede afirmar que el punto de tensión de la parábola está en la escena de la rendición de cuentas, y de manera especial en la conducta del sirviente demasiado precavido. Jesús denuncia la inconsecuencia de los que reciben el mensaje del reino y luego pretenden refugiarse en una seguridad estéril.

Los discípulos de Jesús tienen que hacer fructificar los bienes del reino durante el tiempo que se les concede. Éste es para Mateo el «tiempo de la Iglesia». El que no hace fructificar los dones recibidos, aunque sea bajo el pretexto de colocarlos en un lugar seguro, al fin termina por perderlo todo. De igual manera, la comunidad eclesial debe estar alerta y vigilante para no caer en la comodidad y la rutina.

²²Se acercó el que había recibido dos bolsas de oro y dijo: Señor, me diste dos bolsas de oro; mira, he ganado otras dos. ²³Su señor le dijo: Muy bien, sirviente honrado y cumplidor; has sido fiel en lo poco, te pondré al frente de lo importante. Entra en la fiesta de tu señor.

²⁴Se acercó también el que había recibido una bolsa de oro y dijo: Señor, sabía que eres exigente, que cosechas donde no has sembrado y reúnes donde no has esparcido. ²⁵Como tenía miedo, enterré tu bolsa de oro; aquí tienes lo tuyo. ²⁶Su señor le respondió: Sirviente indigno y perezoso, si sabías que cosecho donde no sembré y reúno donde no esparcí, ²⁷tenías que haber depositado el dinero en un banco para que, al venir yo, lo retirase con los intereses. ²⁸Quítenle la bolsa de oro y dénsela al que tiene diez. ²⁹Porque al que tiene se le dará y le sobrá, y al que no tiene se le quitará aun lo que tiene. ³⁰Al sirviente inútil expúlsenlo a las tinieblas de fuera. Allí será el llanto y el crujir de dientes.

El juicio de las naciones⁹⁷

³¹Cuando el Hijo del Hombre llegue con majestad, acompañado de todos sus ángeles, se sentará en su trono de gloria ³²y todas las naciones serán reunidas en su presencia. Él separará a unos de otros, como un pastor separa las ovejas de las cabras. ³³Colocará a las ovejas a su derecha y a las cabras a su izquierda.

³⁴Entonces el rey dirá a los de la derecha: Vengan, benditos de mi Padre, a recibir el reino preparado para ustedes desde la creación del mundo. ³⁵Porque tuve hambre y me dieron de comer, tuve sed y me dieron de beber, era emigrante y me recibieron, ³⁶estaba desnudo y me vistieron, estaba enfermo y me visitaron, estaba encarcelado y me vinieron a ver.

³⁷Los justos le responderán: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te alimentamos, sediento y te dimos de beber, ³⁸emigrante y te recibimos, desnudo y te vestimos? ³⁹¿Cuándo te vimos enfermo o encarcelado y fuimos a visitarte?

⁴⁰El rey les contestará: Les aseguro que lo que hayan hecho a uno solo de éstos, mis hermanos menores, me lo hicieron a mí.

⁴¹Después dirá a los de su izquierda: Apártense de mí, malditos, vayan al fuego eterno preparado para el Diablo y sus ángeles. ⁴²Porque tuve hambre y no me dieron de comer, tuve sed y no me dieron de beber, ⁴³era emigrante y no me recibieron, estaba desnudo y no me vistieron, estaba enfermo y encarcelado y no me visitaron.

⁴⁴Ellos replicarán: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento o sediento, emigrante o desnudo, enfermo o encarcelado y no te socorrimos?

⁴⁵Él responderá: Les aseguro que lo que no hicieron a uno de estos más pequeños no me lo hicieron a mí. ⁴⁶□ Estos irán al castigo perpetuo y los justos a la vida eterna.

Complot para matar a Jesús

(Mc 14,1s; Lc 22,1s; cfr. Jn 11,47-57)

26¹Cuando terminó este discurso, Jesús dijo a sus discípulos:

²—Ya saben que dentro de dos días se celebra la Pascua y el Hijo del Hombre será entregado para ser crucificado.

³Entonces se reunieron los sumos sacerdotes y los ancianos del pueblo en casa del sumo sacerdote Caifás, ⁴y se pusieron de acuerdo para apoderarse de Jesús mediante un engaño y darle muerte. ⁵Pero añadieron que no debía ser durante las fiestas, para que no se amotinara el pueblo.

⁹⁷ **25,31-46 El juicio de las naciones.** La intención de este discurso no es describir los acontecimientos finales, sino que trata de inculcar la preparación necesaria para superar con éxito la prueba final. Y también pretende poner de relieve el significado central de la figura de Jesús, el Hijo del Hombre. Los que son recibidos en el reino son los que tuvieron amor misericordioso con el prójimo.

Las seis maneras de manifestar el amor al prójimo se encuentran en el Antiguo Testamento (Is 58,7; Job 22,6s), pero aquí son manifestación del precepto fundamental del amor. La doctrina de Jesús excluye el espíritu financiero, el hacer algo para conseguir una recompensa de Dios; si así fuera, Dios no tendría más remedio que premiar al fiel. Se podría actuar, entonces, no por Dios sino contra Él, para atarle las manos y obligarle a retribuir a sus devotos. Una tergiversación de la verdadera religión.

La sentencia definitiva se apoya, pues, en los motivos del servicio caritativo al prójimo necesitado. Las obras de misericordia realizadas por amor aparecen liberadas de cualquier clase de limitación que condicione su valor.

Jesús se dirige a todos indistintamente, demostrando así que también fuera del ámbito visible de sus discípulos, de su Iglesia, puede acontecer el reino. La Iglesia no se identifica con el reino, sino que es su humilde servidora. El reino acontece también más allá de sus fronteras visibles; es lo que se ha llamado el «cristianismo anónimo». La escena nos hace comprender que muchos, sin conocer la persona de Jesús, se ajustan a los valores de reino en la entrega y el amor al prójimo, y eso decide su destino. El juez universal está «de incógnito» en todos los pobres de la tierra, oculto en todos los rostros doloridos, pero esa presencia oculta se pondrá de manifiesto en el momento final.

Por otro lado, esta enseñanza de Jesús se dirige a los cristianos que han descuidado su compromiso práctico, para despertarles de su letargo y recordarles que el destino de cada uno se decide en la actitud que tenga ante los necesitados en este tiempo que precede a su venida.

Unción en Betania⁹⁸

(Mc 14,3-9; cfr. Lc 7,36-50; Jn 12,1-8)

⁶Estando Jesús en Betania, en casa de Simón el Leproso, ⁷se le acercó una mujer con un frasco de alabastro lleno de un perfume de mirra carísimo y se lo derramó en la cabeza mientras estaba a la mesa. ⁸Al verlo, los discípulos dijeron indignados:

—¿Por qué este derroche? ⁹Se podía haber vendido bien caro para dar el producto a los pobres.

¹⁰Jesús se dio cuenta y les dijo:

—¿Por qué molestan a esta mujer? Ha hecho una obra buena conmigo. ¹¹A los pobres los tendrán siempre cerca, a mí no siempre me tendrán. ¹²Al derramar el perfume sobre mi cuerpo, estaba preparando mi sepultura. ¹³Les aseguro que en cualquier parte del mundo donde se proclame la Buena Noticia, se mencionará lo que ha hecho ella.

Traición de Judas⁹⁹

(Mc 14,10s; Lc 22,3-6)

¹⁴Entonces uno de los Doce, llamado Judas Iscariote, se dirigió a los sumos sacerdotes ¹⁵y les propuso:

—¿Qué me dan si lo entrego a ustedes?

Ellos se pusieron de acuerdo en treinta monedas de plata. ¹⁶Desde aquel momento buscaba una ocasión para entregarlo.

⁹⁸ **26,6-13 Unción en Betania.** Mateo no da el nombre de la mujer; Juan, en el capítulo 12, la identifica con María, la hermana de Lázaro.

El perfume en la cabeza de Jesús no es unción (cfr. 1 Sm 10,1; 2 Re 9,6), sino un gesto espléndido y público de estima. Los discípulos lo califican de derroche, se podía emplear mejor en beneficio de los pobres (19,21). Jesús los corrige públicamente interpretando el significado profundo del gesto:

1. En primer lugar, expresa el afecto a su persona, «conmigo» (10). En el texto aludido (Dt 15,1-11) se dice que, por el egoísmo de unos, habrá pobreza en Israel; mientras que la mujer muestra la generosidad del amor (6,22s).

2. El gesto anticipa la unción sepulcral y como tal la recibe Jesús en vida, consciente de su muerte próxima.

3. El gesto conservará para siempre un valor eclesial: su recuerdo será ejemplar (Prov 22,9).

El pasaje «a los pobres los tendrán siempre cerca, a mí no siempre me tendrán» (11) ha sido muchas veces mal-interpretado. Jesús no se opone —todo lo contrario— al progreso social y al esfuerzo por mejorar la vida de los pobres. Lo que el texto hace notar es que, mientras Él estaba presente, lo más importante era tomar conciencia de su presencia y actuar de manera consecuente.

Lo que había hecho la mujer no podía hacerse más tarde, cuando Él ya no estuviera en la tierra. Sus discípulos, en cambio, tendrían mucho futuro por delante para ocuparse de los pobres (25,31-46). Por otra parte, Jesús llega a ser el pobre por excelencia: sentenciado a muerte, traicionado por un amigo, incomprendido por sus discípulos y con la mirada fija en el fin ya cercano, era la viva personificación del Siervo sufriente.

Conviene recordar que el mensaje de la Escritura no contiene un programa social concreto para erradicar definitivamente la miseria humana sobre la tierra, pero pone siempre ante nuestros ojos la realidad de la pobreza y las necesidades de los pobres: «lo que hayan hecho a uno solo de éstos, mis hermanos menores, me lo hicieron a mí» (25,40).

⁹⁹ **26,14-16 Traición de Judas.** Éste es quizás el hecho más desconcertante que narran los evangelios. Cuesta mucho pensar, en efecto, que Jesús haya sido traicionado por uno de sus seguidores más íntimos.

Los primeros cristianos percibieron la dificultad y recurrieron a las Escrituras para demostrar que incluso en un acto tan vil se cumplía el designio de Dios.

Las razones de Judas Iscariote para cometer esta traición pudieron ser su amor al dinero, la ambición, la envidia o la desilusión.

La fidelidad de la mujer en casa de Simón contrasta fuertemente con la infidelidad de uno de los Doce.

Preparación de la cena pascual¹⁰⁰

(Mc 14,12-16; Lc 22,7-13)

¹⁷El primer día de los Ázimos se acercaron los discípulos a Jesús y le preguntaron:

—¿Dónde quieres que te preparemos la cena de Pascua?

¹⁸Él les contestó:

—Vayan a la ciudad, a la casa de tal persona, y díganle: El maestro dice: mi hora está próxima; en tu casa celebraré la Pascua con mis discípulos.

¹⁹Los discípulos prepararon la cena de Pascua siguiendo las instrucciones de Jesús.

Anuncio de la traición

(Mc 14,17-21; cfr. Lc 22,21-23; Jn 13,21-30)

²⁰Al atardecer se puso a la mesa con los Doce. ²¹Mientras comían, les dijo:

—Les aseguro que uno de ustedes me va a entregar.

²²Muy tristes, empezaron a preguntarle uno por uno:

—¿Soy yo, Señor?

²³Él contestó:

—El que se ha servido de la misma fuente que yo, ése me entregará. ²⁴El Hijo del Hombre se va, como está escrito de él; pero, ¡ay de aquél por quien el Hijo del Hombre será entregado! Más le valdría a ese hombre no haber nacido.

²⁵Le dijo Judas, el traidor:

—¿Soy yo, maestro?

Le respondió Jesús:

—Tú lo has dicho.

Institución de la Eucaristía

(Mc 14,22-26; Lc 22,14-20;

cfr. Jn 6,51-59; 1Cor 11,23-25)

²⁶Mientras cenaban, Jesús tomó pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio a sus discípulos diciendo:

—Tomen y coman, esto es mi cuerpo.

²⁷Tomando la copa, pronunció la acción de gracias y se la dio diciendo:

—Beban todos de ella, ²⁸porque ésta es mi sangre de la alianza, que se derrama por todos para el perdón de los pecados. ²⁹Les digo que en adelante no beberé de este fruto de la vid hasta el día en que beba con ustedes el vino nuevo en el reino de mi Padre.

³⁰Cantaron los salmos y salieron hacia el monte de los Olivos.

¹⁰⁰ **26,17-30 Preparación de la cena pascual – Anuncio de la traición – Institución de la Eucaristía.** En el relato de la pasión de Mateo, Jesús domina en todo momento la situación y va marcando sus tiempos. No conoce todos los detalles del complot que sus adversarios han tramado contra Él, pero va descubriendo que su entrega responde al plan de Dios, manifestado en las Escrituras.

Hay una diferencia sutil en el modo en que los discípulos se dirigen a Jesús. Todos, menos Judas, le llaman «Señor» y reconocen así su autoridad y su poder. Judas, sin embargo, le llama «rabbí» (maestro), un apelativo que utilizan los adversarios de Jesús y que tiene para Mateo un significado negativo (23,7; 26,49). Judas habla como los enemigos de Jesús, porque no ha comprendido que Él es el Señor.

Jesús repite gestos de la celebración de la Pascua judía, como repartir el pan y pasar la copa, pero le da a estos gestos un significado nuevo a través de las palabras que pronuncia sobre ellos que hacen referencia, no al acontecimiento del Éxodo, sino a su propia muerte: el pan partido y entregado es su propio cuerpo y el vino es su sangre derramada por todos. Jesús se presenta como el nuevo cordero pascual a través del cual se va a establecer una nueva alianza.

La palabra «cuerpo» no es solamente la parte material del ser humano, sino toda la persona en cuanto que es capaz de expresarse y de relacionarse con los demás. Al decir «mi cuerpo», Jesús evoca toda su persona y toda su vida, entregada hasta la muerte. El pan, que es uno en las manos de Jesús, al ser compartido, une a todos los que participan en la comida comunitaria, ya que todos participan de la misma fuente de vida.

Las palabras de Jesús son un compendio de lo que había sido su vida y misión: una vida entregada y destrozada por todos. Pero, al mismo tiempo, son una explicación del sentido de su sufrimiento y muerte expiatorios y redentores en la cruz.

Ante la inminencia de su muerte, Jesús manifiesta una inquebrantable confianza en el triunfo de Dios, y expresa su confianza con la imagen del banquete que en la Biblia simboliza con frecuencia el gozo final de los elegidos; y en este contexto indica la comunión perfecta de los discípulos con su Señor y con el mismo Dios: «no beberé de este fruto de la vid hasta el día en que beba con ustedes el vino nuevo en el reino de mi Padre» (29).

Anuncia el abandono de sus discípulos¹⁰¹

(Mc 14,27-31; Lc 22,31-34; cfr. Jn 13,36-38)

³¹Entonces Jesús les dijo:

—Esta noche todos van a fallar por mi causa, como está escrito:

*Heriré al pastor
y se dispersarán
las ovejas del rebaño.*

³²Pero cuando resucite, iré delante de ustedes a Galilea.

³³Pedro le contestó:

—Aunque todos fallen esta noche, yo no fallaré.

³⁴Jesús le respondió:

—Te aseguro que esta noche, antes de que cante el gallo, me habrás negado tres veces.

³⁵Pedro le replicó:

—Aunque tenga que morir contigo, no te negaré.

Lo mismo dijeron los demás discípulos.

Oración en el huerto¹⁰²

(Mc 14,32-42; cfr. Lc 22,39-46)

³⁶Entonces Jesús fue con ellos a un lugar llamado Getsemaní y dijo a sus discípulos:

—Siéntense aquí mientras yo voy allá a orar.

³⁷Tomó a Pedro y a los dos hijos de Zebedeo y empezó a sentir tristeza y angustia.

³⁸Les dijo:

—Siento una tristeza de muerte; quédense aquí, y permanezcan despiertos conmigo.

³⁹Se adelantó un poco y, postrado su rostro en tierra, oró así:

—Padre, si es posible, que se aparte de mí esta copa. Pero no se haga mi voluntad, sino la tuya.

⁴⁰Volvió a donde estaban los discípulos. Los encontró dormidos y dijo a Pedro:

—¿Será posible que no han sido capaces de estar despiertos una hora conmigo? ⁴¹Estén atentos y oren para no caer en la tentación. El espíritu está dispuesto, pero la carne es débil.

⁴²Por segunda vez se alejó a orar:

—Padre, si esta copa no puede pasar sin que yo la beba, que se haga tu voluntad.

⁴³Volvió de nuevo y los encontró dormidos, porque tenían mucho sueño. ⁴⁴Los dejó y se apartó por tercera vez repitiendo la misma oración. ⁴⁵Después se acercó a los discípulos y les dijo:

—¡Todavía dormidos y descansando! Está próxima la hora en que el Hijo del Hombre será entregado en poder de los pecadores. ⁴⁶Levántense, vamos; imiren! se acerca el que me entrega.

Arresto de Jesús¹⁰³

(Mc 14,43-50; Lc 22,47-53; cfr. Jn 18,1-11)

⁴⁷Todavía estaba hablando cuando llegó Judas, uno de los Doce, acompañado de gente armada de espadas y palos, enviada por los sumos sacerdotes y los ancianos del pueblo. ⁴⁸El traidor les había dado una contraseña: Al que yo bese, ése es; arréstenlo. ⁴⁹Enseguida, acercándose a Jesús le dijo:

—¡Buenas noches, maestro!

¹⁰¹ **26,31-35 Anuncia el abandono de sus discípulos.** Segundo anuncio trágico donde los discípulos fallan en la gran prueba (cfr. 6,13) y se dispersan como ovejas; pero su caída no será definitiva, porque el pastor los volverá a reunir, ya resucitado, en Galilea.

Mateo indica repetidamente que Jesús está «con sus discípulos» (26,18.20.23.29.38.40.51). Sin embargo, los discípulos no están realmente con Jesús. Judas lo entregará en manos de sus adversarios; Pedro, Santiago y Juan no serán capaces de velar ni siquiera una hora con Él; los que antes habían profesado su fe en Él, lo abandonarán y huirán; el mismo Pedro, que había hecho una firme confesión de fidelidad (33-35), lo negará tres veces.

¹⁰² **26,36-46 Oración en el huerto.** En esta escena quiere el narrador revelarnos algo de la espiritualidad íntima de Jesús, su angustia humana mortal: su tristeza, la angustia que siente ante la muerte cercana, su obediencia filial a la voluntad del Padre; en una palabra, la verdadera humanidad del Hijo de Dios. Sólo el grito de abandono en la cruz tendrá un dramatismo semejante (27,46). También se puede comparar este pasaje, con «La prueba en el desierto» (4,1-11).

En la lucha, triunfa la entrega plena y confiada a la voluntad del Padre. Dos peticiones del Padrenuestro resuenan en la escena: «hágase tu voluntad», «no nos dejes caer en la tentación». Esta oración de Jesús es el modelo de oración de todo creyente ante situaciones límites donde se pierde el sentido de la vida y se pone a prueba la fe ante el silencio de Dios.

Mateo nos muestra además al hombre angustiado que busca compañía: «con ellos» (36), «conmigo» (38.40), y no la encuentra. El sueño inconsciente de los tres íntimos le hace sentir más la soledad.

¹⁰³ **26,47-56 Arresto de Jesús.** En toda la escena del arresto, según Mateo, Jesús domina la situación, como el Siervo del Señor (Is 42,3s). Reprime la violencia, aun la defensiva, de uno de los suyos; acepta el beso traidor; denuncia sin oponer resistencia la violencia injustificada de la turba. No es un bandido peligroso, sino un maestro público y pacífico. Podría desplegar fuerzas superiores, pero su fuerza reside en aceptar el designio del Padre: así está anunciado en la Escritura, así tiene que suceder.

Jesús exhorta a sus discípulos a no utilizar la violencia, ni siquiera para defender una causa justa. Él ha elegido el camino del amor y la misericordia, que rompen la interminable espiral que genera la violencia. Esta enseñanza adquiere una fuerza especial al estar colocada justo en el momento en que Jesús está siendo víctima de la violencia.

Y le dio un beso. ⁵⁰Jesús le dijo:

—Amigo, ¿a qué has venido?

Entonces se acercaron, le echaron mano y arrestaron a Jesús. ⁵¹Uno de los que estaban con Jesús desenvainó la espada y de un tajo cortó una oreja al sirviente del sumo sacerdote.

⁵²Jesús le dijo:

—Envaina la espada: Quien a espada mata, a espada muere. ⁵³¿Crees que no puedo pedirle al Padre que me envíe enseguida más de doce legiones de ángeles? ⁵⁴Pero entonces, ¿cómo se cumplirá lo que está escrito, que esto tiene que suceder?

⁵⁵Entonces Jesús dijo a la multitud:

—Como si se tratara de un asaltante han salido armados de espadas y palos para capturarme. Diariamente me sentaba en el templo a enseñar y no me arrestaron. ⁵⁶Pero todo eso sucede para que se cumplan las profecías.

Entonces todos los discípulos lo abandonaron y huyeron.

Jesús ante el Consejo¹⁰⁴

(Mc 14,53s; Lc 22,54s; cfr. Jn 18,12-16)

⁵⁷Los que lo habían arrestado lo condujeron a casa del sumo sacerdote Caifás, donde se habían reunido los letrados y los ancianos. ⁵⁸Pedro le fue siguiendo a distancia hasta el palacio del sumo sacerdote. Entró y se sentó con los empleados para ver en qué acababa aquello.

(Mc 14,55-61a)

⁵⁹Los sumos sacerdotes y el Consejo en pleno buscaban un testimonio falso contra Jesús que permitiera condenarlo a muerte. ⁶⁰Y, aunque se presentaron muchos testigos falsos, no lo encontraron. Finalmente se presentaron dos ⁶¹que declararon:

—Este ha dicho: Puedo derribar el santuario de Dios y reconstruirlo en tres días.

⁶²El sumo sacerdote se puso en pie y le dijo:

—¿No respondes a lo que éstos declaran contra ti?

^{63a}Pero Jesús seguía callado.

(Mc 14,61b-64; Lc 22,66-71; cfr. Jn 18,19-21)

^{63b}El sumo sacerdote le dijo:

—Por el Dios vivo te conjuro para que nos digas si eres el Mesías, el Hijo de Dios.

⁶⁴Jesús le respondió:

—Tú lo has dicho. Y añadido que desde ahora *verán al Hijo del Hombre sentado a la derecha del Todopoderoso y llegando en las nubes del cielo.*

⁶⁵Entonces el sumo sacerdote, rasgándose sus vestiduras, dijo:

—¡Ha blasfemado! ¿Qué falta nos hacen los testigos? Acaban de oír la blasfemia. ⁶⁶¿Cuál es el veredicto de ustedes?

Respondieron:

—Reo de muerte.

(Mc 14,65; Lc 22,63-65; cfr. Jn 18,22s)

⁶⁷Entonces le escupieron al rostro, le dieron bofetadas y lo golpeaban ⁶⁸diciendo:

—Mesías, adivina quién te ha pegado.

¹⁰⁴ **26,57-68 Jesús ante el Consejo.** En el relato de Mateo, el proceso de Jesús ante el Consejo procede con fluidez y coherencia. Pero no pensemos que es una redacción puntual de un taquígrafo. En el fondo, se trata de legalizar la muerte de Jesús previamente decidida. La cuestión se centra en el mesianismo trascendente de Jesús, no en su mesianismo político que esperaba parte del pueblo, ni el mesianismo simple de un rey descendiente de David, sino más bien el de quien tiene un trono a la derecha de Dios (Sal 110,1) y recibe del Altísimo el poder supremo y universal (Dn 7,13). Si Jesús se arroga sin fundamento semejante título, es blasfemo y merece la muerte. Si lo posee realmente, es Él quien, juzgado, juzga. Jesús, conjurado por el sumo sacerdote del momento, pronuncia un testimonio que lo lleva a la muerte: testigo y mártir.

A la condena siguen las burlas (67). Esta escena, lo mismo que la burla de los soldados (27,27-31), está teñida de ironía, pues los jefes de los sacerdotes y los ancianos, queriendo ultrajar a Jesús, están en realidad confesando su verdadera identidad, como bien saben los lectores del evangelio.

Negaciones de Pedro¹⁰⁵

(Mc 14,66-68; Lc 22,56s; cfr. Jn 18,17s)

⁶⁹Pedro estaba sentado fuera, en el patio. Se le acercó una sirvienta y le dijo:

—Tú también estabas con Jesús el Galileo.

⁷⁰Él lo negó delante de todos:

—No sé lo que dices.

(Mc 14,69-72; Lc 22,58-62; cfr. Jn 18,25-27)

⁷¹Salíó al portal, lo vio otra sirvienta y dijo a los que estaban allí:

—Éste estaba con Jesús el Nazareno.

⁷²De nuevo lo negó jurando que no conocía a aquel hombre. ⁷³Al poco tiempo se acercaron los que estaban allí y dijeron a Pedro:

—Realmente tú eres uno de ellos, el acento te delata.

⁷⁴Entonces empezó a echar maldiciones y a jurar que no lo conocía. En ese momento cantó un gallo ⁷⁵y Pedro recordó lo que había dicho Jesús: Antes de que cante el gallo, me habrás negado tres veces. Y saliendo afuera, lloró amargamente.

Conducido a Pilato¹⁰⁶

(Mc 15,1; Lc 23,1; cfr. Jn 18,28)

27 ¹A la mañana siguiente los sumos sacerdotes y los ancianos del pueblo tuvieron una deliberación para condenar a Jesús a muerte. ²Lo ataron, lo condujeron y lo entregaron a Pilato, el gobernador.

Muerte de Judas¹⁰⁷

(cfr. Hch 1,18s)

³Entonces Judas, el traidor, viendo que lo habían condenado, se arrepintió y devolvió las treinta monedas a los sumos sacerdotes y ancianos, ⁴diciendo:

—He pecado entregando a un inocente a la muerte.

Le contestaron:

—Y a nosotros, ¿qué? Eso es problema tuyo.

⁵Arrojó el dinero en el santuario, se fue y se ahorcó. ⁶Los sumos sacerdotes, recogiendo el dinero, dijeron:

—No es lícito echarlo en la alcancía, porque es precio de una vida.

⁷Y, después de deliberar, compraron el Campo del Alfarero para sepultura de extranjeros. ⁸Por eso aquel campo se llama hasta hoy, Campo de Sangre.

⁹Así se cumplió lo que profetizó Jeremías:

*Tomaron las treinta monedas,
precio del que fue tasado,*

del que tasaron los israelitas,

¹⁰*y con ello pagaron*

el campo del alfarero;

según las instrucciones del Señor.

¹⁰⁵ **26,69-75 Negaciones de Pedro.** Los cuatro evangelios, que reconocen la supremacía indiscutida de Pedro, recogen sin disimulo su pecado y arrepentimiento. Sin duda, lo consideran un dolor de Jesús y una enseñanza para la Iglesia. La negación, situada aquí, contrasta fuertemente con el testimonio de Jesús. El apóstol niega por miedo, no por arrogancia, y se arrepiente pronto y hondamente. Pedro, como la Iglesia, es llamado y perdonado.

Lo que define a un cristiano es «estar con Jesús» (69). Esta dignidad se pierde al ignorarlo, confesando que no se le conoce (72) y se recupera al recordar la palabra de Jesús, que es más firme que todo juramento humano.

La tentación, la única gran tentación, consiste en abandonar el camino del seguimiento de Jesús. Pedro llora amargamente, y su llanto recoge las lágrimas de todos los discípulos vacilantes que en los momentos de prueba siguen negando a Jesús.

¹⁰⁶ **27,1s Conducido a Pilato.** Era competencia romana permitir la ejecución de condenas a muerte. Como se verá después, las autoridades judías buscan algo más: un proceso civil por rebelión, terreno en el cual ellos no son competentes. Pilato representa el poder militar de Roma en la región.

¹⁰⁷ **27,3-10 Muerte de Judas.** Antes de narrar el proceso de Jesús ante Pilato, Mateo describe, a modo de digresión, el trágico final de Judas. La frase «viendo que lo habían condenado» (3) da a entender que Judas había seguido con ansiedad el desarrollo del proceso. Quizás no esperaba que se impusiera a Jesús la pena de muerte, y la gravedad de su traición se hizo presente cuando conoció la sentencia del Gran Consejo.

Antes de morir, Judas añade su testimonio sobre la inocencia de Jesús. Confiesa su pecado, pero desespera del perdón.

Jesús ante Pilato¹⁰⁸

(Mc 15,2-15; Lc 23,ss; cfr. Jn 18,33-38)

¹¹Jesús fue llevado ante el gobernador, el cual lo interrogó:

—¿Eres tú el rey de los judíos?

Contestó Jesús:

—Tú lo has dicho.

¹²Pero, cuando lo acusaban los sumos sacerdotes y los ancianos no respondía nada.

¹³Entonces le dijo Pilato:

—¿No oyes de cuántas cosas te acusan?

¹⁴Pero no respondió una palabra, con gran admiración del gobernador.

Condena de Jesús

(Mc 15,6-15; Lc 23,17-25; cfr. Jn 18,39-19,1.4-16)

¹⁵Por la Pascua acostumbraba el gobernador soltar a un prisionero, el que la gente quisiera.

¹⁶Tenía entonces un preso famoso llamado [Jesús] Barrabás. ¹⁷Cuando estaban reunidos, les preguntó Pilato:

—¿A quién quieren que les suelte? ¿A [Jesús] Barrabás o a Jesús, llamado el Mesías? ¹⁸Ya que le constaba que lo habían entregado por envidia.

¹⁹Estando él sentado en el tribunal, su mujer le envió un recado:

—No te metas con ese inocente, que esta noche en sueños he sufrido mucho por su causa.

²⁰Mientras tanto los sumos sacerdotes y los ancianos persuadieron a la multitud para que pidieran la libertad de Barrabás y la condena de Jesús.

²¹El gobernador tomó la palabra:

—¿A cuál de los dos quieren que les suelte?

Contestaron:

—A Barrabás.

²²Respondió Pilato:

—¿Y qué hago con Jesús, llamado el Mesías?

Contestaron todos:

—Crucifícalo.

²³Él les dijo:

—Pero, ¿qué mal ha hecho?

Sin embargo ellos seguían gritando:

—Crucifícalo.

²⁴Viendo Pilato que no conseguía nada, al contrario, que se estaban amotinando, pidió agua y se lavó las manos ante la gente diciendo:

—No soy responsable de la muerte de este inocente. Es cosa de ustedes.

²⁵El pueblo respondió:

—Que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos.

²⁶Entonces les soltó a Barrabás, y a Jesús lo hizo azotar y lo entregó para que lo crucificaran.

Burla de los soldados¹⁰⁹

(Mc 15,16-20; cfr. Jn 19,2s)

²⁷Entonces los soldados del gobernador condujeron a Jesús al cuartel y reunieron en torno a él a toda la guardia. ²⁸Lo desnudaron, lo envolvieron en un manto escarlata, ²⁹trenzaron una corona de espinas y se la colocaron en la cabeza, y pusieron una caña en su mano derecha. Después, burlándose, se arrodillaban ante él y decían:

—¡Salud, rey de los judíos!

¹⁰⁸ **27,11-26 Jesús ante Pilato – Condena de Jesús.** Tras la interrupción del episodio precedente, continúa el proceso ante Pilato hasta su desenlace fatal. Mateo sigue acumulando testimonios sobre la inocencia de Jesús: la resistencia y los manejos de Pilato, su declaración aparatosa, el sueño de su mujer. Correlativamente, carga la mano sobre la responsabilidad de las autoridades judías y «la multitud» allí reunida (20). En la imprecación final los llama «el pueblo» (25); en esta ampliación de la responsabilidad parece reflejarse la ruptura consumada entre judaísmo y cristianismo y la exclusión oficial de los cristianos por parte de la autoridad judía.

Una lectura superficial de este pasaje de Mateo ha servido algunas veces en la historia para señalar al pueblo judío como el causante y responsable de la muerte de Jesús. Sin embargo, lo que aquí se nos muestra es que en Jesús, el justo, el Mesías, se cumple la voluntad de Dios. El rechazo de su pueblo forma parte de ese plan misterioso de Dios.

¹⁰⁹ **27,27-31 Burla de los soldados.** El motivo de la burla es la acusación que los jefes de los sacerdotes han hecho contra Jesús. Una acusación falsa, pero que será el motivo de su condena. El episodio está narrado con cierta ironía (cfr. 26,67s). Así de desconcertante es la vida de Jesús, del reino y del Dios que proclamó y creyó.

Los lectores del evangelio reconocen a Jesús como Rey, pero saben que no es de este mundo. Contemplar estos gestos brutales les hace entrar más de lleno en el misterio de por qué Jesús ha sido incomprendido y rechazado.

En el momento de mayor humillación es cuando se manifiesta el misterio de Jesús, que ha venido a derramar su sangre por todos.

³⁰Le escupían, le quitaban la caña y le pegaban con ella en la cabeza. ³¹Terminada la burla, le quitaron el manto y lo vistieron con su ropa. Después lo sacaron para crucificarlo.

Crucifixión y muerte de Jesús¹¹⁰

(Mc 15,21-41; cfr. Lc 23,26-49; Jn 19,17-30)

³²A la salida encontraron a un hombre de Cirene, llamado Simón, y lo forzaron a cargar con la cruz. ³³Llegaron a un lugar llamado *Gólgota*, es decir, Lugar de la Calavera, ³⁴y le dieron a beber vino mezclado con hiel. Él lo probó, pero no quiso beberlo. ³⁵Después de crucificarlo, se repartieron a suertes su ropa ³⁶y se sentaron allí custodiándolo.

³⁷Encima de la cabeza pusieron un letrero con la causa de la condena: *Éste es Jesús, rey de los judíos*. ³⁸Con él estaban crucificados dos asaltantes, uno a la derecha y otro a la izquierda.

³⁹Los que pasaban lo insultaban moviendo la cabeza ⁴⁰□ y diciendo:

—El que derriba el santuario y lo reconstruye en tres días que se salve; si es Hijo de Dios, que baje de la cruz.

⁴¹A su vez, los sumos sacerdotes con los letrados y los ancianos se burlaban diciendo:

⁴²—Salvó a otros, y no puede salvarse a sí mismo. Si es rey de Israel, que baje ahora de la cruz y creeremos en él. ⁴³□ Ha confiado en Dios: que lo libre ahora si es que lo ama. Pues ha dicho que es Hijo de Dios.

⁴⁴También los asaltantes crucificados con él lo insultaban.

⁴⁵A partir de mediodía se oscureció todo el territorio hasta media tarde.

⁴⁶A media tarde Jesús gritó con voz potente:

—*Elí Elí lema sabactani, o sea: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?*

⁴⁷Algunos de los presentes, al oírlo, comentaban:

—Está llamando a Elías.

⁴⁸Enseguida uno de ellos corrió, tomó una esponja empapada en vinagre y con una caña le dio a beber.

⁴⁹Los demás dijeron:

—Espera, a ver si viene Elías a salvarlo.

⁵⁰Jesús, lanzando un nuevo grito, entregó su espíritu.

⁵¹El velo del templo se rasgó en dos de arriba abajo, la tierra tembló, las piedras se partieron, ⁵²los sepulcros se abrieron y muchos cadáveres de santos resucitaron. ⁵³Y, cuando él resucitó, salieron de los sepulcros y se aparecieron a muchos en la Ciudad Santa.

⁵⁴Al ver el terremoto y lo que sucedía, el centurión y la tropa que custodiaban a Jesús decían muy espantados:

—Realmente éste era Hijo de Dios.

⁵⁵Estaban allí mirando a distancia muchas mujeres que habían acompañado y servido a Jesús desde Galilea. ⁵⁶Entre ellas estaban María Magdalena, María, madre de Santiago y José, y la madre de los Zebedeos.

¹¹⁰ **27,32-56 Crucifixión y muerte de Jesús.** Éste es el relato cumbre de la historia de la pasión. Mateo presenta siete cuadros en este momento dramático, punto culminante de la historia de la salvación:

1. Las tinieblas (45). Evocación de la profecía de Amós (Am 8,9s). Los primeros cristianos relevaron este pasaje como vaticinio profético de la muerte del Hijo de Dios.

2. La oración de Jesús (46). Jesús experimenta el abandono de Dios (Sal 22), a pesar de haberse mantenido fiel hasta el extremo. El que experimenta este abandono es el mismo que había dicho antes: «no se haga mi voluntad sino la tuya» (26,39). El grito de angustia y abandono en la cruz es una súplica dirigida a Dios con la esperanza de ser escuchado.

3. La evocación de Elías (47-49). En la palabra aramea «Eli» («Dios mío») algunos creen (o fingen) oír el nombre de Elías, a quien se consideraba el precursor de la venida triunfal del Mesías.

4. La muerte de Jesús (50). El momento de mayor tensión en todo el relato evangélico se describe con la máxima economía de palabras.

5. Los fenómenos cósmicos (51-53). Ocurre algo inesperado. La ruptura del velo anuncia que el Templo ha perdido su carácter sagrado y que lo antiguo ha llegado a su fin. El lugar sagrado del judaísmo, la morada exclusiva de Dios sobre la tierra, ya no es más el lugar por excelencia del encuentro con Dios. La muerte de Jesús abrió el acceso a Dios, antes oculto detrás del velo. La muerte de Jesús no sólo destruye las antiguas estructuras, sino que introduce otras nuevas. A Dios no hay que buscarlo ya en un templo hecho por manos humanas, sino en Jesús que es verdaderamente Dios-con-nosotros, el verdadero Templo de Dios.

6. La fe de los paganos (54). Con la confesión de los soldados, Mateo quiere mostrar la fuerza reveladora de la muerte de Jesús. De paso propone un contraste: los judíos rehúsan, los paganos confiesan. El Mesías se convierte en esperanza de las naciones.

7. Las mujeres (55s). La noticia sobre las mujeres hace de puente para los relatos de la resurrección. Su presencia hasta el final contrasta con la ausencia cobarde de los discípulos. Desde el comienzo gozoso en Galilea hasta el final doloroso, ellas le han acompañado y servido. Otra enseñanza para la comunidad.

Sepultura de Jesús¹¹¹

(Mc 15,42-47; Lc 23,50-56; cfr. Jn 19,38-42)

⁵⁷Al atardecer llegó un hombre rico de Arimatea, llamado José, que también había sido discípulo de Jesús. ⁵⁸Se presentó ante Pilato y le pidió el cadáver de Jesús.

Pilato mandó que se lo entregaran. ⁵⁹José lo tomó, lo envolvió en una sábana de lino limpia, ⁶⁰y lo depositó en un sepulcro nuevo que se había excavado en la roca; después hizo rodar una gran piedra a la entrada del sepulcro y se fue.

⁶¹Estaban allí María Magdalena y la otra María sentadas frente al sepulcro.

Vigilancia del sepulcro

⁶²Al día siguiente, el que sigue a la vigilia, se reunieron los sumos sacerdotes con los fariseos y fueron a Pilato ⁶³a decirle:

—Señor, recordamos que aquel impostor dijo cuando aún vivía que resucitaría al tercer día.

⁶⁴Manda que aseguren el sepulcro hasta el tercer día, no vayan a ir sus discípulos a robar el cadáver, para decir al pueblo que ha resucitado de entre los muertos. Este engaño sería peor que el primero.

⁶⁵Les respondió Pilato:

—Ahí tienen una guardia: vayan y asegúrenlo como saben.

⁶⁶Ellos aseguraron el sepulcro poniendo sellos en la piedra y colocando la guardia.

Resurrección de Jesús¹¹²

(Mc 16,1-8; Lc 24,1-12; cfr. Jn 20,1-10)

28¹Pasado el sábado, al despuntar el alba del primer día de la semana, fue María Magdalena con la otra María a examinar el sepulcro.

²De repente se produjo un fuerte temblor: Un ángel del Señor bajó del cielo, llegó e hizo rodar la piedra y se sentó encima. ³Su aspecto era como el de un relámpago y su vestido blanco como la nieve.

⁴Los de la guardia se pusieron a temblar de miedo y quedaron como muertos.

⁵El ángel dijo a las mujeres:

—Ustedes no teman. Sé que buscan a Jesús, el crucificado. ⁶No está aquí; ha resucitado como había dicho. Acérquense a ver el lugar donde yacía. ⁷Después vayan corriendo a anunciar a los discípulos que ha resucitado y que irá por delante a Galilea; allí lo verán. Éste es mi mensaje.

¹¹¹ **27,57-66 Sepultura de Jesús – Vigilancia del sepulcro.** La sepultura de una persona era muy importante entre los israelitas. Verse privado de ella era una ignominia final. Un ajusticiado debía ser apartado para no contaminar el terreno (Dt 21,22s), por lo que le correspondía la fosa común. José quiere ofrecer su homenaje póstumo al Maestro y se une así al homenaje anticipado de la mujer que lo ungió para la sepultura (26,13). Al acto de la sepultura asisten como testigos dos de las mujeres antes citadas.

El resto de las afirmaciones del relato está hecho teniendo en cuenta el acontecimiento final: la resurrección (62s). Debían prevenirse de las acusaciones posteriores que negarán la resurrección, así que el evangelio trata de explicar el origen del rumor del robo del cadáver y demostrar su falsedad.

¹¹² **28,1-15 Resurrección de Jesús – Se aparece a las mujeres – Informe de los vigilantes.** Si en el relato de la pasión los tres sinópticos siguen sendas paralelas, en los de la resurrección presentan divergencias impresionantes. Ninguno intenta describir el momento y modo de la resurrección, ya que trasciende la experimentación sensible. Simplemente afirman triunfalmente el hecho y lo confirman con relatos diversos. En ellos constituyen el núcleo esencial los siguientes elementos: la identificación del aparecido, su identidad con el Jesús histórico, su corporeidad, su manifestación cierta, su trato con los discípulos y la personalidad de diversos testigos.

Saltando el intermedio de 11-15, Mateo estiliza su breve relato en tres momentos: el mensaje del ángel a las mujeres, la aparición de Jesús a ellas, la misión de los apóstoles.

Las mujeres van a hacer una visita de afecto o inspección. Un dramatismo consciente en el narrador impregna la escena. Un súbito temblor de tierra anticipa un giro inesperado de los acontecimientos. Para evocar el misterio, Mateo emplea imágenes sorprendentes, como la conmoción producida en los elementos de la naturaleza. Luego se limita a presentar los hechos humanamente accesibles como el temblor de tierra, la tumba vacía y las apariciones del Resucitado a las mujeres y a los discípulos.

Del sepulcro vacío parten dos mensajes: el de las mujeres, convertidas en mensajeras de la resurrección, y el de los guardianes del sepulcro, que se dirigen a los sumos sacerdotes para comunicarles lo ocurrido.

El hecho cierto es que el sepulcro está vacío; esto lo admiten todos, pero las explicaciones son diversas, según la postura tomada ante la persona de Jesús.

Mateo recoge dos posibilidades y las expone con gran neutralidad, al menos aparentemente: el robo del cadáver o la resurrección.

Las apariciones en las que se menciona el paulatino reconocimiento del Resucitado tienden a asegurar la íntima conexión entre los momentos de muerte y resurrección. Es interesante notar que son dos mujeres las encargadas de realizar el primer anuncio de este acontecimiento. Teniendo en cuenta que en aquella cultura el testimonio de una mujer no era considerado válido, llama la atención el hecho de que los evangelistas relacionen unánimemente el descubrimiento de la tumba vacía con estas mujeres. En la tradición de la Iglesia se las llegó a conocer como «apóstoles de los apóstoles»; las dos mujeres son las primeras portadoras del mensaje pascual.

Lo que ocurrió en aquel momento sigue ocurriendo hoy. La resurrección de Jesús no es un hecho comprobable, sino un hecho sobrenatural admisible únicamente desde la fe. Cuando se cierra el corazón a la fe, la resurrección pasa automáticamente al terreno de la leyenda.

Para un cristiano, la resurrección es el fundamento de su fe. Pablo dice que si Cristo no ha resucitado, vana es nuestra fe (1 Cor 15,14.17).

⁸Se alejaron rápidamente del sepulcro, llenas de miedo y gozo, y corrieron a dar la noticia a los discípulos.

Se aparece a las mujeres

(cfr. Mc 16,9-13; Jn 20,11-18)

⁹Jesús les salió al encuentro y les dijo:

—¡Alégrense!

Ellas se acercaron, se abrazaron a sus pies y se postraron ante él.

¹⁰Jesús les dijo:

—No teman; avisen a mis hermanos que vayan a Galilea, donde me verán.

Informe de los vigilantes

¹¹Mientras ellas caminaban, algunos de la guardia fueron a la ciudad y contaron a los sumos sacerdotes todo lo ocurrido. ¹²Éstos se reunieron a deliberar con los ancianos y ofrecieron a los soldados una buena suma ¹³encargándoles:

—Digan que durante la noche, mientras ustedes dormían, llegaron los discípulos y robaron el cadáver. ¹⁴Si llega la noticia a oídos del gobernador, nosotros lo tranquilizaremos para que no los castigue.

¹⁵Ellos aceptaron el dinero y siguieron las instrucciones recibidas. Así se difundió ese cuento entre los judíos hasta [el día de] hoy.

Se aparece a los Once¹¹³

(cfr. Mc 16,14; Lc 24,36s; Jn 20,19s)

¹⁶Los once discípulos fueron a Galilea, al monte que les había indicado Jesús. ¹⁷Al verlo, se postraron, pero algunos dudaron.

Misión de los discípulos

(cfr. Mc 16,15-18; Lc 24,44-49; Jn 20,22s; Hch 1,7s)

¹⁸Jesús se acercó y les habló:

—Me han concedido plena autoridad en cielo y tierra. ¹⁹Vayan y hagan discípulos entre todos los pueblos, bautícenlos consagrándolos al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo, ²⁰y enséñenles a cumplir todo lo que yo les he mandado. Yo estaré con ustedes siempre, hasta el fin del mundo.

¹¹³ **28,16-20 Se aparece a los Once – Misión de los discípulos.** Para concluir, Mateo compone una escena magistral. En el espacio de cinco versículos condensa lo sustancial de su cristología y eclesiología.

Jesús se presenta en Galilea, como volviendo al comienzo y abandonando Jerusalén, adonde fue sólo a morir. Sube al monte, en ascensión simbólica, como cuando proclamó su mensaje del reino (capítulos 5 al 7) o se transfiguró (capítulo 17). Los once discípulos de aquel momento representan a toda la Iglesia; por eso, no falta quien dude. Ven al resucitado y han de ser sus testigos.

Jesús toma la palabra afirmando su plena autoridad recibida de Dios. En virtud de ella envía a sus discípulos a una misión universal, no limitada ya a los judíos. No han de enseñar para ser maestros de muchos discípulos (23,8), sino para «hacer discípulos» de Jesús. Como rito de consagración, administrarán el bautismo, con la invocación trinitaria explícita, inaugurando así el tiempo de la Iglesia. Desde la experiencia pascual, los discípulos van a anunciar la resurrección de Jesús y no el reino de Dios. El cambio, en apariencia notable, no es tal. Anunciar la resurrección de Jesús es anunciar que el reino ha llegado y han comenzado los nuevos tiempos. Los relatos pascales nos colocan frente a la convicción de la comunidad primitiva de que el reino ha comenzado con la resurrección de Jesús, en quien se ha hecho manifiesto el poder vivificador de Dios.

El evangelio termina como empezó. Al principio nos fue anunciado el nombre de Emanuel, Dios con nosotros, en la historia del pueblo elegido (Is 7,14). Ahora se nos asegura que la profecía de Isaías se ha hecho permanente realidad: «Yo estaré con ustedes siempre» (20). No es tarea fácil, pero Jesús estará siempre presente con su presencia consoladora y reconfortante en todas las situaciones de la misión evangelizadora, tanto en la predicación, la enseñanza y la celebración, como en la persecución y en la prueba.

La misión de los discípulos es tan amplia como el mundo y como el tiempo que habrá de transcurrir hasta el final de la historia. La comunidad cristiana es, a partir de ahora, memoria del crucificado-resucitado, a pesar del escándalo que significaba para el pueblo judío la muerte infame en la cruz. Es también comunidad de testimonio: han de ser testigos del crucificado-resucitado. Sólo en este seguimiento concreto la comunidad descubre el significado de la misión y la persona de Jesús. Descubre que el reino está ligado indisolublemente a la salvación de los pobres y marginados, y que la forma concreta de su realización no puede prescindir de la actuación histórica de Jesús. Desde la persona y misión de Jesús surgen dos actitudes comunitarias: simpatía del pueblo y libertad frente a los poderes.

La Iglesia de Jesús es esencialmente una comunidad misionera. Las palabras del Señor resucitado «vayan» (19), «pónganse en camino», la invitan a salir constantemente de sí misma, de sus problemas y preocupaciones domésticas, para abrirse a un nuevo horizonte: el de toda persona que no conoce el gozo de sentirse hijo e hija de Dios y hermanos y hermanas entre sí. Para ello cuentan con la presencia constante de Jesús que estará siempre presente: «Yo estaré con ustedes siempre, hasta el fin del mundo» (20).